BENEMÉRITA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE PUEBLA

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

ENTRE LA IRONÍA Y LA DESILUSIÓN, NACE LO ABSURDO (CARLOS FUENTES Y JORGE IBARGÜENGOITIA FRENTE AL DISCURSO POLÍTICO Y LITERARIO, 1958-1964)

Tesis presentada como requisito para obtener el título de:

MAESTRÍA EN LITERATURA MEXICANA

PRESENTA

NORMAN EDUARDO ALBURQUERQUE GONZÁLEZ

TUTOR:

ALEJANDRO RAMÍREZ LÁMBARRY

septiembre de 2017

Índice

"Ningún chile les embona…", dijo un presidente copetudo
A modo de introducción **4**

Capítulo I

Los sexenios modernizadores y la Revolución Parchada **13**

Los discursos parchados de una Revolución moderna **24**

Capítulo II

***La región*… de la crítica, los criticones y los elogios**
Bienvenidos al banquete… ¡Dense que invita Fuentes! **34**

***La región*… y la historia** **41**

***La región*… y la ideología:**
entre la hegemonía y la subversión **45**

Capítulo III

Un relámpago vino de cuévano y sucumbió todo **61**

Jorge Ibargüengoitia, ¡menéelo antes de untarse! **64**

Recepción
o de cuando el descalificador se vuelve humorista y reaccionario **69**

La poética histórica de un cuevanense ilustre **73**

***Los relámpagos*… que agrietan la cantera de Palacio Nacional**
o de como la novela de un cuevanense desmorona el discurso oficial **79**

Reflexiones Finales
Ya con esta me despido: entre la ironía y la desilusión, nace el absurdo **93**

Fuentes Citadas **102**

A tía Cony (Consejo nacional de Ciencia y Tecnología); a Jaime y Elisa, mis padres, y a mi hermana, Nadia; a los Alburquerques y González del mundo, los que están y los que se fueron; a los que apostaron por mí y a los que no, también; a Alex Lámbarry, lector entusiasta de mis loqueras; a mis dos Anas; a Valeria y Sabrina, hermosas sinaloenses; a Martha Botello y a todas las mujeres que me han roto el corazón; a los Tellez y a Jorgito, familia Choluteca; a doña Pachis que me alimentó dos años; a la VIEP que me llevó a la Argentina; a todos los triángulos, rectángulos, pentágonos, cuadrados y Círculos de Poesía*; a toda la gente de teatro, isabelinos, cabareteros, incluso* Imprudentes*; a todas las parceras y parceros; a mis Tuzos del Pachuca, que me han dado un sinnúmero de alegrías y muchísimas desilusiones; al Partido Revolucionario Institucional y su "fragante gabinete", sin ellos este texto no sería posible; a todos los que sufrimos con Jorge Ibargüengoitia y reímos con Carlos Fuentes; a los que tengan la paciencia y las ganas de leerme; a todos y todas, excepto a Enrique Krauze, a Georgina García-Gutiérrez y a Ana Rosa Domenella, porque ya "lo dijeron todo".*

“Ningún chile les embona…”, dijo un presidente copetudo
A manera de introducción

“Parece que México es tierra poco propicia para el gran pensador y el gran escritor político” (*El sistema…* 11), escribía Daniel Cosío Villegas en 1972. Para él, los pocos mexicanos que se interesaban por el asunto público –a éstos los llamó “leídos o escribidores”— no daban opiniones, sino aportaban “impresiones”, las cuales se emitían desde el hígado, nacían de una visión muy personal, o eran meras réplicas del círculo de sus relaciones inmediatas; su fundamento provenía de “la lectura del diario o del recuerdo de algo expresado por el presidente de la República” (*El sistema…,* 11-12). Hasta esos años, según el ensayista, no había verdaderos estudios que explicaran la naturaleza del sistema político mexicano. Si bien estoy de acuerdo con él, considero que la literatura mexicana de medio siglo aportó el discurso político que llenara este vacío: las novelas *La región más transparente* de Carlos Fuentes y *Los relámpagos de agosto* de Jorge Ibargüengoitia, publicadas en 1958 y 1964, respectivamente, son ejemplos de ello.

La literatura moderna, como la pensó Octavio Paz, ha realizado una inmensa tarea de demolición crítica. Con gran soberanía, en constante enfrentamiento con la moral en turno y las instituciones creadas por el poder, esa literatura ha descrito, expresado, revelado y descubierto, las realidades que conforman esto que llamamos México (*El ogro…* 7). Tanto *La región más transparente* como *Los relámpagos de agosto*, se pueden considerar obras políticas. No nacieron al servicio de una causa o de un encargo de algún partido opositor del régimen; surgieron del libre examen de las circunstancias de su momento histórico (*El ogro*…, 8).[1] Pienso que las novelas de Ibargüengoitia y Fuentes critican su presente y nos

[1] Para Octavio Paz, “el escritor no representa a nadie… la voz del escritor nace de un desacuerdo con el mundo o consigo mismo, es la expresión del vértigo ante la identidad que se disgrega. El escritor dibuja con sus palabras

ofrecen un futuro trunco: no porque sean conservadoras o reaccionarias, sino porque así lo han decido los dirigentes del país, encubiertos por el cinismo discursivo de los proyectos priístas, los cuales han justificado la rapacidad y la corrupción de la burocracia estatal. Carlos Fuentes y Jorge Ibargüengoitia se desintoxicaron de la ideología simplificadora y homogénea impuesta por el partido oficial; supieron observar la inexistente vida política de la sociedad, la ficción de un partido omnipresente en todos los niveles y el *habitus*[2] de los dirigentes. La objetivación estética de esos elementos volvió anti-hegemónica su escritura: ese es el acierto de sus propuestas.

Octavio Paz pensaba que el escritor de esa literatura moderna era un ser marginal, porque no escribía desde el centro de la acción, como lo hacía el político, sino desde el margen. Su marginalidad le permitía ejercer una función crítica (*El ogro…*, 333).[3] Si bien concuerdo en parte con esta idea, creo que es más atinado llamarles escritores disidentes, pues, aunque no estaban coludidos con los intereses del partido oficial, ni eran exegetas de las escrituras revolucionarias de la oposición, la mayoría habían obtenido becas y ganado premios del Estado, posicionándolos en el campo cultural.[4] Ese posicionamiento enuncia un

---

una falla, una fisura. La literatura desnuda a los jefes de su poder y así los humaniza. Los devuelve a su mortalidad, que es también nuestra" (*El ogro…* 307). Esta postura domina gran parte de este ensayo.

[2] Concepto tomado de Bourdieu, el cual se refiere a "un conocimiento adquirido y un haber que puede, en determinados casos, funcionar como un capital" (*Las reglas…*, 268).

[3] Octavio Paz se pensaba como un escritor marginal, a pesar de ser dueño de un capital cultural importante a partir de la muerte de Alfonso Reyes en 1958: "Como escritor mi deber es preservar mi marginalidad frente al Estado, los partidos, las ideologías y la sociedad misma. Contra el poder y sus abusos, contra la seducción de la autoridad, contra la fascinación de la ortodoxia. Ni el sillón del consejero del Príncipe ni el asiento en el capítulo de los doctores de las Santas Escrituras revolucionarias…La palabra del escritor… no habla desde el Palacio Nacional, la tribuna popular o las oficinas del Comité Central: habla desde su cuarto. No habla en nombre de la nación, la clase obrera, la gleba, las minorías étnicas, los partidos. Ni siquiera habla en nombre de sí mismo: lo primero que hace un escritor verdadero es dudar de su propia existencia" (*El ogro…*,306-307).

[4] Entiendo el término de campo, en términos de Bourdieu, como un lugar donde se ejercen fuerzas sociales, atracciones o repulsiones. Un espacio de luchas constantes y tomas de posición contra el capital bajo sus diversas formas: económica, cultural y social (*Las reglas…*, 29).

compromiso con su presente y un desafío contra el orden de las cosas; por lo tanto, los escritores que dialogan en este ensayo no escribieron desde la marginación.

La región más transparente y *Los relámpagos de agosto* son una respuesta cultural a la circunstancia política de su momento histórico, cuando la modernidad absorbió a la mayoría de las esferas sociales, gracias a su discurso homogeneizador que tenía como base la industrialización y la modernización del país. Se abordarán, entonces, estos textos como parte de un debate, que comenzó en la década de los cuarenta y se prolongó hasta la década de los setenta, cuando un grupo de intelectuales criticaron los alcances y los postulados del proyecto revolucionario del priísmo. Considero que allí se encuentra no sólo la postura de unos escritores desencantados, sino la de ciudadanos comprometidos con su presente. Me interesa hacer una lectura donde se exhiba la tensión que existe entre el discurso oficial[5] y la literatura; también quiero exponer cómo el cambio de ese discurso determina las propuestas culturales. Además, intento demostrar que las obras literarias se pueden considerar parte de una respuesta cultural ante un contexto que demanda nuevas críticas e interrogaciones.

La tesis parte de la siguiente hipótesis: toda literatura es una forma diferente de leer la historia. Es válido situar las obras literarias en su contexto, porque es evidente que esos productos culturales quieren participar en el gran debate de la época, discutir con otros solitarios que han superado las mitologías de Estado; esa discusión encierra una crítica, y esa crítica una posición ante los dueños del capital político y cultural. No hay un solo documento que se escape de esto. Siguiendo a Terry Eagleton, la literatura está íntimamente relacionada

[5] El discurso oficial, también en términos de Bourdieu, se entiende como un punto de vista oficial. Este discurso cumple tres funciones: 1) opera un diagnóstico, es decir, un acto de conocimiento que obtiene el reconocimiento y que, muy a menudo, tiende a afirmar lo que una persona o una cosa es. 2) asigna a cada uno una identidad, diciendo lo que las personas tienen que hacer; y 3) afirma lo que las personas han hecho realmente. En cada caso, se impone un punto de vista: el de la institución (*Cosas dichas*, 139).

con lo que significa ser una persona. La ideología es el nexo entre los discursos y el poder (*Una introducción…* 249).

En la narrativa de Jorge Ibargüengoitia y Carlos Fuentes hay una estrecha conexión entre la historia y la literatura, la cual les sirvió para exhibir los problemas de su presente. Considero que ellos trataron de revelar la problemática social de un México muy diferente de aquel proyectado en la imagen del discurso oficial. Nos mostraron las contradicciones y los problemas de las transformaciones políticas, económicas y sociales, suscitadas a raíz del denominado "milagro mexicano"; señalando que la Revolución mexicana había sido un fracaso para muchos y que sólo una minoría se vio favorecida: jefes revolucionarios, políticos, líderes sindicales y la burguesía. Nos ofrecieron un México donde la desilusión y el retroceso eran la constante del destino del país. En otras palabras, estas obras tienen la peculiaridad de ser la otra cara del discurso oficialista que sostenía la tesis de un país moderno, justo y próspero. Así, la imaginación, la crítica, la ironía y la desilusión fueron fundamentales para estos escritores, y la novela se convirtió en una posibilidad de interpretar la historia.

La tesis está dividida en tres capítulos. El primero lo componen dos apartados: uno resume el momento histórico, político y económico que va de 1940 a 1964, contexto en que se escribieron y publicaron las novelas *La región más transparente* de Carlos Fuentes y *Los relámpagos de agosto* de Jorge Ibargüengoitia; el otro analiza el contenido de algunos discursos políticos de ese periodo, que en esos años justificaban el proyecto modernizador y mantenían vivo el mito revolucionario, sustentando la lógica del sistema. En esta sección es oportuno tener presentes las siguientes preguntas: ¿estas obras se pueden entender como una

resistencia al discurso oficialista de la modernidad de México?, ¿cómo pensar esos *otros literarios* en relación con el discurso político oficial?

Guiados por esas interrogaciones, se persiguen dos objetivos: el primero de ellos es mostrar cómo el proyecto modernizador –impulsado por los presidentes Manuel Ávila Camacho y Miguel Alemán— dio por terminada una etapa histórica de la Revolución mexicana, pues modificó las políticas sociales que se habían emprendido durante el cardenismo, favoreciendo decididamente la industrialización y la modernización del país. El segundo expone la respuesta del ámbito intelectual ante ese cambio de discurso y ese momento histórico, el cual, a pesar del viraje ideológico, mantenía vivos los cuatro pilares del movimiento revolucionario: estabilidad política, desarrollo económico, nacionalismo y justicia social. Mientras los gobiernos priístas hablaban de las maravillas de la modernidad y el impulso material en materia de infraestructura gracias a la construcción de autopistas, aeropuertos, fábricas y rascacielos; Daniel Cosío Villegas, Jesús Silva-Herzog, Octavio Paz, entre otros, exhibieron el agotamiento de los postulados revolucionarios, las contradicciones y los altos costos sociales que conllevaba ese proyecto de nación.

El segundo y tercer capítulo de la tesis trata sobre *La región más transparente* de Carlos Fuentes y *Los relámpagos de agosto* de Jorge Ibargüengoitia, respectivamente. El objetivo general es tender un puente ideológico entre esas novelas y lo expuesto por Octavio Paz, Daniel Cosío Villegas y Jesús Silva-Herzog en la década de los cuarenta, cincuenta, incluso setenta. Esa filiación nos muestra la existencia de una crítica generacional, basada en una posición similar sobre la Revolución y el México posrevolucionario, evidenciando una ruptura con las mitologías creadas por el Partido Oficial.

El capítulo que estudia *La región más transparente*, toca tres puntos claves: el primero sitúa la novela en el campo cultural de la época, rescatando las principales críticas

sobre la novela;[6] el segundo trata sobre la visión histórica de Carlos Fuentes, una característica muy particular de la novela; y el tercero aborda la cuestión de la ideología, donde queda exhibido el anquilosado sistema político mexicano.

Me parece importante destacar la idea de la historia de un narrador como Carlos Fuentes. En la década de los cincuenta, el Partido Oficial y sus voceros pregonaban un discurso estatista: su narrativa rescataba lo positivo de la Revolución y elogiaba la incorruptibilidad de los presidentes. ¿A qué nos referimos con estatismo? Ranahit Guha propone ese concepto para explicarnos la actitud que adoptan las autoridades frente a la escritura de la historia. Nos dice que los grupos hegemónicos imponen su voluntad y deciden qué acontecimientos serán considerados relevantes para la invención de una narración donde lo nacional, la moral y los valores, ejercen un mayor dominio sobre la sociedad, pues moldea las consciencias de las mayorías a su conveniencia. Entendiendo esto, la intención de Fuentes era rechazar ese relato grandilocuente del priísmo, proponiendo otra lectura histórica.[7] La idea de la historia de Fuentes, entonces, es anti-hegemónica.

---

[6] De la numerosa bibliografía que hay sobre Carlos Fuentes y *La región más transparente*, en mi escrito he recurrido a los siguientes trabajos, porque –de alguna manera— se han acercado al tema que me interesa y han justificado gran parte de mis opiniones. Para reconstruir el periodo y el campo cultural, me fueron útiles las aportaciones de Georgina García Gutiérrez ("Un capítulo de la historia cultural del siglo XX: *La región más transparente* hace cincuenta años", "Comentarios mínimos a *La región más transparente",* "El escritor y México. La ciudad, la literatura mexicana, lo mexicano", "La identidad mexicana y la obra de Fuentes. La historia, la cultura"); los escritos de Ernest Lewald ("El pensamiento cultural mexicano en *La región más transparente* de Carlos Fuentes"), de Gerardo Bobadilla ("La identidad de la máscara en *La región más transparente* de Carlos Fuentes"), de Sergio Ramírez ("La manzana de oro"), de Elena Poniatowska ("La campaña de Carlos Fuentes), Héctor Aguilar Camin ("Algo sobre Carlos Fuentes y *La muerte de Artemio Cruz*), de Vicente Quirarte ("El nacimiento de Carlos Fuentes"), de Tatiana Bubnova ("Fuentes, Arreola, Garro: voces del tiempo mexicano), y las críticas realizadas por Octavio Paz y Enrique Krauze, también fueron importantes para plasmar una suerte de historia de las ideas, donde se expresan los distintos polos a los que se tuvo que enfrentar el novelista mexicano.

[7] Para guiar el hilo argumentativo de mí propuesta, me fueron útiles las aportaciones de Vittoria Borsó ("Je ne devais étre que le secrétaire de la société Francaise. Carlos Fuentes, México y la arqueología del siglo XX"), de Maarten Van Delden ("Máscaras mexicanas en *La región más transparente*"), de Yvette Jiménez de Báez ("Entre Ixca y Gladys, la Ciudad de México"), de José Ramón Ortiz Castillo ("*La región más transparente*: el hecho histórico como fetiche: entre la novela y la historia") y Jean Franco ("*La región más transparente* de Carlos Fuentes: entre el orden y el desorden").

La última parte de ese capítulo es sobre la ideología. Este punto es un enfrentamiento directo entre Federico Robles, Manuel Zamacona y el contenido de los discursos políticos del periodo. Considero que la crítica al discurso hegemónico del partido oficial se encuentra en el sistema de creencias que materializan esos dos personajes. Para confrontar lo dicho por unos y por otros, recurrí a las ideas expuestas en el libro *Ideología. Una introducción* de Terry Eagleton. Como él plantea, busqué los elementos que legitiman el poder de un grupo: 1) la promoción de creencias y valores de los grupos dominantes; 2) la universalidad de esas creencias para presentarlas como evidentes e inevitables; 3) la denigración de las ideas que desafían esas creencias universales; 4) la exclusión de formas contrarias de pensamiento; y 5) el oscurecimiento de la realidad. Esas estrategias se aprecian no sólo en la formación ideológica de Federico Robles, sino también en el contenido discursivo de los dirigentes del país. A diferencia de Robles, Manuel Zamacona problematiza esas estrategias de dominación; su ideología nos revela un malestar de la clase media de la época: una sociedad estatista que se encontró con las puertas cerradas para participar en el asunto público. De esta manera, siguiendo la propuesta de Alberto Vital (en su texto "La región del águila. Estrategias de apropiación de la realidad en Carlos Fuentes. El caso de Marcelo Chiriboga y otros ejemplos"), Carlos Fuentes se presenta ante nosotros como uno de los mayores "apropiadores de la realidad" de la cultura mexicana. Y esa apropiación discursiva es lo que vuelve verdaderamente valiosa una novela como *La región más transparente*.

El tercer y último capítulo de la tesis, profundiza en *Los relámpagos de agosto* de Jorge Ibargüengoitia. Siguiendo la misma estructura propuesta del segmento dedicado a Carlos Fuentes, los primeros apartados esbozan una breve biografía, con dos objetivos muy claros: 1) ofrecer un vaso comunicante entre la vida de los novelistas y su contexto histórico;

2) traer a colación la actitud que tomó Ibargüengoitia frente a su campo cultural; posición que determinó las primeras críticas de su novela.[8]

El tercer segmento aborda la recepción de la novela. Desde la publicación de *Los relámpagos de agosto* la crítica mostró dos posturas: los primeros, que se comportaron como los "custodios de la patria", la descartaron por su irreverente apropiación de la historia nacional y calificaron a Jorge Ibargüengoitia como un reaccionario, construyendo el estigma de un narrador divertido y superficial; los segundos perpetuaron la imagen de un escritor humorista, desmitificador, crítico y antisolemne de los discursos hegemónicos, tanto políticos como históricos. Ambas críticas cayeron en lugares comunes y se han repetido hasta el cansancio.[9]

El cuarto apartado discute la visión de la historia de Jorge Ibargüengoitia. Me parece importante rescatar este punto: para Ibargüengoitia, la historia es fundamental. A través de un revisionismo histórico pone en entredicho las instituciones del México posrevolucionario y muestra las resquebrajaduras del sistema político y cultural.

Ibargüengoitia entendía que la historia trabajaba en distintos registros, por eso optó por la ironía, pues ya no había lugar para las grandes hazañas y los relatos épicos. La cuestión del registro histórico y su articulación en el tramado narrativo fue tratado teóricamente por Hayden White en su libro *Metahistoria La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*. De acuerdo con él, la ironía tiene un uso ideológico, ya que defiende posiciones políticas

[8] Para recrear el habitus peculiar del escritor cuevanense, me fueron fundamentales las propuestas de Sergio González Rodríguez ("Jorge Ibargüengoitia: el escritor como terrorista"); Rafael Barajas ("De los héroes de leyes a la *Ley de Herodes*"); Emilio Carballido ("Drama y novela de Jorge Ibargüengoitia"); la entrevista de Margarita García Flores ("¡Yo no soy humorista!"); además de las conferencias, los artículos periodísticos y los cuentos del propio Jorge Ibargüengoitia (*Los narradores ante el público*, *Ideas en venta*, *Autopsias rápidas* y *La ley de Herodes*).

[9] Este apartado tiene como guías las aportaciones de Gustavo Santillán ("La crítica literaria en torno a *Los relámpagos de agosto*. 1964-2000") y Álvaro Ruiz Abreu ("La escritura al margen de Ibargüengoitia").

tanto conservadoras como liberales. Al igual que Ibargüengoitia, White también observó que la intención de ese posicionamiento político se debía a la actitud del narrador frente a la historia misma. Para mí, este entendimiento de lo complejo del quehacer histórico, vuelve al escritor cuevanense un adelantado entre sus contemporáneos. Esta peculiaridad será decisiva a la hora de derribar el cinismo justificador de los discursos justificadores del priísmo.

La última parte de este capítulo, aborda la desmitificación del discurso hegemónico, pero no desde las memorias o autobiografías de los correligionarios que participaron en el movimiento revolucionario de 1910, cuyo tema ha sido más que estudiado,[10] sino de los discursos y ensayos de la década de los cincuenta y sesenta, los cuales ayudaban a mantener la lógica del régimen. En este segmento enfrentamos *Los relámpagos de agosto* contra los postulados de Gustavo Díaz Ordaz, Antonio Mena Brito, Vicente Fuentes Díaz, Marte R. Gómez, Agustín Yáñez y de algunos académicos norteamericanos, como Frank Tannenbaum y Frank Brandenburg. La lectura peculiar de la realidad mexicana, que nos ofrece Jorge Ibargüengoitia, desafió la univocidad del discurso de la clase política, pues criticó y cuestionó lo que era evidente: el vacío institucional, la falsedad representativa y la grandilocuencia personal como los únicos ejes de un sistema político petrificado.[11] La posición crítica de Ibargüengoitia remarcó la tensión ideológica entre un escritor desencantado y los dueños del

[10] Entre esas aportaciones tenemos los trabajos de Ignacio Trejo Fuentes (*Lágrimas y risas*); de Juan Campesino (*La historia como ironía. Ibargüengoitia como historiador*); Aideé Sánchez (*Problemas en discusión de dos épocas (1920-1960) y tradiciones literarias en una triada de Jorge Ibarguengoitia*); y las aportaciones de Carlos Martínez Assad ("El revisionismo histórico por medio de la novela" y *Los héroes no le temen al ridículo La Revolución Mexicana según Jorge Ibargüengoitia*), por mencionar sólo algunos ejemplos.

[11] Además de los discursos de la época, las lecturas que fundamentan mi lectura de la obra son las siguientes: Juan Villoro ("El diablo en el espejo"); Sergio Pitol ("Jorge Ibargüengoitia"); Diego Bustos ("Un pueblo en vilo"); Ana Rosa Domenella (*Jorge Ibargüengoitia: ironía, humor y grotesco. "Los relámpagos desmitificadores" y otros ensayos*); y María Dolores Bravo Arriaga ("*Los relámpagos de agosto* o de una nueva forma de nombrar").

capital político y cultural. Ibargüengoitia se convirtió en detractor de esos ideólogos del priísmo; no podía ser de otro modo y eso, en parte, es lo valioso de su novela.

De esta manera, los capítulos sobre *La región más transparente* y *Los relámpagos de agosto* responden a los discursos de su presente, mostrando la preocupación intelectual ante su circunstancia histórica. ¿Dónde comenzaba y dónde terminaba el México próspero del discurso oficial?

Mi tesis busca enriquecer la historia de la cultura y la literatura mexicana del siglo XX; proponer una historia que nos permita observar el comportamiento intelectual de miembros destacados de la generación que enfrentó los discursos hegemónicos del priísmo, pues así lo demandaba su presente. Por eso, reúne en una sola voz, la visión, la actitud y los esfuerzos de dos escritores que tienen como tema común la crítica de la Revolución y los gobiernos emanados de ella.

I

Los sexenios modernizadores y la Revolución Parchada

Entrada la década de los cuarenta, el discurso político mexicano cambió sustancialmente: dio por terminado el proyecto cardenista, pues sus dirigentes lanzaron de lleno al país hacia la industrialización, una nueva empresa que buscaría por todos los medios el desarrollo y el crecimiento económico, justificando la modernización, la inversión privada y extranjera, en especial norteamericana. Debido al clima de la Segunda Guerra Mundial y la presión de los Estados Unidos, Lázaro Cárdenas moderó el radicalismo de sus políticas sociales, y eligió como sucesor a Manuel Ávila Camacho, quien como Presidente de la República adoptó

medidas que la derecha reclamaba: entre otras, frenó la reforma agraria; sustituyó como líder de la CTM a Vicente Lombardo Toledano y puso en ese puesto a Fidel Velázquez.[12] Así, comenzó el tránsito de un discurso nacionalista –protector de los principios revolucionarios—, a uno liberal –defensor de los intereses económicos—, que definió al México "moderno".

El fin de la Segunda Guerra Mundial y la contienda presidencial de 1946 avivaron una polémica sobre la vigencia de la Revolución mexicana. En términos generales, los círculos políticos e intelectuales reconocieron la validez de sus objetivos, sin embargo, aceptaron que no todas sus metas se habían cumplido satisfactoriamente (Torres 19). Para Vicente Lombardo Toledano era necesario atender el nuevo objetivo de la Revolución: la industrialización del país. Él "consideraba que la revolución no podía ya tener solamente como objetivos exclusivos la reforma agraria y los derechos de la clase obrera, sino que su objetivo histórico inmediato debía ser el de liquidar las supervivencias semi-feudales del pasado y lograr la industrialización mexicana para asegurar la independencia económica y política" (Medin 26). El líder más representativo de la izquierda daba por terminada una etapa histórica de la Revolución mexicana y anunciaba la siguiente fase: la industrialización para lograr el bien social y consolidar las instituciones.[13]

---

[12] Ante la coyuntura de la guerra, Manuel Ávila Camacho proclamó la necesidad de olvidar las diferencias y convocó a todas las esferas sociales a la "Unidad nacional" (Garrido 257). Este llamado implicaba rectificaciones al legado cardenista: por un lado, borraba del discurso el concepto de "lucha de clases", con esto se intentó reorientar la acción de los sindicatos obreros, además se reformó la Ley Federal del Trabajo, estableciendo requisitos para la legitimidad de las huelgas, limitando la acción sindical (Medin 13); por otro, se redujo drásticamente la repartición de tierras, empresa que alcanzó los índices más elevados durante el cardenismo; por si fuera poco, el ejido colectivo fue considerado un "elemento que podía constituirse fácilmente en fuente de agitación política" (Medin 14-16).

[13] La contienda bélica produjo la certidumbre en las élites mexicanas de que la industrialización era la única vía para alentar el desarrollo y el crecimiento económico de México. La guerra provocó el tránsito definitivo del sueño bucólico a la utopía industrial, tanto en el gobierno, como en la academia y en algunos círculos empresariales. Así, la industrialización se convirtió en la panacea de los problemas del país, a tal grado, que esos sectores la pensaron ingenuamente como el camino más viable para consolidar y fortalecer la soberanía nacional (Medina *Hacia el nuevo Estado…* 130).

Esta mentalidad de la época se reveló de manera explícita en los proyectos políticos presentados en la contienda electoral de 1946: el candidato Ezequiel Padilla del Partido Democrático Mexicano (PDM), basó su programa en el rápido crecimiento de la agricultura y la industria. Incluso el proyecto sinarquista del Partido Fuerza Popular apoyó decididamente la industrialización. Para el candidato priísta, Miguel Alemán, "el país entero reclamaba la industrialización" (Torres 23-24), porque ésta haría posible la autonomía económica de México.[14] Si bien había razones profundas de divergencia entre la derecha, la izquierda y el partido oficial, todos coincidían en un punto: la imperiosa necesidad del crecimiento económico vía la industrialización, para sacar del atraso al país.

En 1946 también se dio por terminada la misión del Partido de la Revolución Mexicana (PRM) dando paso a la fundación de otro más acorde con la mentalidad de la época: el Partido Revolucionario Institucional (PRI). Con la creación del PRI, el objetivo de Ávila Camacho y Miguel Alemán fue el de finiquitar una etapa de la Revolución mexicana, caracterizada por la ideología socialista, postulando desde el principio la ideología de una nueva era (Medin 36-37). El discurso oficial hablaba del fortalecimiento de instituciones y su lema era "democracia y justicia social". Según Luis Javier Garrido, la intención de este cambio en los estatutos era "debilitar la cohesión de los trabajadores a fin de hacer más viable la penetración de capital extranjero" (Garrido 268). Por consiguiente, el giro ideológico respondió a la necesidad de cerrar el paso a un renacimiento del cardenismo, que en el sexenio de Manuel Ávila Camacho había quedado desplazado de posiciones políticas claves, a causa de la Segunda Guerra Mundial y la política de "Unión nacional". Para Luis Medina Peña

[14] El único partido que relegaba el asunto de la industrialización fue el Partido Acción Nacional (PAN); para su dirigente Manuel Gómez Morín, el problema del país era de índole político, por lo que urgía una renovación política y moral (Torres 23-24).

> concluir la misión histórica del PRM, como frente popular, excluir a los comunistas del nuevo partido, conservar y ampliar la alianza con las organizaciones obreras, declarar cancelada la época de luchas de clases y señalar un camino de perfeccionamiento institucional fue la respuesta a los preludios de la Guerra Fría en lo externo y al triunfo de los moderados en lo interno (Medina *Hacia el nuevo estado*… 163).

El nuevo Partido Oficial logró mantener la hegemonía y se consolidó en el poder. A partir de la creación del PRI y en vísperas del arribo del civilismo, la Revolución pasó a ser algo ya logrado institucionalmente, al menos en el discurso.

Miguel Alemán fue elegido presidente en 1946. El gobierno alemanista tenía dos objetivos para modernizar el país: la democratización política y un acelerado crecimiento económico basado en la industrialización. Éstos fueron los ejes que encaminaron el desarrollo de México no sólo en este sexenio, sino también de los siguientes.[15] El Presidente consideró que el desarrollo industrial permitiría elevar en un plazo breve el nivel material y cultural de las masas.[16] Para lograrlo se tenía que garantizar la paz social en todos los sectores, principalmente en el campo.[17] De esta manera el régimen abandonó la retórica cardenista, comprometiendo sus recursos en la construcción de una infraestructura que facilitaría la tarea

[15] El Programa de Gobierno de Miguel Alemán estipulaba que el Estado debía brindar la más amplia libertad a los inversionistas privados, reconociendo que el desarrollo económico general era campo primordialmente de la iniciativa privada, garantizando que el gobierno no llevaría a cabo nuevas expropiaciones y que mantendría la "paz social", lo que en ese contexto significaba que se sabría controlar a los sindicatos obreros (Medin 32).

[16] Alemán precisó en su proyecto el impacto que el avance de la industrialización debía producir en el nivel de vida de la población: al procesar industrialmente sus materias primas, México podría elevar los ingresos de sus productores, a la vez que quedaría protegido de los vaivenes del mercado exterior. Conforme avanzara la industrialización, aumentaría la oferta de empleos y los obreros podrían percibir mejores salarios. Mayores ingresos para los trabajadores de la ciudad y del campo permitirían aumentar la capacidad de consumo y, en consecuencia, el mercado interno de la industria nacional. Para consolidar este plan era necesario impulsar las ramas básicas que preservaban la autonomía económica del país: la eléctrica, la química, la siderúrgica, la mecánica y, por supuesto, la del petróleo (Torres 26).

[17] La preocupación por la paz social, fundamental para el desarrollo económico, se manifestaba en los proyectos agrarios, en los cuales se prometía el incremento de la producción, protección y garantía a la pequeña propiedad y la propiedad ganadera. Se señalaba repetidamente que urgía la "tranquilidad en el campo y que ésta se impondría por todos los medios legales" (Medin 33). Por esta razón se reformó el artículo 27 constitucional, que había ampliado los límites a la pequeña propiedad e introducido el amparo agrario.

a la empresa privada, además la política fiscal favoreció decididamente a los dueños del capital.[18] Durante este periodo, la inversión privada creció notablemente, las grandes obras oficiales se multiplicaron y se favoreció al agricultor privado sobre el ejidatario, por considerarse el primero más productivo (Meyer 1278-1282). Se hizo definitivamente a un lado la utopía cardenista de construir una sociedad agraria y se consolidó la idea de una sociedad urbana: donde la agricultura estaba supeditada a las necesidades de la industria nacional.

El gobierno alemanista consideró importante convocar a todas las esferas sociales en un pacto nacional. Esta política de integración adoptó una retórica que se ajustaba mucho mejor a los propósitos económicos del régimen: la de "colaboración entre las clases", la cual abandonaba definitivamente los presupuestos ideológicos del cardenismo. En este contexto, la Confederación de Trabajadores Mexicanos (CTM) no sólo expulsó a Lombardo Toledano, sino que terminó por abandonar el que había sido su lema desde el sexenio de Lázaro Cárdenas: "Por una sociedad sin clases", y lo sustituyó por otro, que sugería la idea de una plena integración y colaboración entre el trabajo y el capital, sin fisuras ni contradicciones: "Por la emancipación de México" (Pereira y Albarrán 15-16).

Para Miguel Alemán era necesaria la colaboración de las clases para encaminar su proyecto industrial, por eso indicó cual debería ser la naturaleza de las relaciones entre empresarios y obreros: aquéllos debían acatar estrictamente las leyes laborales y éstos no debían exigir demandas desproporcionadas. Los empresarios debían entender las ventajas de contar con una mano de obra bien pagada y con buenas condiciones sociales. Las empresas

[18] Luis Javier Garrido dice que "Miguel Alemán no hablaba ya primordialmente del reparto de la tierra sino de la industrialización, ni de la 'lucha de clases' sino de la 'unificación nacional', ni de las expropiaciones sino del capital extranjero: no insistía ya en la idea de la nación, sino en la tesis de modernidad" (267).

estatales, concretamente las del petróleo y los ferrocarriles, tendrían que sujetarse a criterios comerciales y no a intereses políticos, ambas eran industrias clave para llevar por buen camino el proyecto económico. Para el nuevo gobierno era forzoso contener las demandas económicas de los trabajadores, a fin de que las utilidades fueran atractivas para el sector privado mexicano y para los inversionistas extranjeros (Torres 28-31). En suma, la Revolución era cosa del pasado, sus medidas sociales no podían ser identificadas con la anhelada modernidad presidencial.

Ante estos cambios estructurales, una parte de los actores políticos y la esfera letrada coincidieron en que la Revolución había terminado y que se iniciaba un nuevo periodo. El discurso oficial se jactaba de construir un México diferente y presentaba un país moderno: donde ya se había superado el atraso del campo, mostrando un campesinado productivo y desarrollado; donde las empresas y compañías se concentraron en la zona centro del país y, en especial, en la Ciudad de México; donde los multifamiliares, la Ciudad Universitaria, los aeropuertos, las carreteras y autopistas se volvieron el símbolo del progreso. Se dio una transformación sin precedentes. Así, en palabras de Enrique Krauze, la Ciudad de México se convirtió en el vivo reflejo de la megalomanía del presidente (*La presidencia…*109-117). Ceguera y optimismo en el ambiente cultural y político de la época, fueron una constante durante el alemanismo.

Hubo grupos sociales que no compartieron el ánimo exacerbado de gran parte de la comunidad cultural y las esferas políticas, a pesar del nuevo semblante del país y de la Ciudad de México. El proyecto modernizador, impulsado por Miguel Alemán, tuvo altos costos sociales que se expresaron en el deterioro del salario real de los trabajadores y la consolidación del autoritarismo sindical, a través de los “líderes charros”; o en los muertos sinarquistas de León, Guanajuato, en 1946; o en los enfrentamientos sindicales de 1948 a

1951; o la represión contra los henriquistas en 1952; o en el éxodo del campesinado hacia las grandes ciudades y los Estados Unidos. En palabras de Elisa Servín, “en muchos puntos del país la violencia, el caciquismo o la impunidad de las autoridades frente a la ley eran parte fundamental de la institucionalidad priísta, lo que contrastaba con el discurso oficial que insistía en que México era ya un país civilista y democrático, embarcado en la ruta del progreso y la justicia social" (83).

Además de la resistencia social, también algunos escritores escaparon de ese deslumbramiento modernizador y en sus obras escribieron sobre un México diferente: señalaron con toda precisión las fisuras que se convirtieron en grietas en el discurso posrevolucionario y la falacia de un progreso que dejaba a la intemperie a más de la mitad del país. Las constantes contradicciones, entre la práctica y el discurso del priísmo, determinaron la literatura de ese periodo: de Agustín Yáñez a José Revueltas, de Octavio Paz a Carlos Fuentes, pasando por Juan Rulfo.

El primer señalamiento intelectual que ejemplificó el descontento –ante los cambios y el rumbo que había tomado el país—, fue el de Daniel Cosío Villegas, cuando publicó el ensayo “La crisis en México” en 1947. Cosío Villegas hizo un balance de las metas y objetivos de la Revolución mexicana, su veredicto fue contundente: México pasaba por una “crisis gravísima”, las metas de la Revolución se habían agotado, al grado de que el término mismo de revolución carecía ya de sentido. Según Daniel Cosío Villegas, la Revolución había buscado tres objetivos principales: 1) la democratización y la libertad política, 2) la justicia y el mejoramiento social y 3) la consolidación definitiva de la nacionalidad mexicana. En los tres había fracasado. La postura de Cosío Villegas atrajo la atención y las respuestas del medio político e intelectual. Sin embargo, las críticas fueron bastante superficiales: calificaron a Cosío de pesimista; su mirada amarga se debía a que él no había participado en

la Revolución, por lo que no entendía a fondo todo lo que implicó el movimiento social (Krauze, *Daniel Cosío…*, 151-154); en suma, la crítica tomaba posición al lado del proceso de modernización del país, asegurando que la visión del ensayista no aportaba nada para el progreso de México. La crítica y la decepción de estos escritores no se aceptó del todo, pues según Abelardo Villegas, "la retórica oficial continuará hablando de la permanencia de la Revolución como la única forma de justificación y hará un esfuerzo para identificarla con la modernización" (177).

A finales de la década de los cuarenta y durante los cincuenta, el país experimentaba –por primera vez en su historia— un crecimiento acelerado. Una vez "sacudidos" los lastres decimonónicos, muertos los principios y objetivos de la Revolución, y ante las contradicciones propias del desarrollo industrial, México se comportaba como un adolescente asombrado de sí mismo, que vacilaba entre la infancia y la juventud, maravillado ante las oportunidades y riquezas que le ofrecía el "futuro". Los dirigentes, y gran parte de los sectores populares, vivían suspendidos en un sueño: arrastrados por las diversas circunstancias económicas, no tenían claro el rumbo del país; tampoco veían los costos sociales que implicaba la modernización, y si los notaban, hacían caso omiso. A pesar de que se apostó por la modernidad, atrayendo la inversión estadounidense, cambiando la fisonomía de las ciudades y adoptando el *American way of Life*, México no podía considerarse un país moderno.

En los primeros años de la década de los cincuenta, se publicaron dos libros de investigadores norteamericanos: *Industrial Revolution in México*, de Sanford Mosk y *The Struggle for Peace and Bread*, de Frank Tannebaum. Las tesis de los autores se resumían en la afirmación de que México se había equivocado al tomar el camino de la industrialización,

propiciando otra polémica con intelectuales mexicanos.[19] Estos coincidieron en que el desarrollo mexicano debía seguir por la vía que el gobierno alemanista había privilegiado, la vía de la industrialización parecía el mejor camino para fortalecer y consolidar la soberanía y el desarrollo nacional. Ninguno aceptó siquiera considerar que la solución del país podía estar en otra parte. Para Luis Medina Peña, en esa polémica se encuentra el germen de la vocación "primermundista" de las élites mexicanas de la posguerra (*Hacia el nuevo estado…* 141-142).

El debate ilustró la mentalidad de las élites intelectuales de la época: no se quería más un México bucólico, sino que se aspiraba a un país moderno e industrial. Elisa Servín sostiene que la polémica que se originó con esas publicaciones mostró un consenso de las élites mexicanas. Para ellas, industrializar al país era embarcarlo en la vía del progreso y la modernización, como lo mostraba ya la expansión acelerada de ciudades pequeñas y medianas en todo el territorio nacional, los índices de crecimiento económico, el incremento de la clase media y la creciente influencia cultural del modelo de vida estadounidense al que se identificaba como símbolo del progreso (81).

Pero ese anhelado "progreso" nublaba la perspectiva de muchos problemas que se agudizaron con la industrialización; por ejemplo: la crisis en el campo, originada por su abandono y su supeditación a la industria, provocó la emigración campesina a la ciudad y esta población no tuvo más alternativa que asentarse en áreas marginales. El optimismo no permitía ver muchos de esos problemas.

[19] Algunos de los comentaristas fueron: Daniel Cosío Villegas, Pablo González Casanova, Eli de Gortari, Alonso Aguilar M., Leopoldo Zea, Gilberto Loyo, Horacio Quiñones, Manuel Mesa A., Emilio Uranga, Eduardo Facha Gutiérrez, Guillermo Noriega Morales, Manuel Germán Parra, Jorge Carrión y Edmundo Flores (Servín 79).

Las décadas de los cincuenta y sesenta continuaron en el plano económico los lineamientos de los gobiernos de Ávila Camacho y Miguel Alemán. En esos años, México pasó de ser un país eminentemente agrícola a uno esencialmente industrial y urbano. Con los presidentes Adolfo Ruiz Cortines y Adolfo López Mateos, el principal motor del desarrollo económico del México moderno era el sector privado, a pesar de la política nacionalista del último gobernante.

La política económica de esos años se moderó y trató de evitar la repetición de casos escandalosos de corrupción administrativa tan comunes en el alemanismo (Meyer 1284). Al llegar a la presidencia, Adolfo Ruiz Cortines intentó mejorar la imagen pública del régimen, sin embargo, las políticas continuaron insistiendo en el desarrollo industrial a través de la protección al empresario privado y de cierto control de precios sobre los artículos de consumo popular (Meyer 1300-1301). El ritmo del crecimiento no se interrumpió.

El sexenio de Adolfo López Mateos se distinguió por nacionalizaciones de empresas estratégicas y decididos empeños por limitar al inversionista extranjero a una participación minoritaria. El objetivo del Presidente, con esta política de mexicanización, era mantener el predominio del capital nacional sobre el proceso económico.[20] Gracias a eso, el crecimiento del sector paraestatal llegó a su máximo desarrollo, no sólo por la expropiación de la industria eléctrica, sino por la política de adquisición de empresas privadas en dificultades económicas, para conservar las fuentes de trabajo.[21]

[20] Esta nacionalización económica de López Mateos "buscó limitar la entrada de capital extranjero en áreas estratégicas; fomentar la creación de empresas mixtas, en vez de compañías totalmente extranjeras; y estimular la adquisición de productos industriales nacionales" (Meyer 1290-1291).

[21] Fue tal la expansión del sector para estatal, que para fines de1962 se expidió la Ley para el Control de las Inversiones y Patrimonio Federales de los Organismos Descentralizados y Empresas con Participación Estatal, pues ese sector manejaba tantos o más recursos que el gobierno federal y había que controlar sus programas de inversiones. (Medina *Hacia el nuevo…* 146-147).

Para evitar que la legitimidad del régimen fuese puesta en duda, debido al impacto de la Revolución cubana y la movilización de algunos grupos obreros y campesinos, el gobierno de Adolfo López Mateos decidió reafirmar la naturaleza revolucionaria de su gobierno. Los proyectos reformistas emprendidos en ese momento, combinados con la retórica radical de algunos voceros del gobierno y del presidente, llevaron a gran parte de los círculos empresariales a abstenerse de hacer grandes inversiones y de retirar del país parte de sus capitales: esto provocó la recesión económica de 1960-1961 (Meyer 1285-1291).

Con Adolfo López Mateos el nacionalismo tuvo las resonancias anti-extranjeras de los años del callismo, pero a diferencia de aquél, fue un nacionalismo anti-comunista, ya no anti-americano. Es importante mencionar que a finales de la década de los cincuenta existe ya la tendencia a asimilar a la nación con el Estado. Por lo tanto, toda disidencia se consideraba automáticamente como un ataque a las "instituciones" (Garrido 270-271). Así el nacionalismo reforzó al Estado, y éste se convirtió en un Estado autoritario.

En el ambiente político, los gobiernos de Adolfo Ruiz Cortines y de Adolfo López Mateos consolidaron la hegemonía del Partido Oficial. Para Lorenzo Meyer, "la extraordinaria estabilidad del sistema político mexicano, entre 1940 y 1970, se debió en buena parte a un partido dominante, a través del cual se reclutaron los cuadros políticos y se controló la actividad política de las grandes organizaciones de masas siguiendo las directivas del Presidente" (1322). La "familia revolucionaria" había dirimido sus diferencias internas y cerraba filas ante una oposición débil, poco organizada y con escasa influencia en las masas populares, cuya característica general fue su marginalidad.[22] Por más mínima o marginal, la

[22] Esa oposición, con reconocimiento oficial, estaba constituida por tres partidos: El PAN (al servicio de la derecha), el PARM (corriente conservadora y disidente del partido oficial) y el PPS (con tendencias de izquierda). También había otras dos fuerzas: el Partido Comunista Mexicano y el Partido Sinarquista, que carecían de reconocimiento oficial y actuaban desde la clandestinidad (Pereira y Albarrán 108-110).

presencia de la oposición permitió el mantenimiento de las formas democráticas en el discurso, sin llegar a poner en peligro el monopolio del poder (Meyer 1311). Así, otro México nacía de las entrañas del México bucólico y revolucionario de la primera mitad del siglo XX.

Los discursos parchados de una Revolución moderna

Si uno analiza los discursos que sustentaban la visión y la vigencia del régimen entre 1949 y 1964, se puede apreciar que el contenido discursivo se mueve en cuatro ejes temáticos, a saber: a) estabilidad política; b) desarrollo económico; c) nacionalismo; y d) justicia social. La meta de estos temas era justificar la vigencia de la Revolución, la cual continuaba con los proyectos que se había impuesto desde un principio y cómo el partido oficial llevaba por buen camino el destino del país. Esta articulación discursiva muestra la existencia de un corpus ideológico de una colectividad, que, si bien no está "organizada", tiene definida una ideología muy marcada y relacionada con metas e intereses muy particulares, como lo propone Van Dijk. Para el mejor entendimiento de este trabajo, desarrollaremos cada uno de esos ejes.

El eje temático que corresponde a la estabilidad política, habla principalmente del respeto democrático de la no reelección y la aceptación de la autonomía sexenal, en otras palabras, los expresidentes debían abstenerse de intervenir en el gobierno y en las decisiones de sus sucesores. Esto último lo podemos apreciar en un discurso pronunciado por el licenciado Rubén Gómez Esqueda, director general de Acción Social, en el Monumento de la Revolución el 20 de noviembre de 1950. En él se hablaba de que la ciudadanía mexicana, pendiente del desarrollo progresivo de México y de la vigencia de los principios

constitucionales, debía “permanecer alerta en defensa de los principios de democracia y libertad que han caracterizado a México a través de sus luchas por la soberanía de nuestro pueblo” (365).

De la misma forma, el escritor Salvador Azuela defendió el ideal democrático en un discurso que pronunció el 20 de noviembre de 1954:

> El ideal democrático revolucionario, en la más amplia acepción, da validez a una consigna, para quienes ejercen el mandato político, cuyo sentido se traduce en que no deben ‘cesarizarse’ al perder el contacto directo con las demandas del pueblo… ese ideal entraña para el gobernante la vigencia del concepto de que la política no se resuelve en arte mediocre que realiza simplemente el equilibrio de intereses transitorios o se nutre en oportunismos sin grandeza (Contreras 381).

También el diputado Luis M. Farías en noviembre de 1957, hablaba de una Revolución que no buscó un simple cambio de personas en el poder, sino un cambio de sistema, “una nueva forma de gobernar que diera al pueblo libertad y garantías, una manera de ejercer el poder que abriera permanentemente nuevas oportunidades para todos, un estilo de manejar la cosa pública que asegurara la tranquilidad social y fortaleciera las bases económicas de la Nación” (Contreras 401).

Al lado de las declaraciones de Luis M. Farías, el senador Antonio Mena Brito, seguía esa misma línea y, a manera de apología, enumeraba los logros democráticos en noviembre de 1963:

> Una organización política, fundada en la culminante aspiración de crear, un Estado justo y equitativo… A nadie escapa que la no reelección de los titulares del Poder Ejecutivo Federal y de los Estados, la eliminación del voto indirecto, el sufragio femenino y, ahora, la representación proporcional de los partidos políticos minoritarios en la Cámara de

> Diputados, son evidentes avances que, aunados a la reforma del procedimiento electoral, han coadyuvado y coadyuvarán al fortalecimiento de una vida cívica más intensa (Contreras 464, 466).

Otro de los temas que se tratan en este nivel temático tiene que ver con la disciplina del Partido Oficial y todas las decisiones adoptadas por el Poder Ejecutivo que tuvieron que aceptar los candidatos –oficiales o de la oposición— que aspiraron a ocupar la presidencia sin éxito. Un ejemplo de esa disciplina lo encontramos en un discurso pronunciado por el general Federico Montes en el Monumento a la Revolución el 20 de noviembre de 1949:

> nuestro Ejército… ha superado al caudillismo y cumpliendo con el más alto deber del ciudadano armado, el glorioso militar, nuestros connotados militares, que en su labor gubernamental se han despojado de todo carácter militarista, sólo la majestad de la ley ha normado sus actos, han puesto, acatando el imperativo popular, al poder público de México, en manos civiles (Contreras 363).

De esta manera, el general Federico Montes reconoce la transformación definitiva del Ejército. Es consciente de que se ha superado la etapa de caudillos y se ha entrado en la era del civilismo, ahora el principal objetivo de los Generales es defender las instituciones, la política ha pasado a segundo plano. Por su parte, el general y senador Esteban Baca Calderón en noviembre de 1955, señalaba que todas las esferas sociales debían agruparse en torno a las directrices del señor Presidente, "colaboremos con ellos, unámonos todos los mexicanos en un haz de voluntades y esfuerzos y nuestra patria será grande, feliz y respetada" (Contreras 390).

Como se ha dicho líneas arriba, la base que ayudó a legitimar el régimen entre 1940 y 1964, fue el alcance del desarrollo económico. No es raro que, en los discursos de la época, ese

tema sea una constante. Muchos políticos y escritores ensalzaban el esfuerzo de la Revolución en esta materia, condicionando el éxito de la misma, a su capacidad para promover y mantener un ritmo de crecimiento acelerado, y así el país pudiese abandonar su carácter de sociedad subdesarrollada.

En la mayoría de los discursos, además de elogiar las obras de Lázaro Cárdenas, Manuel Ávila Camacho, Miguel Alemán, Adolfo Ruiz Cortines y Adolfo López Mateos, se resaltó el hecho de que gracias a la Revolución el país había progresado en niveles materiales nunca antes vistos. Un ejemplo de esto, lo encontramos en un discurso pronunciado por el Secretario de Gobernación en noviembre de 1960, Gustavo Díaz Ordaz:

> A través de cincuenta años, mucho han realizado los hombres que han servido a México con los principios de la Revolución. No puede negarse la existencia de una régimen jurídico, justo; la gratuidad y extensión del sistema educativo; el impulso a los estudios superiores y el fomento a la cultura; la prevención y dominio sobre las enfermedades; el reparto de tierras y el mejoramiento de los cultivos; las obras de riego, el seguro social agrícola y la creación de los ejidos ganaderos y forestal; el desarrollo de las comunicaciones; el impulso a la industrialización; el saneamiento de nuestra economía y el fortalecimiento de nuestra moneda; la nacionalización de los ferrocarriles, el petróleo y la industria eléctrica (Contreras 431).

De forma similar, el licenciado Joaquín Noris Saldaña seguía esa línea discursiva y agregaba en noviembre de 1962:

> Durante más de tres décadas hemos disfrutado de la paz y la tranquilidad que se derivan de la posesión de nuestra estabilidad política, que es, sin duda, una de las más envidiables y sólidas del continente. Esto ha permitido acelerar el tránsito de México del periodo de la agricultura arcaica a la etapa de la industria nacional mediante la ejecución de la Reforma Agraria; reconquistar los recursos naturales del país y sus fuentes de energía,

> como son la electricidad y el petróleo; mejorar en todos los órdenes la condiciones de los obreros; poner en marcha la planeación de la economía; construir importantes obras materiales en las ciudades y en el campo; extender la red de comunicaciones y servicios públicos; velar por la salud y la educación populares; y combatir, en fin, por todos los medios esa situación injusta que heredamos del pasado, que coloca, frente a una minoría pudiente y adinerada, una extensa mayoría económicamente débil o privada de todos los recursos (Contreras 460-461).

El tono optimista de estos discursos fue criticado por intelectuales que no compartían la misma visión del régimen. Por ejemplo, Octavio Paz, en la segunda edición de *El laberinto de la soledad* de 1959, arremetió fuertemente contra ese discurso oficial. El poeta señalaba que no se había logrado todo lo que era indispensable para ofrecerles los beneficios de la modernización a las grandes mayorías. Ese México de la década de los cincuenta, aun no desarrollaba una industria básica; no se fabricaban máquinas, ni siquiera se hacían tractores; faltaban todavía caminos, puentes y ferrocarriles; no había puertos ni marina ni industria pesquera; el comercio exterior vivía a expensas del dólar, que mandaban los mexicanos que trabajaban en los Estados Unidos, y del turismo. Paz era contundente y agregaba lo siguiente:

> a pesar de la legislación nacionalista, el capital norteamericano es cada día más poderoso y determinante en los centros vitales de nuestra economía. En suma, aunque empezamos a contar con una industria, todavía somos, esencialmente, un país productor de materias primas. Y esto significa: dependencia de las oscilaciones del mercado mundial, en lo exterior; y en lo interior: pobreza, diferencias atroces entre la vida de los ricos y los desposeídos, desequilibrio (*El laberinto…* 327).

Para Octavio Paz, México pasaba por una crisis que iba más allá de los errores, imprevisiones, e inmoralidades de los grupos en el poder, como lo señalaron los ensayistas Daniel Cosío Villegas y Jesús Silva Herzog, a finales de la década de los cuarenta. Y es que

ya desde esa época, era evidente que la nación no disponía de recursos suficientes para "financiar" y sostener el desarrollo de México, ni para "crear lo que los técnicos llamaban la 'infraestructura económica', única base sólida de un progreso efectivo" (Paz, *El laberinto…* 327-328).

El tercer eje temático que se encuentra en el corpus discursivo, de esos actores que respaldan al régimen, tiene que ver con la idea de nacionalismo. Hay una pretensión por afianzar una consciencia nacional, recordando que la Revolución fue un movimiento hecho por las masas, la cual no tuvo un cuerpo de doctrinas revolucionarias que le sirvieran de soporte ideológico, pues la ideología se fue formando lentamente, durante el desenvolvimiento de la guerra y a raíz de diferentes acontecimientos políticos;[23] además rescató al indígena en un momento donde México se descubrió a sí mismo y se reconcilió con su propia historia. También hay una preocupación por preservar y consolidar una identidad nacional frente a los Estados Unidos. En un discurso pronunciado por el licenciado Raúl Noriega en el Monumento de la Revolución el 20 de noviembre de 1957, encontramos el mejor ejemplo de esto:

> La Revolución Mexicana sustenta sus raíces en las entrañas mismas de la nacionalidad… Es indígena, por cuanto en su bandera se inscribió la reivindicación de los descendientes de los primeros hijos de nuestra Patria; y la dotación y restitución de

[23] La independencia de corrientes europeas del pensamiento económico-social demostraba la mexicanidad del movimiento. Es interesante esto porque los intelectuales de la época adoptaron esa idea. Por ejemplo, En "Un ensayo sobre la Revolución Mexicana" publicado en 1946, Jesús Silva Herzog sostenía que en ninguno de los manifiestos revolucionarios había influencia del marxismo, ni utilizaban las ideas del socialismo europeo, ni tampoco la terminología de la época. De allí que el ensayista creyera en la Revolución Mexicana "como un fenómeno social único, congruente, con profundas raíces en la conciencia del pueblo sujeto a las transformaciones inevitables de la existencia colectiva" (28). Estas premisas fueron importantes para Paz, porque de ahí retomó la idea de la originalidad de la Revolución que desarrolló en *El laberinto de la soledad*. Como Silva Herzog, el poeta pensaba que el carácter único del movimiento de 1910, le debió muy poco a las ideologías revolucionarias de los siglos XIX y XX.

> la tierra a los pueblos. Insurgente, porque pugna contra cualquier forma de colonialismo; consecuentemente es antiimperialista, y así logra rescatar del subsuelo y defiende la autonomía económica del país. Reformista y liberal porque la Revolución los magnifica, y de la esfera de su aplicación meramente individual, los transporta a la escala colectiva para dar protección, garantías y derechos a los trabajadores de las ciudades y de los campos, integrados en sindicatos y comunidades agrarias (Contreras 408-409).

A pesar de esto, ya en 1947 Daniel Cosío Villegas llamaba la atención sobre la "crisis gravísima" a la que se estaba enfrentando México: la amenaza de perder la identidad. Él entendía que la cercanía, el involucramiento directo en el desarrollo económico del país por parte de los Estados Unidos, debilitaban el nacionalismo mexicano. Fue de los pocos intelectuales que anticiparon un futuro complicado para México; decía que el país vagaría sin rumbo, perdiendo un tiempo que no podía perder un país tan atrasado en su progreso,

> para concluir en confiar sus problemas mayores a la inspiración, la imitación y la sumisión a Estados Unidos, no sólo por vecino, rico y poderoso, sino por el éxito que ha tenido y que nosotros no hemos sabido alcanzar. A ese país llamaríamos en demanda de dinero, de adiestramiento técnico, de caminos para la cultura y el arte, de consejo político, y concluiríamos por adoptar íntegra su tabla de valores, tan ajena a nuestra historia, a nuestra conveniencia y nuestro gusto (*El intelectual…* 56).

El partido oficial apeló de forma reiterada el carácter *sui generis* de la Revolución mexicana, que suponía un camino propio y original para el desarrollo de México. Incidentalmente, la búsqueda teórica de los intelectuales de "lo mexicano", al final de la década de los cuarenta (el grupo Hiperión y Octavio Paz principalmente), ayudaron a legitimar esa visión del régimen.

El último eje temático de esos discursos sustentadores del sistema, trataba el asunto de la justicia social. A lo largo del periodo que va de 1940 a 1964, se insistió en que el desarrollo económico no consistía simplemente en el crecimiento y modernización del aparato productivo, sino en la justa distribución de la actividad económica y en los proyectos sociales que mejorarían las condiciones de vida de los mexicanos: se tocaban puntos como el reparto de tierras, a través del ejido, las leyes que protegían a la clase obrera, la salud y la educación. Para ejemplificar esto, mostraré algunos fragmentos de esos discursos.

En noviembre de 1956 el Licenciado Roberto A. Cortés decía lo siguiente: "Hoy la tierra es de los campesinos… los obreros tienen leyes que los protegen y amparan, hay caminos y presas, hay escuelas para que los hijos del pueblo se instruyan, la Reforma Agraria, la Reforma Obrera, la educación, la dignidad ciudadana no son solamente formas jurídicas sino realidades sociales, porque tienen vigencia definitiva en la consciencia popular" (Contreras 398-399). En ese mismo año el Presidente del Tribunal Superior de Justicia del Distrito y Territorios Federales, Miguel Fonseca, apuntaba: "por los caminos de México se viaja con libertad; los campesinos trabajan el surco; los maestros se dedican con ahínco a enseñar al pueblo y los soldados cuidan celosamente de las instituciones y que hay un hombre que dirige los designios de la Patria" (Contreras 400).

En 1963 tanto el senador Antonio Mena Brito, como el escritor Agustín Yáñez, volvieron a hacer hincapié en la "excelente" política social del programa de la Revolución. El primero hablaba de "la protección al trabajo; la regulación de los salarios para asegurar a la mayoría un ingreso suficiente que le permita satisfacer sus necesidades y las de sus familiares" (Contreras 463); el segundo hizo una apología de los logros alcanzados:

> La Reforma Agraria, el derecho al trabajo, la popularización de la educación y la salubridad, el seguro social, la reivindicación de las riquezas naturales…Culmina una

> etapa singularmente fecunda, en la cual un mayor número de compatriotas tienen agua potable, tierra, seguridad, escuelas, caminos, electricidad, habitación; es decir: mayor suma de bienes y condiciones de bienestar, la gratitud de la educación fundamental se ha complementado con la de los libros de texto que unifican la consciencia patria en todo el ámbito del territorio; quedan dados los pasos para poner en práctica el reparto de utilidades a los trabajadores, conforme al mandato constitucional; los recursos eléctricos han sido nacionalizados (Contreras 473-474).

Desde luego, ese optimismo que se puede apreciar en los discursos, generó cualquier cantidad de críticas entre los intelectuales y especialistas de la época. Para Lorenzo Meyer, "la crítica fue hecha precisamente en función de la incapacidad de los gobernantes para llevar adelante este programa; ya fuera porque estructuralmente le era imposible o a consecuencia de haber traicionado el ideario revolucionario" (1314-1315). Por ejemplo, en la cuestión agraria, intelectuales como Daniel Cosío Villegas y Jesús Silva Herzog discutieron ampliamente sobre los errores técnicos y estratégicos cometidos por el Estado. Ambos coincidieron en que el gobierno dio tierras a los campesinos sin un plan y programa definido, respondiendo a las exigencias políticas del momento. Por otra parte, los moralistas, como Manuel Gómez Morín, denunciaron la intromisión maléfica del cacique tradicional y del político rapaz en los repartos agrarios, actuando bajo la tutela de un gobierno cómplice y paternalista.

Para Octavio Paz uno de los grandes problemas del campo era la falta de tierras cultivables, eso había desembocado en un crecimiento demográfico sin precedentes, que se expresó en los miles de campesinos que vivían en condiciones de miseria, los cuales no tuvieron más remedio que emigrar a las ciudades "industrializadas" de México o los Estados Unidos. El poeta, veía una sobrepoblación campesina en la mayor parte del país. El Estado no se dio abasto, la apertura de nuevas tierras de cultivo no fueron suficientes, las industrias

y los centros de producción no crecieron con la rapidez necesaria para absorber a la mayoría de la población desocupada. De esta manera, el campesino quedó atrapado entre el subempleo y la miseria (Paz, *El laberinto…* 323-324).

Líneas arriba vimos cómo durante el alemanismo, el rostro de México comenzó a cambiar. El Estado intentó orientar el desarrollo económico, creando nuevas industrias y auxiliando otras. Esto motivó el surgimiento de una nueva burguesía y una clase obrera, ambas protegidas y ligadas estrechamente al gobierno paternalista. La estrecha relación entre la clase obrera y el Estado nació como una alianza popular: mientras los sindicatos apoyaran y sostuvieran los gobiernos revolucionarios, los gobiernos se ocuparían de la protección y el respeto de las organizaciones sindicales. Esta relación tuvo efectos negativos. Daniel Cosío Villegas señaló en su ensayo, que ninguno de los gobiernos de la revolución se interesó por crear conciencia y responsabilidad en la organización obrera, convirtiendo al movimiento obrero en un simple instrumento gubernamental, que no tenía otro papel que el de servir de coro laudatorio (*El intelectual…* 48-49).

En este contexto de crisis, para una mayoría de intelectuales desencantados, la Revolución había muerto. Murió sin haber alcanzado todos sus propósitos: no creó una nación moderna; si bien buscó liquidar el régimen feudal del Porfiriato con la repartición de tierras, el gobierno no les ofreció a los agricultores la tecnología necesaria para hacer del campo una fuerza productiva, esto derivó en su abandono y su supeditación a la industria, lo que ocasionó una migración masiva de campesinos a las grandes ciudades de México y los Estados Unidos. La sobrepoblación y las pocas fuentes de empleo desembocaron en la formación de los cinturones de miseria, sobre todo, en la Ciudad de México, que en los primeros años de la década de los sesenta ya eran un asunto serio. De esta manera, la desigualdad no se redujo, por el contrario, creció y nadie hizo nada.

En resumen, para la década de los cincuenta aún no se habían alcanzado los propósitos de la Revolución, México dependía cada vez más de la intervención económica de los Estados Unidos. Aunado a eso, el culto a la industrialización, las políticas conservadoras de los presidentes, trajeron consigo graves consecuencias y precipitaron lo que ya se veía venir: el fracaso. Penosamente el país no cambió de dirección y los gobiernos siguieron apostando por la continuidad del proyecto modernizador.

Hemos visto cómo algunos intelectuales de la época criticaron el discurso oficial y el proyecto modernizador, a través de ensayos que en su momento fueron explosivos. Los narradores Carlos Fuentes y Jorge Ibargüengoitia no se quedaron atrás. En sus escritos también se rastrea una crítica a ese contexto que los hermana con esa crisis generacional. Así en los capítulos siguientes observaremos cómo la novela *La región más transparente* de Fuentes y *Los relámpagos de agosto* de Ibargüengoitia comparten el mismo sistema de creencias: una posición similar sobre la Revolución y el México posrevolucionario, evidenciando una ruptura con las mitologías creadas por el Partido Oficial.

II

La región… de la crítica, los criticones y los elogios

Bienvenidos al banquete… ¡Dense que invita Fuentes!

Carlos Fuentes nació en 1928, un año álgido para la historia reciente del país: el asesinato del presidente electo modificó la estructura política del México contemporáneo. En 1929, tras la muerte de Álvaro Obregón, se formó el Partido Nacional Revolucionario (PNR), con el fin de clausurar la etapa de Caudillos. México, por fin, comenzaba a vivir su vida

institucional. Debido al trajín diplomático de su padre, Carlos Fuentes vivió su infancia en Rio de Janeiro, Argentina y Estados Unidos. Desde la distancia presenció el último capítulo de la etapa revolucionaria: el exilio de Plutarco Elías Calles, las reformas cardenistas que apoyaron decididamente al campesinado y al obrero, con la creación del ejido y la formación de la Confederación de Trabajadores de México (CTM), además de la expropiación petrolera; políticas que no siempre fueron bien vistas en el extranjero y que afectaron su vida cotidiana, principalmente en los Estados Unidos.

A mediados de la década de los cuarenta, en plena adolescencia, Carlos Fuentes regresó a México y vivió, por primera vez, una estancia larga en la capital, tenía dieciséis años. Se formó en el auge de la Revolución Institucional y del régimen del partido único; presenció la megalomanía alemanista, la fe ciega en el progreso y la modernización como la gran panacea de los problemas estructurales de la nación; la corrupción, la represión sindical y los líderes "charros"; el éxodo del campesinado a los Estados Unidos y a las grandes ciudades del país. Esas experiencias alimentarían *La región más transparente*.

La región más transparente se publicó en 1958, bajo el sello editorial del Fondo de Cultura Económica (FCE). El Partido Revolucionario Institucional (PRI) complacido con el rumbo y los logros de la Revolución mexicana, vislumbraba un porvenir lleno de ilusiones y esperanzas. En ese año, gracias a la "exitosa economía", se comenzó a usar el término "desarrollo estabilizador". En lo político se aseguraba la continuidad presidencial de los candidatos del partido oficial, reforzando la idea del "cambio sin cambio", cuestión que paralizó la vida democrática y participativa de las clases emergentes, cerrándoles la puerta a los espacios públicos. En este contexto de paz y bonanza, la novela de Carlos Fuentes examinó con mirada crítica el rumbo y los resultados de la Revolución mexicana; exhibía las resquebrajaduras del discurso oficial, pues revelaba la otra cara de los hombres

revolucionarios (García Gutiérrez, "Un capítulo de la…", 56-57). Así, Carlos Fuentes irrumpió en la escena literaria con un grito estridente, que incomodó a muchos de sus contemporáneos.

La novela de Fuentes se enfrentó a tres tipos de crítica: por un lado estaban los moderados, que eran más tolerantes a los cambios del canon, los cuales reconocían la originalidad, la articulación del entramado temático y discursivo de la novela, y hablaban de una obra atrevida, iconoclasta y experimental (Lewald 216); por el otro, los intransigentes, aquéllos que se mostraban más reacios a la experimentación formal y se enfrentaron a una propuesta que rompía con la tradición novelesca, la cual buscaba y encontraba en la historia, el campo y la provincia las respuestas a las interrogantes constantes de México (Bobadilla 161); finalmente, aquéllos que criticaban más la personalidad del novelista, que la obra en sí. Para ejemplificar este tipo de crítica, traeremos a escena a dos de los intelectuales más reconocidos en el campo cultural mexicano: Enrique Krauze y Octavio Paz. El primero representa el ala de los intransigentes, el segundo el de los moderados.

En el primer capítulo del libro *Textos Heréticos*, titulado "La comedia mexicana de Carlos Fuentes", Enrique Krauze marcó su distancia con la actitud intelectual y con las ideas del novelista.[24] Para él, una de las principales falencias de la propuesta de Fuentes, fue que no se adentró en los problemas del campo mexicano, esa visión limitada lo equiparó con la de un turista, que sólo se interesó por recorrer la ciudad. De ahí que *La región más transparente* parecía más un cuadro de "tomas" paródicas de la vida nocturna de la Ciudad de México, que un retrato original. Otro de los elementos criticables de la novela eran sus

[24] Cabe mencionar que este ensayo de Krauze fue publicado en 1988 en la revista *Vuelta*. Si bien no se trata de una crítica contemporánea a la publicación de *La región más transparente*, ejemplifica el sentir generacional de muchos críticos del periodo.

personajes. Krauze observó que no tenían voz propia, eran una prolongación de las tesis filosóficas sobre lo mexicano que abanderaba el grupo Hiperión y dominaban el contexto cultural. Para ejemplificar ese punto, el historiador menciona que en la novela el “pueblo” no conocía el sufrimiento o el trabajo, simplemente se les iba la vida reflexionando sobre la pobreza y su infortunio, como si estuviesen en una parranda trágica e interminable; de ahí que la parodia mejor lograda era la de la “alta sociedad”, a la que el propio Fuentes pertenecía. Enrique Krauze le reprochaba a Carlos Fuentes su ceguera, que le imposibilitaba conocer la verdadera realidad del país: esto significaba un enorme problema, porque el país y su realidad era el tema central de su obra (35-37).

Desde luego, esta postura krauziana también tiene sus limitaciones. Era evidente que a Carlos Fuentes ya no le interesaba continuar con la tradición narrativa que hablaba del campo, pues ya se había agotado el tema con novelas como *Pedro Páramo* de Rulfo, *Al filo del agua* de Yañéz o *Luto humano* de Revueltas. Krauze sufrió, en dado caso, la misma ceguera de la que acusaba a Fuentes, porque no quiso, o no pudo ver, la nueva aportación a la tradición novelística mexicana de una novela como *La región más transparente*, que introdujo múltiples rostros y voces, revolucionó la forma de narrar la ciudad, consumando una doble ruptura: la modernización del ámbito urbano y la muerte del campo, donde el campesinado no tuvo más opción que nutrir las grandes ciudades en expansión de mano de obra, al margen de los beneficios de la modernidad (Ramírez 563).

Aunada a la de Krauze, que a pesar de todo fue importante porque generó discusión fundamentada, hubo otro tipo de crítica más superficial y agresiva. Por ejemplo, en una ocasión Elena Poniatowska entrevistó a Carlos Fuentes. La periodista le comentaba a propósito de *La región más transparente*: "dicen que tu novela es pornográfica, grosera, pesimista y muy excesiva"; a lo que Fuentes respondió: "la propaganda turística puede

encargarse de proclamar las bellezas de Xochimilco; a mí me interesa dar fe del dolor y de la desesperanza de México. Y nadie puede negarme el derecho, dentro de ese contexto, a utilizar las palabras con que el pueblo mexicano expresa sus amarguras, se defiende y se retrata" (203). Héctor Aguilar Camín dice que ese tipo de críticas apasionadas, que acompañaron a Fuentes desde la publicación de *La región más transparente*, también le reprochaban su forma de vestir; su uso frecuente del inglés; que no escribiera como Juan Rulfo; que militara políticamente como lo hizo en su momento José Revueltas; que era un promotor descarado de la nueva novela latinoamericana; que sólo recibía buenas críticas en el extranjero; que exhibía su desprecio por México, porque no vivía en el país; y que no fuera lo suficientemente mexicano por haber nacido en Panamá y estudiado de niño en los Estados Unidos (169). Como ese tipo de críticas eran bastante frecuentes en el campo cultural mexicano, Octavio Paz, en alguna ocasión, defendió al novelista. Para él, en México no existían críticos, había sacrificadores ávidos de víctimas a quienes destruir y deshonrar. Sin embargo, tras cada ceremonia de destrucción, Fuentes resurgía más vivo que nunca (Paz, *Generaciones y semblanzas…,* 179).

¿Cómo entender la postura de esos sacrificadores de los que habla Paz o la crítica del propio Krauze? Considero que la aparición de Carlos Fuentes, representó una amenaza para los defensores del orden establecido en el campo cultural. Pierre Bourdieu sostiene que las luchas entre los poseedores del capital y quienes lo buscan, nacen de la irrupción de los recién llegados que importan novedades en materia de productos y técnicas de producción (*Las reglas…*, 334). De esta manera, según Vicente Quirarte, para los lectores el ambicioso proyecto narrativo de *La región más transparente* era un desafío: “la síntesis y el cuestionamiento de la historia moderna mexicana, su poderosa y novedosa estructura, su riqueza verbal y conceptual y el peso de la mitología prehispánica” (XL). Por otra parte,

Georgina García Gutiérrez, una de las estudiosas más importantes de Carlos Fuentes, dice que el rechazo y la intolerancia generalizada de los defensores del régimen y cierto sector de la crítica se debió a la visión impugnadora y pesimista de esa novela, la cual fue considerada como antirrevolucionaria (García, "Un capítulo de la historia…" 56). Sean estos o no los posibles motivos, lo cierto es que las diversas esferas sociales no podían permanecer indiferentes.

Octavio Paz, dueño de un gran capital cultural en esa época, asumió su papel como legitimador literario, tomándose el tiempo para escribir una crítica favorable de la novela de Carlos Fuentes; esto, con el objetivo de posicionarlo como uno de los grandes narradores de México. Paz destacó la importancia de la Ciudad de México como personaje principal de la novela; el papel de Ixca Cienfuegos como esa conciencia de la otra mitad de México, que representa el pasado precolombino vivo; la crítica moral y política, como nostalgia de una de una edad heroica; la descripción de la sociedad contemporánea de México que ha creado nuestra Revolución; el ascenso social del revolucionario y su consecuente degradación moral; la fragmentación del tiempo en su estructura narrativa (Paz, *Generaciones y semblanzas…,* 169-172).[25] Gran parte de los puntos que destacó el poeta de *Libertad bajo palabra*, han sido continuados por la gran mayoría de los críticos que han comentado y estudiado *La región más transparente*.

Más allá de lo que rescató Paz, considero que su mayor fuerza está en su rechazo al canon de la novela de la Revolución, tanto en contenido como en forma. Recordemos que, a

[25] Como se puede observar, la intensión de Paz, respondió al principio de jerarquización interna, de la que habla Pierre Bourdieu, en el cual se busca un grado de consagración específica en el campo cultural, que se obtiene del reconocimiento de los agentes culturales (escritores que son conocidos y reconocidos por sus pares) y no de la demanda del "gran público" (323). Desde ese momento, el poeta se esforzó por consagrar a un joven escritor, que desde entonces no cesaría de asombrar y desconcertar a propios y extraños.

principios de la década de los cincuenta, la tradición de la novela de la Revolución continuaba con sus viejas prácticas convencionales: se seguía escribiendo la crónica testimonial de los hechos, se situaba el desarrollo de la historia en el campo y la provincia. Estos modelos ya habían cumplido con su misión histórica: informaron y legitimaron la posición política e ideológica de las distintas fracciones revolucionarias, cayendo en la oficialidad. Según Georgina García Gutiérrez, Fuentes se rebeló contra esos discursos anquilosados, mostrándose como el relator de "la otra historia, la verdadera, la que ellos no pudieron narrar" ("Introducción…" 16, 55), la que confronta los resultados, la que revela los silencios y los gritos que existen en el país.

Para Tatania Bubnova, la riqueza de la novela se encuentra en el uso de la heteroglosia social –Jean Franco en su artículo "*La región más transparente* de Carlos Fuentes: entre el orden y el desorden" habla de una heteroglosia simbólica —Bajtín se refirió a la heteroglosia como una simultaneidad de puntos de vista y posiciones existenciales plasmada en discursos, acentos personales, voces sociales, interpretaciones oficiales, discursos sobre la identidad mexicana canalizados por la filosofía y la antropología, que se encuentran en una constante tensión ideológica respecto del discurso oficial (Bubnova 353). Si bien enumerado de esa manera parece un muestrario, podemos resumir la función de la heteroglosia como el diálogo social de una época, de ahí que el gran triunfo de *La región más transparente*, fuera la objetivación del debate social de ese México de la década de los cincuenta, donde unos agentes sociales pretendían apropiarse de los resultados de la Revolución, y otros los cuestionaban (Bubnova 355).

Así, la fuerza de *La región más transparente* está en su contenido ideológico y social, en la madurez del juicio crítico del autor, con el cual señaló las falacias discursivas de una Revolución "triunfalista", que hablaba sobre la "justicia social" y objetivos "cumplidos".

Fuentes, desenmascaró las traiciones cometidas a la ideología revolucionaria, el enriquecimiento indiscriminado de aquéllos que lucharon en sus filas y dejaron en el desamparo a una gran mayoría; el gran pecado de la élite revolucionaria fue no interesarse en el asunto público, ofreciéndonos una explicación incompleta, tergiversada, parcial del origen desigual de la distribución de la riqueza y el monopolio del poder político.

La región… y la historia

La Historia juega un papel preponderante para los grupos hegemónicos, pues crea mitos y leyendas, fomenta el nacionalismo, resalta la moral y los valores y ayuda a ejercer un control sobre la sociedad. Según Ranahit Guha, el sentido de la historia se guía por un criterio de autoridad, la cual designa qué acontecimientos serán considerados históricos y cuáles no. Esa autoridad se expresa en una ideología que llamó "estatismo" (17). Desde luego en el México de la década de los cincuenta, el Partido Oficial y sus voceros pregonaban un discurso estatista: se empeñaban en mantener vivos los objetivos de la Revolución elogiando la incorruptibilidad de los Jefes de la Nación, haciendo hincapié en su "recia personalidad y su compromiso con las mejores causas del pueblo mexicano" (Contreras 372). A estos líderes los acusaban de "excesiva honradez inmaculada", además elogiaban sus obras como grandes hazañas desinteresadas; hablaban del respeto al estado de derecho y de una Constitución gloriosa y vigente, código supremo que regía los destinos de la patria; afirmaban que el régimen estaba al servicio de la colectividad, celoso y atento del decoro y la integridad del país. Este "ruido discursivo" de los mandatos estatistas, mantuvo sumergidas las voces de los vencidos.

Carlos Fuentes se sintió, probablemente, abrumado por esa carga ideológica que pululaba en la atmósfera, quizá eso determinó su postura crítica. Para él, era importante rescatar el pasado, contestar a través de la literatura al silencio y las mentiras de la historia oficialista (De la Fuente 28); sabía que la imaginación no estaba peleada con la historicidad, y de ella tenía que tomar el verdadero "peso de la historia" (Borsó 97).

Carlos Fuentes tuvo la capacidad de observar que México seguía en una disputa entre lo que era y lo que quería ser. Para él, había una distancia considerable entre la nación legal –que se aprecia en los discursos de la época, los cuales hablan de la justicia social, del progreso y la modernización— y la nación real –esa gran mayoría, que está oculta, al margen de los grandes asuntos políticos y económicos, que ignora los beneficios de la modernidad. Esta disputa es el trasfondo de *La región más transparente*. Coincido con Maarten Van Delden, cuando dice que el proyecto de Fuentes fue sacar a la luz aquello que ha permanecido en la oscuridad, la exposición de la mentira y la inautenticidad de los discursos hegemónicos (151).

Para la generación de Carlos Fuentes, la historia contemporánea de México se convirtió en una pesada loza. La Revolución mexicana tenía una presencia omnipresente en la retórica oficial y en todos los aspectos de la vida. El distanciamiento temporal le permitió asumir una postura crítica: esto explica el rechazo, la indiferencia y el hartazgo frente a ese hecho histórico. Quizá por este motivo, al menos en México, decir que los novelistas se mostraban como los mejores intérpretes de la realidad, convirtiendo la ficción en el territorio de las revelaciones públicas, se volvió un lugar común. Para Héctor Aguilar Camín, la crítica, la denuncia, los anticipos de un cambio deseable, cayeron como una bocanada de aire fresco en una atmósfera triunfalista y autocomplaciente, amparada en un "milagro mexicano" que no quería oír hablar de sus carencias sino de sus logros, encontrando la fórmula perfecta para

eternizarse en sus aciertos (169- 170). Si bien hay un esfuerzo por entender, revalorar y problematizar la historia, estas obras ficcionales (como *La región más transparente* o *Los relámpagos de agosto* por mencionar sólo algunas) no quieran hacer historiografía propiamente, son un registro más para llenar los vacíos que la historia oficial no quería cubrir.

En *La región más transparente* la importancia de la historia es decisiva. Para Yvette Jiménez de Baéz, es evidente que la intención del novelista, al ubicar el presente de la escritura después de la Revolución, fue mostrar cómo los efectos del pasado inmediato tienen una fuerza tan paralizante, que imposibilitan el advenimiento del futuro (176). De ahí la idea de la historia propuesta por Fuentes, como una multiplicidad de pretéritos, donde, en palabras de José Ramón Ortiz de Castillo, no hay un único pasado que se obligue a representarse en el ahora, ni un ahora que clarifique los muchos pasados, explicándonos el origen de una sociedad bastante compleja (429).

Para entender la coexistencia de esta multiplicidad de pasados y el papel que juega la Revolución mexicana en *La región más transparente*, tenemos que pensar en las reflexiones de Octavio Paz, plasmadas en *El laberinto de la soledad*. Paz entendía que, en el México de la década de los cincuenta, convivían dos mundos: uno aparente y otro oculto. A pesar de los impulsos modernizadores de los dirigentes, el país no podía ser moderno porque en su territorio coexistían varios niveles históricos. Según Paz, había quienes vivían antes de la historia y otros al margen de ella.[26] Octavio Paz era consciente de eso y sentenciaba:

> varias épocas se enfrentan, se ignoran o se devoran sobre una misma tierra o separadas apenas por unos kilómetros. Bajo un mismo cielo, con héroes, costumbres, calendario y

[26] Ejemplo de ello son los otomíes que históricamente han sido víctimas de sucesivas invasiones, que los han desplazado tanto de sus territorios como de la realidad nacional.

> nociones morales diferentes… En una sola ciudad o en una sola alma se mezclan y superponen nociones y sensibilidades enemigas o distantes (Paz, *El laberinto…* 146).

En esta diversidad de niveles históricos –que se expresaba en los constantes enfrentamientos de un proyecto modernizador, que negaba y excluía a la gran mayoría de los grupos étnicos, los cuales vivían aún con costumbres distintas— estaba la imposibilidad de alcanzar la anhelada modernidad. Quizá, lo primero que tenían que hacer los dirigentes del país era reconocer, aceptar y dar solución a esos conflictos del pasado. Para Paz, una vez solucionado ese problema, México podría afrontar los retos del porvenir.

Esas tensiones históricas se convirtieron en los hilos conductores de *El laberinto de la soledad*. Paz era un convencido de que los comportamientos de esos conflictos históricos nunca se disiparían por completo; perdurarían en lo más recóndito de la memoria colectiva. Fue entonces que presentó una interpretación de la historia de México regida por el ritmo –o la dialéctica— de lo cerrado y abierto, de la soledad y la comunión, a través de una sucesión de rupturas y uniones:

> La historia de México –decía Paz— puede verse como una sucesión de explosiones seguidas de dispersiones y reuniones. La última explosión, la más poderosa, fue la Revolución mexicana. Logró, después de dispersarnos, reunir a todos los mexicanos en una nueva sociedad (*Itinerario*, 31-32).

La Revolución mexicana tiene, entonces, un significado más profundo; para Paz significó un rescate histórico de comunidades campesinas y minorías indígenas, excluidas, negadas y maltratadas por la sociedad novohispana, la Reforma y el Porfiriato. Además, consiguió crear una conciencia de identidad nacional:

> gracias a la Revolución el mexicano quiere reconciliarse con su historia y con su origen. El pueblo rehúsa toda ayuda exterior, todo esquema propuesto desde afuera y sin relación

> profunda con su ser, y se vuelve sobre sí mismo… el pueblo mexicano se adentra en sí mismo, en su pasado y en su sustancia, para extraer de su intimidad, de su entraña, su filiación. La fertilidad cultural y artística de la Revolución depende de la profundidad con que sus héroes, sus mitos y sus bandidos marcaron para siempre la sensibilidad y la imaginación de todos los mexicanos (*El laberinto…,* 292-293).

La Revolución fue, así, algo más que un logro político y social: era "una revuelta, una vuelta a los orígenes"; un regreso a la tierra, al edén perdido; un cambio radical en la historia de México; una reconciliación con el pasado, algo que nunca había logrado ningún proyecto modernizador. En eso consistió su originalidad y su fecundidad en el dominio de los sentimientos, las creencias, las letras y las artes (Paz, *Itinerario*, 32-33).

En *La región más transparente*, Carlos Fuentes va a retomar y a criticar esta visión que nos ofrece Paz, pues la búsqueda teórica de los intelectuales de "lo mexicano", al final de los años cuarenta y en la década de los cincuenta, ayudaron a legitimar la visión del régimen. El partido oficial apeló en forma reiterada al carácter *sui generis* de la Revolución mexicana, que suponía un camino propio y original para el desarrollo de México. La intención de Fuentes era rechazar ese discurso seudorrevolucionario, denunciando las promesas que no se cumplieron y el equívoco en que devino la Revolución mexicana, marcando su distancia frente a la idea de que en México no había intereses de clases, sino intereses nacionales encarnados en el PRI y en el gobierno de la unidad nacional (Franco 73).

La región… y la ideología: entre la hegemonía y la subversión

Toda obra literaria surge de una concepción ideológica del mundo, es la expresión de las ideologías de su tiempo: cuestiona o refleja el sistema de creencias de los grupos

hegemónicos. Siguiendo a Althusser, la ideología define el modo en que los hombres viven su relación con el mundo real. La literatura nos proporciona una posible experiencia, de lo que se siente vivir bajo determinadas condiciones socioeconómicas (Eagleton, *Marxismo…* 58-59). La experiencia que nos ofrece *La región más transparente*, tiene que ver con el malestar de una época, provocada por la mitología del progreso que conllevaba al olvido del presente y el estatismo político (Borsó 101). Según Alberto Vital, Carlos Fuentes es el mayor "apropiador de la realidad" de la cultura mexicana, pues su visión del mundo, plasmada en su literatura, tiene como eje central el permanente anhelo de apropiarse de la materia circundante, para luego materializarla en un objeto, o en una percepción del objeto, y devolverlo como una parte del todo (383-384). Esto se observa en los personajes de la novela, especialmente en Federico Robles y Manuel Zamacona. El primero absorbe el discurso triunfalista y cínico de los políticos de la época, el segundo encarna y continúa las ideas de los intelectuales de la década de los cincuenta. Ambos son "prolongaciones" ideológicas de ese momento histórico.

Considero que la crítica al discurso hegemónico del partido oficial se encuentra en el sistema de creencias que materializan esos dos personajes. Según Terry Eagletón, lo que legitima el poder de un grupo o de una clase social dominante es la ideología. Para él, hay, al menos, seis estrategias diferentes en ese proceso de legitimación:

> un poder dominante se puede legitimar por sí mismo *promocionando* creencias y valores afines a él; *naturalizando* o *universalizando* tales creencias para hacerlas evidentes y aparentemente inevitables; *denigrando* ideas que puedan desafiarlo; *excluyendo* formas contrarias de pensamiento, quizá por una lógica tácita pero sistemática; y *oscureciendo* la realidad social de modo conveniente a sí misma (*Ideología,* 24).

Esas estrategias se aprecian no sólo en la formación ideológica de Federico Robles, sino también en los discursos políticos de la época.

En los discursos que sustentan la lógica del régimen, constantemente se hace hincapié en lo siguiente: 1) la loable tarea de los hombres que se encargan de cumplir las metas de la Revolución, porque participaron en el movimiento armado de 1910, asumiendo por ello el derecho de construir y decidir lo mejor para la nación;[27] 2) en los objetivos logrados hasta el momento, haciendo énfasis en que cualquier situación en el presente es mucho mejor que el pasado caótico, y que se trabaja para afianzar un futuro próspero;[28] y 3) que la máxima preocupación del Partido de la Revolución es su compromiso con la acción social y el mejoramiento económico de la población.[29] Carlos Fuentes se apropia de estos tres puntos, los materializa en uno de los personajes centrales de *La región más transparente*: Federico Robles.

Federico Robles se asume como sujeto de la historia, pues participó activamente en el movimiento bélico de 1910, bajo las órdenes de Álvaro Obregón, se siente con el derecho de consolidar la nación porque revolucionarios como él conocían la verdadera realidad del

[27] Para ejemplificar este punto, basta con rastrear el siguiente fragmento de un discurso de Adolfo Ruiz Cortines del 20 de noviembre de 1951: "La etapa de la lucha armada pasó ya, y esta es una etapa de consolidación de la consciencia nacional. Ahora nos toca alentar la etapa de la reconstrucción y del progreso de la Patria. Estamos satisfechos de adquirir un compromiso con la veteranía revolucionaria y tenemos la seguridad de que todos nos mantendremos unidos por el bien de la Revolución de México" (Contreras 367).

[28] Gustavo Díaz Ordaz destacaba los logros de los regímenes revolucionarios en 1960: "A través de cincuenta años, mucho han realizado los hombres que han servido a México con los principios de la Revolución. No puede negarse la existencia de un régimen jurídico, justo; la gratuidad y extensión del sistema educativo; el impulso a los estudios superiores y el fomento a la cultura; la prevención y dominio sobre las enfermedades; el reparto de tierras y el mejoramiento de los cultivos; las obras de riego, el seguro social agrícola y la creación de los ejidos ganaderos y forestal; el desarrollo de las comunicaciones; el impulso a la industrialización; el saneamiento de nuestra economía y el fortalecimiento de nuestra moneda; la nacionalización de los ferrocarriles, el petróleo y la industria eléctrica" (Contreras 431).

[29] Por ejemplo, el licenciado Raul Noriega decía en noviembre de 1957: "Gigantescos han sido los esfuerzos de todos los regímenes de la Revolución para acabar con las desigualdades sociales y despejar de obstáculos el camino. Todos hemos sido testigos de la magnitud del esfuerzo realizado por el pueblo y el régimen actual en todos los órdenes" (Contreras 409-412).

país: un territorio sin orden, sin programas de trabajo y casi un millón de muertos. Así se lo hace saber a Ixca Cienfuegos: "Nosotros tenemos los secretos. Sabemos lo que necesita el país, conocemos sus problemas. No hay más remedio que tolerarnos, o caer de vuelta en la anarquía" (248). De ahí que justifique el enriquecimiento de una minoría revolucionaria:

> Pueden criticarnos mucho, Cienfuegos, y creer que el puñado de millonarios mexicanos –por lo menos la vieja guardia, que por entonces se formó— nos hemos hecho ricos con el sudor del pueblo. Pero cuando recuerda uno a México en aquellas épocas, se ven las cosas de manera distinta. Gavillas de bandoleros que no podían renunciar a la bola. Paralización de la vida económica del país. Generales con ejércitos privados. Desprestigio de México en el extranjero. Falta de confianza en la industria. Inseguridad en el campo. Ausencia de instituciones. Y a nosotros nos tocaba, al mismo tiempo, defender los postulados de la Revolución y hacerlos trabajar en beneficio del progreso y del orden del país (246).

Según Martin Seliger, la ideología es un conjunto de ideas, que explican y justifican una acción social organizada y, específicamente, una acción política (citado en Eagleton, *Ideología*, 26). Siguiendo esa propuesta, se entiende mejor la justificación de Robles, cuando habla de la degradación de los ideales revolucionarios:

> No es tarea sencilla conciliar las dos cosas. Lo que sí es muy fácil es proclamar ideales revolucionarios: reparto de tierras, protección a los obreros, lo que usted guste. Ahí nos tocó entrarle al torito y darnos cuenta de la única verdad política, el compromiso. Aquello fue el momento de la crisis de la Revolución. El momento de decidirse a construir, incluso machacándonos las conciencias. De sacrificar algunos ideales para que algo tangible se lograra. Y procedimos a hacerlo bien y bonito. Teníamos derecho a todo, porque habíamos pasado por ésas… (Fuentes 246).

Claramente hay una intensión de Federico Robles por desvirtuar la esencia y los ideales del conflicto social. Con este personaje, Carlos Fuentes quiso presentar otra historia muy alejada de los discursos oficialistas. Para el novelista era evidente que el movimiento de 1910 había devenido en un error histórico; el asunto era presentar una versión que nos hablara de ese momento de crisis, facilitándonos una posible explicación del viraje ideológico de ese hecho axial del siglo XX mexicano.

Lo interesante de la ideología de Federico Robles es que mantiene vivas las estructuras del viejo régimen. Este arquetipo político es una actualización de Porfirio Díaz: orden y progreso económico como panacea del porvenir mexicano. Robles incluso se va a blanquear como él.[30] A pesar de la semejanza histórica, marca una distancia con el régimen porfirista: "El porfirismo no nos abría caminos, nos había cerrado las puertas de la ambición. Ahora era la de armarnos, Cienfuegos, la nuestra, sí, pero siempre trabajando por el país, no gratuitamente como los del viejo régimen" (246). Esta estructura sobreviviente, que se puede rastrear en gran parte de la novela, nos anuncia un estatismo de la época: nos dice que, a pesar de la hecatombe revolucionaria, en la década de los cincuenta todavía no se habían ido esos viejos lastres y lo que es peor, el movimiento revolucionario no pudo cambiar las estructuras sociales.

Es evidente que el sistema de creencias de Federico Robles se despliega como una ideología dominante y legitimadora del orden establecido en gran parte de la novela, pero, ¿cómo funciona dicha ideología? Para Jon Elster, esta ideología capta las necesidades, los deseos, las esperanzas de las mayorías, y los presenta en un discurso "real" y plausible, que

[30] Federico Robles es un hombre "distinguido" que se deleita al ver sus dedos "manicureados", usa corbatas de seda y solapas cuyo objetivo es disimular su abultado abdomen, y despacha en una oficina alfombrada, entre paredes de caoba y un reloj de péndulo, ocultando totalmente sus raíces purépechas (Fuentes 160).

proporciona motivaciones sólidas para una acción afectiva, y tiene la capacidad de explicar, aunque de manera muy superficial, sus propias contradicciones; ese discurso transmite "a sus súbditos una visión de la realidad social que sea real y suficientemente reconocible para no ser simplemente rechazadas inmediatamente" (citado en Eagleton, *Ideología*, 35-36). Esto se puede observar en el siguiente diálogo de Robles, cuando acepta que los objetivos revolucionarios aún no se habían cumplido del todo, pues en el país había millones de analfabetas, indios en condiciones miserables, ejidatarios sin maquinas ni refacciones para hacer trabajar una raquítica parcela de temporal, y el éxodo de desocupados que huían a los Estados Unidos; a pesar de esto, Robles enfatiza y afirma los logros del proyecto revolucionario:

> Pero también hay millones que pudieron ir a la escuela que nosotros, la Revolución, les construimos, millones para los que se acabó la tienda de rayas y se abrió la industria urbana, millones que en 1910 hubieran sido peones y ahora son obreros calificados, que hubieran sido criadas y ahora son mecanógrafas con buenos sueldos, millones que en treinta años han pasado del pueblo a la clase media, que tienen coches y usan pasta de dientes y pasan cinco días al año en Tecolutla o Acapulco… hemos creado, por primera vez en la historia de México, una clase media estable, con pequeños intereses económicos y personales, que son la mejor garantía contra las revueltas y el bochinche. Gentes que no quieren perder la chamba, el cochecito, el ajuar en abonos, por nada del mundo. Esas gentes son la única obra concreta de la Revolución, y esa fue nuestra obra Cienfuegos (Fuentes 246-247).

Este tipo de enunciados ideológicos son muy frecuentes en los discursos políticos de la época, porque tienen la función de garantizar la continuidad y la supervivencia de los grupos hegemónicos. Su poder de persuasión se sustenta en la creencia ideológica de que las

injusticias están en vías de ser corregidas, o que están compensadas por beneficios mayores, o que son inevitables (Eagleton, *Ideología*, 51).[31]

Esta persuasión, motivada por intereses egoístas, está en función de la promoción y legitimación del régimen. En este sistema de creencias los revolucionarios, como Federico Robles, cumplen un papel determinante para la nación, porque sentaron las bases del capitalismo mexicano, acabaron con las enconadas caciquiles, construyeron carreteras y presas y organizaron las finanzas públicas. De manera irónica y cínica terminan aceptando que le sirven más al país como hombres de empresa que como campesinos:

> ¿Qué en cada carretera nos llevamos un pico? ¿Qué los comisarios ejidales se clavaron la mitad de lo destinado a refacciones? ¿Y qué? ¿Hubiera usted preferido el ideal de una honradez angelical? Teníamos derecho a todo. Porque nos habíamos criado en jacales

[31] Por ejemplo, el General Gabriel Leyva, presidente del Partido Revolucionario Institucional, afirmaba en un discurso en 1953 lo siguiente: "enjuiciaremos nuestros propios actos en un gesto de sincera y severa autocrítica, para ver si hemos cumplido como seguidores de una misma causa, el deber que tenemos de servirla con suprema lealtad, traduciendo en actos sus altas aspiraciones cívicas y morales, y si en el tremendo papel de guías y dirigentes de organizaciones político-sociales que el destino nos haya señalado, hemos procedido con fe convencidos, con desinterés y limpieza insospechables, consagrando por entero nuestra capacidad y nuestro esfuerzo, en la realización de ese ideal de la Revolución, santificando con la sangre de nuestros padres, el redimir a los parias de nuestro pueblo, poniéndolos en condiciones sociales y económica en consonancia con su dignidad humana…Y con este propósito de mejorar la situación de los de abajo cristaliza casi en su integridad la esencia del programa de la Revolución, debemos demostrar, contra los que niegan que haya sido fructífera su acción, lo que el pueblo mexicano ha obtenido concretamente…Y no volverá a restaurarse un solo latifundio en la República… pues el ejido, que a la vez es amparo, hogar y orgullo del labrador, continuará con su característica eterna de jirón patrio invendible, como una estela de indestructible mármol que vaya incubando por toda la extensión de la República, la fecunda, amparadora y materna presencia de la Revolución Mexicana… Esta legislación escuda la dignidad del proletariado mexicano, que una vez con la ayuda del pleno reconocimiento de sus derechos y otras saltando sobre obstáculos, sigue firme en la senda que habrá de llevarlo indefectiblemente al logro de su completo bienestar…Lo que importa, es que existan instituciones libertadoras que den cauce y orienten a regímenes genuinamente populares y medularmente revolucionarios, que como el de don Adolfo Ruiz Cortines, sobre crisis internas y externas, a pesar de la zozobra que pueden destilar las incógnitas que pueblan de sombras el futuro, mantiene encendido el faro de la confianza colectiva en la fecundidad de nuestra causa, y hace palpable, porque lo hace realidad, su grandioso anhelo protector de los desheredados, que a despecho de todo, sienten que un temblor que mantiene palpitantes las solicitudes y acogimientos de la Revolución, baja a envolver su desamparo desde las alturas de un régimen que ha levantado como santo y seña de acción, la probidad y la limpieza en que soñaron nuestros epónimos… conscientes de nuestro deber y subrayados por el generoso ejemplo del Jefe de la Nación, continuaremos en la patriótica empresa de hacer que el Partido de la Revolución se caracterice por un tenaz empeño de sostener la acción social que le compete, para lograr el mejoramiento económico de las clases sociales de nuestro pueblo, que constituye la máxima preocupación del régimen" (Contreras 376-378).

> teníamos –así, sin cortapisas— derecho a una casota con techos altos y fachadas labradas y jardines y un Rolls a la puerta. Lo demás es no entender qué cosa es una revolución. Las revoluciones las hacen hombres de carne y hueso, no santos, y todas terminan por crear una nueva casta privilegiada… si no hubiera sabido aprovechar las circunstancias y todavía estuviera labrando la tierra en Michoacán, igual que mi padre, no me quejaría (Fuentes 247).

De esta manera, Carlos Fuentes nos sugiere cómo esos intereses particulares, de gente como Robles, distorsionaron y disimularon el verdadero proyecto revolucionario. La gran mayoría de los políticos del régimen priísta se comprometieron con esos valores por razones totalmente cínicas, justificando y defendiendo el orden social establecido por Manuel Ávila Camacho y Miguel Alemán en la década de los cuarenta: corrupción, cooptación y riquezas rápidas provenientes del presupuesto público, como formas aceptables de vida.

En este contexto ideológico, Federico Robles y los discursos del periodo difundieron la idea de que habían llegado los hombres necesarios a la Presidencia de la República: "¿Se imagina usted a este pobre país en manos de Vasconcelos, de Almazán o del general Henríquez? Ahí sí, para hablar sin ambages, que nos hubiera llevado la puritita… Los cuadros técnicos y administrativos de México están hechos, y no pueden ser sustituidos por advenedizos" (250). Ninguna clase dominante, según Terry Eagleton, interesada en conservar su credibilidad, puede permitirse reconocer que estas injusticias podrían rectificarse mediante una transformación política que las erradicase (*Ideología,* 51). Federico Robles sabe que la única manera de mantener su estilo de vida y su relación con el poder, es mediante el respaldo moral de los grupos hegemónicos, a través de tres prácticas significantes: el compromiso, la amistad y la confianza.

El sistema de creencias del que vive Federico Robles está estrechamente conectado con las relaciones de producción dominantes de la sociedad de la década de los cincuenta. Esto le permite identificarse con la imagen de redentor, aquel que le ha tocado acarrear con todos los pecados del país y trabaja "desinteresadamente" de acuerdo con la política nacional del desarrollo alemanista. Como figura mesiánica niega la existencia del pasado mexicano, para él:

> México es otra cosa después de la Revolución. El pasado se acabó para siempre… Aquí no hay más que una verdad: o hacemos un país próspero, o nos morimos de hambre. No hay que escoger sino entre la riqueza y la miseria. Y para llegar a la riqueza hay que apresurar la marcha hacia el capitalismo, y someterlo todo a ese patrón. Política. Estilo de vida. Gustos. Modas. Legislación. Economía… Con México sólo se puede hacer lo que nosotros, la Revolución, hemos hecho. Hacerlo progresar. ¿Progresar hacia dónde? Hacia un mejor nivel de vida. O sea, hacia la felicidad particular, de cada mexicano, que es lo que cuenta (Fuentes 390, 391, 393, 394).

¿Cómo entender este culto ciego al progreso que domina en el sistema de creencias, no sólo de Federico Robles, sino de la época? Marx diría que esas creencias forman parte de la manera en que se viven las condiciones materiales en un momento histórico determinado (citado en Eagletón, *Ideología*, 105). El estilo de vida norteamericano era el modelo a seguir, por la supremacía económica de este país en el mundo. Este punto se puede rastrear en la visión de Federico Robles: "la mayoría de los gringos come y vive bien, tiene un refrigerador y un aparto de televisión, va a buenas escuelas y hasta se da el lujo de regalarles dinero a los limosneros de Europa" (Fuentes 394). Convencidos de que el camino era la búsqueda de la felicidad, los líderes políticos de la época vivían como en un sueño donde México ya había alcanzado a las potencias del primer mundo. Según Eagleton, aquellas creencias que expresan

directamente los intereses materiales de la clase dominante se conciben a sí mismas como la base de la historia, y distraen a los hombres de sus condiciones sociales reales, lo cual le sirve para sustentar un poder político opresor (*Ideología* 117).

El personaje Manuel Zamacona representa a la intelectualidad de la época: es poeta, lector de Romano Guardini, de Octavio Paz, Alfonso Reyes y Gérad de Nerval, y vive de los editoriales y columnas que escribe para un periódico. Su presencia es importante porque resume las posturas políticas de Octavio Paz y Alfonso Reyes sobre el asunto de "lo mexicano" y la realidad del país. En las constantes querellas que sostiene con Federico Robles, podemos observar en él otra postura sobre lo que representó la Revolución mexicana, se opondrá al triunfalismo del partido hegemónico y será mucho más crítico sobre futuro del México posrevolucionario.

Manuel Zamacona representa la ideología de la clase media, que en una década más tarde explotará contra el estatismo del Partido de la Revolución. Zamacona configura su ideología a través de la experiencia práctica. Imposibilitado para acceder a los espacios públicos, marca una distancia con la élite "revolucionaria": "ustedes tenían tareas urgentes por delante… Nosotros nos hemos encontrado con otro país, estable y rígido, donde todo está más o menos asentado y dispuesto, donde es difícil intervenir temprano, y decisivamente, en la cosa pública. Un país celoso de su status quo" (Fuentes 395). Para él, ese estatus es lo que ha truncado la esencia de la Revolución.

Como Octavio Paz, Zamacona coincide en la idea de que la Revolución descubrió la totalidad de México, rescató el pasado mexicano. En el diálogo siguiente se puede apreciar cómo el sistema de creencias de Manuel Zamacona se ha construido a partir de las contradicciones y de los vacíos de la ideología de su antagonista:

> la Revolución, al recoger todos los hilos de la experiencia histórica de México, nos propuso metas muy claras: reforma agraria, organización del trabajo, educación popular y, por sobre todas las cosas, superando el fracaso humano del liberalismo económico, anticipando el de los totalitarismos de derecha e izquierda, la necesidad de conciliar la libertad de la persona con la justicia social… No puedo pensar que el único resultado concreto de la Revolución Mexicana haya sido la formación de una nueva casta privilegiada, la hegemonía económica de los Estados Unidos y la paralización de toda la vida política interna (Fuentes 396-397).

Desde luego esta afrenta no la puede aceptar Federico Robles, ni mucho menos los líderes de la época. Para ellos la Revolución había desarrollado plenamente sus metas en todos los campos. En los discursos de la época y en el sistema de creencia de Federico Robles, se puede apreciar una lógica de la conservación: a los legitimadores del régimen no les interesaba cambiar el orden de las cosas, simplemente defendían lo establecido y lo aceptado (Therborn 16).

Una de las estrategias de esta lógica de la conservación afirma que ciertos rasgos de un orden establecido deben existir, mientras que otros no. Por ejemplo, Federico Robles intenta imponer su visión de las cosas, debatiendo los tres puntos fallidos que enumera Zamacona. Robles asume, primero, la existencia de una casta privilegiada que está en función del progreso y del impulso del país; aclara, sin embargo, que ese grupo ya no está conformado por "terratenientes ausentistas" como en el antiguo régimen. Segundo, para él, México es un país en etapa de desarrollo industrial, sin la capacidad suficiente para producir por sí mismo bienes de capital, por eso se tienen que admitir inversiones norteamericanas que se encuentran bien controladas por las leyes mexicanas. Tercero, Robles defiende la idea de que

"la vida política interna no ha sido paralizada por la Revolución, sino por la notoria incompetencia y falta de arraigo popular de los partidos de oposición" (Fuentes 397).

Manuel Zamacona no acepta las explicaciones de Federico Robles. El poeta cuestiona las tres respuestas que expuso Robles. Primero, la nueva plutocracia que se formó por el aprovechamiento de la situación política, haciéndose de negocios prósperos, frustró el cumplimiento de los principios revolucionarios. Para él, ese grupo de revolucionarios desempeñan no sólo una función económica, sino una función política reaccionaria. Segundo, la economía de la década de los cincuenta no dependía de México, el principio de la limitación de la participación extranjera se violaba constantemente, dando como resultado empresas mexicanas de membrete. Tercero, rechazó la somnolencia que el partido oficial había impuesto a la vida política de México, si bien entendía que era preferible el PRI a cualquiera de los partidos de oposición que se crearon en la época, creía que el nacimiento de movimientos políticos podía ayudar a resolver los problemas del país, sacudir y organizar buena parte de la indiferencia de la población (397-398).[32]

En otro pasaje de *La región más transparente*, Zamacona asume que el estatismo de la década no sólo se debe a la vida política, también a la actitud de los intelectuales mexicanos que viven en un perpetuo status quo, siempre en las fiestas de la nueva burguesía, buscando al mecenas que les otorgue el reconocimiento. Lo único que no es estático en el país, según Zamacona, es la burguesía que se apropia de todo. Sentencia que, en diez años, México sería dominado por los plutócratas. Para él, el papel de los intelectuales debía ser el contrapunto moral de esta nueva casta privilegiada; sin embargo, "cuando la Revolución dejó de ser

[32] Recordemos que, a partir de la década de los cuarenta, la política de "Unidad Nacional" borró todo tipo de discordia social, para favorecer el proyecto modernizador impulsado por el ala moderada, o conservadora, de la Revolución.

Revolución, el movimiento intelectual y el obrero se encontraron con que eran movimientos oficiales. ¡Ay del que venga a remover esas aguas! Nacionalismo, valores falsos, simulación. ¡A todo dar!" (470).

En esta sociedad estatista de la década de los cincuenta, Zamacona solamente quiere que los grupos hegemónicos abran caminos para la participación ciudadana, la posibilidad de una crítica a las personalidades públicas y los problemas sociales; según él, en un futuro inminente la gente pediría eso:

> El candidato del PRI llegará, como siempre, a ser Presidente. No es ése el problema. Lo que el pueblo quiere, y lo que querrá cada día más, es que el candidato definitivo no sea escogido, a su vez, por un conclave de ex-Presidentes. Querrá discutir a los hombres y, con ellos, los problemas. Nuestra prensa mercenaria, claro, no ayuda mucho. Y los intelectuales son, o los marxistas más tontos del mundo, o los que creen que es más importante hacer una obra en serio, aunque sea aislados, que mancharse en una vida pública tan estúpida y mecánica como la nuestra (471).

Lo curioso es que diez años después de la publicación de *La región más transparente*, la gente despertó de su somnolencia, exigió lo mínimo que pedía Zamacona y fue brutalmente reprimida el 2 de octubre de 1968.

Gracias al sistema de creencias de personajes como Zamacona, *La región más transparente* de Carlos Fuentes se puede incorporar al corpus de "naciones intelectuales" que propuso Ignacio Sánchez-Prado, en su libro *Naciones intelectuales: la modernidad literaria mexicana de la constitución a la frontera (1917-2000)*, las cuales son definidas como: producciones discursivas, producidas desde la literatura, que imaginan y presentan proyectos alternativos de nación, alejándose del marco de la cultura nacional hegemónica (1). Mientras la crítica de la obra debatía la nacionalidad o la personalidad de Carlos Fuentes, *La región*

más transparente planteaba la discusión de lo verdaderamente importante: el estatismo del sistema político mexicano.

Según Ignacio Sánchez-Prado, los textos narrativos publicados en la década de los cincuenta, nos ofrecen naciones intelectuales distópicas, pues los recursos narrativos como el espectro, lo fantasmagórico, la memoria y la melancolía, tan característicos en novelas como *Pedro Páramo*, *Los recuerdos del porvenir* y *El libro vacío*, plantean una crítica a los efectos de la configuración nacional y hegemónica del discurso cultural, porque se "escribieron" desde la "disidencia" o la "marginalidad", articulando espacios de des-escritura de la imagen institucionalizada del país (225-226). En este contexto, del enorme corpus narrativo de Carlos Fuentes, Sánchez-Prado piensa que la única obra importante en la constitución de un discurso desafiante contra el régimen príista es *Aura*, porque nos brinda la construcción de una subjetividad nacional desde la fantasmagoría, recurso espectral de la historia que la hermana directamente con el mundo rulfiano (246). No comparto esa idea. Me parece que *La región más transparente* se inserta más en esa línea contrahegemónica.

Si la literatura tiene la facultad de imaginar nuevos modelos de nación, de criticar los ya impuestos, considero que Carlos Fuentes, a través de personajes como Zamacona, nos permite redescubrir un periodo que estaba muy lejos de la tranquilidad y la abundancia que la oficialidad, en figuras como la de Federico Robles, quiso imponer a golpe de martillo (Coronado 223). Gracias a Federico Robles, Fuentes evidenciaba que el discurso hegemónico había perdido su poder de convencimiento y persuasión: la existencia de un puñado de personajes como Federico Robles representaba el evidente fracaso de los regímenes posrevolucionarios, que no supieron garantizar una verdadera cultura democrática y entendieron la justicia social como el enriquecimiento indiscriminado y la búsqueda del bienestar de su propio grupo.

Si tomamos en cuenta los ensayos más explosivos de la década de los setenta, *El sistema político mexicano* de Daniel Cosío Villegas y *El ogro filantrópico* de Octavio Paz, textos que pensaron la naturaleza del Estado mexicano, después de la incertidumbre derivada de las represiones estudiantiles de octubre de 1968 y junio de 1971, y la guerra de guerrillas en las principales ciudades del país, nos percatamos que gran parte de los temas desarrollados en esos escritos, ya los había presentado Carlos Fuentes en su novela: las amplias facultades de los integrantes de la Familia Revolucionaria; el vínculo entre los servidores públicos con los integrantes del Partido (no como un asunto ideológico, sino como favor y compromiso); los dirigentes del país como una actualización del viejo régimen, decantándose más por una "monarquía sexenal" de herencia revolucionaria, que por un régimen democrático y popular; la inexistente actividad pública de la sociedad, gracias a la selección oculta o invisibilidad de los candidatos a puestos de elección popular, dejando al pueblo mexicano en los márgenes del entendimiento; el pensamiento centralista del Estado surgido de la Revolución apuntalado por un nacionalismo de tinte conservador; el Partido de Estado como el único canal de movilidad social; y el proceso histórico como un cementerio de proyectos nacionales. Esto revela la capacidad de Carlos Fuentes para volver visibles asuntos que los discursos hegemónicos habían enterrado en su larga y "convincente" verborrea.

A 59 años de la publicación de *La región más transparente*, pienso que el país ha "avanzado" en dos puntos importantes que planteaba Manuel Zamacona. El primero: la aparición de verdaderos candidatos y partidos de oposición (las candidaturas de Cuauhtémoc Cárdenas y Manuel Cloutiher por Acción Nacional, el nacimiento del Partido de la Revolución Democrática, a finales de la década de los noventa, y actualmente el surgimiento de candidaturas independientes o el fortalecimiento del Movimiento de Regeneración Nacional

acaudillado por Andrés Manuel López Obrador), significaron un sismo que sacudió la indiferencia de la sociedad, despertando –una vez más— el anhelo democrático. Sin embargo, ese despertar pronto fue acallado, gracias a la imposición de los candidatos oficiales y al silenciamiento, a través de la privación de la vida, de nuevos "apóstoles de la democracia": caso Colosio, por ejemplo. A pesar de que Carlos Salinas permitió que el Partido Acción Nacional ocupara algunos escaños en el Congreso, cedió algunas gubernaturas, como la de Guanajuato, y creó el Instituto Federal Electoral, y que años más tarde, Ernesto Zedillo impulsara el surgimiento del Tribunal Electoral del Poder Judicial de la Federación para solucionar cualquier conflicto en los sufragios, los procedimientos democráticos siguieron siendo los mismos: los consejeros del IFE respondieron directamente a los caprichos del poder[33], los magistrados mantuvieron sus vínculos con el régimen, no se han desempeñado con verdadera independencia.

La alternancia en la presidencia, al comenzar el nuevo milenio, inimaginable para muchos, tampoco significó ningún cambio positivo: el Partido Acción Nacional, en doce años que estuvo al frente del país, conservó la vieja maquinaria del Partido de la Revolución, adoptaron las mismas prácticas y no se interesaron por cimentar las bases de un verdadero sistema electoral, que ayudara a afianzar de una vez por todas el ideal democrático: siguió viva la vieja fórmula de la "Alta política mexicana", la negociación de la Presidencia, a través de "acuerdos secretos". Estos "acuerdos" le han dado un duro golpe a la izquierda opositora y a nuestra endeble democracia.

El segundo punto: es indudable que, desde la década de los noventa hasta nuestros días, la sociedad se ha vuelto más crítica. La participación ciudadana ha tomado las calles y

[33] Prueba fehaciente de ello es el papel del Instituto Nacional Electoral (INE) en las últimas elecciones para gobernador del Estado de México, el pasado 4 de junio de 2017.

los espacios públicos; su presencia es numerosa y visible, constantemente discute las acciones de las personalidades y los problemas nacionales. Sin embargo, la falta de transparencia del sistema electoral; el Tribunal Electoral del Poder Judicial de la Federación que ampara la impunidad, castigando a los infractores con sanciones timoratas, por posibles conflictos de interés; las prácticas clientelares de los partidos de Estado, expresados en dádivas simbólicas, otorgadas a poblaciones que viven en condiciones miserables; una prensa secuestrada y silenciada gracias al cheque en blanco, al desprestigio, al hostigamiento, a la censura, a la violencia, a la desaparición; políticos chapulines, que brincan de un partido a otro, para cuidar su lugar privilegiado en la "feria del hueso"; la cooptación sindical, de intelectuales y de líderes sociales; son factores que le han asestado un duro golpe a la participación ciudadana. La ciudadanía ha optado en su gran mayoría por el abstencionismo; volvemos a lo que apuntaba Manuel Zamacona en 1958: una sociedad dormida, porque así lo han decidido, no los dioses, sino sus propios representantes. Pareciese que en México cada avance significa un nuevo retroceso.

Al final de cuentas, *La región más transparente* rescató la existencia de una totalidad en conflicto, en un mundo heterogéneo, donde coexistían diversos sistemas ideológicos, muchos de los cuales seguían invisibilizados ante un discurso centralizado y unificado en torno al Estado y sus instituciones, desafiando la univocidad del proyecto priísta, regalándonos una imagen de un Carlos Fuentes muy alejado de la banalidad que acusaba Enrique Krauze.

III

Un relámpago vino de cuévano y sucumbió todo

Para psicoanalistas, como Erich Fromm, el contexto político y el medio social en el que nos involucramos determinan nuestras aspiraciones y sueños, acciones y límites, así como nuestras libertades. Igual que Carlos Fuentes, Jorge Ibargüengoitia nació en aquel fatídico y contrastante año de 1928: funesto para Álvaro Obregón, presidente electo, que fue brutalmente acribillado en el restaurante "La Bombilla", por un fanático religioso; esperanzador para el "Jefe Máximo" (Plutarco Elías Calles), pues la muerte del Caudillo le permitió consolidar las bases del México moderno: marcando el principio del fortalecimiento de las instituciones, dando un golpe fulminante a los intereses particulares de unos cuantos, que veían en las asonadas militares la oportunidad de alcanzar un poder que asumían como legítimo. Este episodio nacional y sus inevitables consecuencias será un elemento casi ontológico del registro narrativo de ambos escritores.

Jorge Ibargüengoitia y Carlos Fuentes vivieron el México de los triunfos absolutos de los candidatos del partido oficial; vieron como una bruma autoritaria y solemne cubría todo el país, censurando toda palabra crítica que se atrevía a refutarla, a través del silenciamiento y la amenaza, de la represión y la matanza. La mayoría de los políticos no conocían la frontera entre lo formal y lo real, lo legal y lo ilegal, manteniendo al margen a una sociedad, que apenas vislumbraba las decisiones de los asuntos públicos (González Rodríguez 305-308). Esas señales de descomposición del sistema político mexicano, ya eran perceptibles a finales de la década de los cuarenta. La idea de la unidad de los caudillos revolucionarios era risible y la disparidad entre el discurso priísta y sus acciones era evidente. A medida que el gobierno se alejaba de los ideales y principios de la Revolución, el discurso se volvía más grandilocuente y anquilosado (Barajas 357). Tanto Fuentes como Ibargüengoitia afrontaron a ese régimen que se tomaba todo en serio, con bastante irreverencia e ironía.

En 1958, mientras Carlos Fuentes irrumpía estridentemente en la escena de la cultura nacional y se posicionaba como una realidad literaria, con su novela *La región más transparente*, Jorge Ibargüengoitia luchaba por hacerse de un lugar en el campo cultural mexicano. Para ese año ya había recibido todas las becas a las que podía aspirar todo escritor mexicano (la del Centro Mexicano de Escritores y una de la Fundación Rockefeller); si bien se recibió como maestro de Arte Dramático, perdió la cátedra de Teoría y Composición Dramática, antigua clase a cargo de Rodolfo Usigli, que impartía en la Facultad de Filosofía y Letras en la Universidad Nacional Autónoma de México. Entre 1954 y 1960 escribió su producción teatral: *Susana y los jóvenes*, *Clotilde en su casa*, *Ante varias esfinges* –pensaba que ésta en particular le abriría las puertas del éxito como lo relata en el primer párrafo del cuento "Mis embargos"—, *El viaje superficial*, *Pájaro en mano*, *La conspiración vendida*, además de escribir tres piezas en un acto: *El loco amor viene*, *El tesoro perdido* y *Dos crímenes*. Ningún productor ni director se interesó en sus obras. Como a nadie le interesaba su dramaturgia, Jorge Ibargüengoitia trabajó en traducciones, guiones para películas y relator de congresos: dejó de ser un joven escritor que promete, convirtiéndose en un desconocido (*La ley de Herodes*, 63). A partir de este año, nace –quizá— la frustración intelectual, un elemento muy común en el mundo de Ibargüengoitia, plasmados en los cuentos que conforman *La ley de Herodes*, que prolongará en *Estas ruinas que ves*, en *Las muertas* y en sus columnas en *Excélsior* y en *Vuelta*.

Entre 1958 y 1962, Ibargüengoitia se obsesionó con el tema del magnicidio de Obregón.[34] Así lo narró el propio Jorge:

[34] En su cuento "El episodio cinematográfico", publicado en su libro *La ley de Herodes*, el relato nos sugiere que en ese año nació la obsesión, de Ibargüengoitia, sobre el magnicidio de Álvaro Obregón, al releer *Ocho mil kilómetros en campaña* para fundamentar la anécdota del guion de la película: "*Entre el cielo y el río*".

> En 1962 escribí *El atentado* me dejó dos beneficios: me cerró las puertas del teatro y me abrió las de la novela. Al documentarme para escribir esta obra encontré un material que me hizo concebir la idea de escribir una novela sobre la última parte de la revolución mexicana basándome en una forma que fue común en esa época en México: las memorias del general revolucionario. Esta novela, *Los relámpagos de agosto*, fue escrita en 1963, ganó el premio Casa de las Américas en 1964, fue editada en México en 1965… El éxito de *Los relámpagos de agosto* ha sido más prolongado que estruendoso. No me permitió ganar dinerales pero me cambió la vida, porque me hizo comprender que el medio de comunicación adecuado para un hombre insociable como yo es la prosa narrativa: no tiene uno que convencer a actores ni a empresarios, se llega directo al lector, sin intermediarios… (Ibargüengoitia, *Instrucciones para…*, 13-14).

Así nació la novela *Los relámpagos de agosto*. Para entender la trascendencia deslegitimadora de los discursos hegemónicos que sustentaban la lógica del sistema priísta, tema central de este capítulo, tenemos que entender la actitud de este escritor ante su campo cultural, cómo definió su toma de posición intelectual y cómo es que esa posición determinó las primeras críticas de su novela.

Jorge Ibargüengoitia, ¡menéelo antes de untarse!

Da la impresión de que Jorge Ibargüengoitia siempre se sintió incomprendido y menospreciado por sus colegas dramaturgos y novelistas. Su marginación del canon literario quizá se explique por su actitud irreverente y poco convencional ante la profesión de la

escritura, diametralmente opuesta a la de sus contemporáneos. En conflicto permanente, el escritor "cuevanense" nos regaló una imagen desafiante y crítica que inquietó a más de uno.[35]

Todo parece indicar que el carácter de Ibargüengoitia le cerró varias puertas con aquellos que tenían el capital económico y cultural. Emilio Carballido menciona que Ibargüengoitia era bastante inseguro y esa inseguridad la disfrazaba con un poco de soberbia y mucha insolencia. Dice que "al final cuando alguien lograba un éxito con alguna de sus farsas, Jorge se encargaba de desprestigiar ampliamente a la compañía, en la palabra hablada y a veces también en la prensa" (263). Si seguimos esta lectura, podríamos aventurarnos a decir que el escritor guanajuatense guardaba un escondido complejo de inferioridad, tal vez eso explique la necesidad de autoafirmarse como escritor.[36] En una charla que dio para un ciclo de conferencias, que llevaba por nombre "Los narradores ante el público", Jorge Ibargüengoitia aseguraba que Guadalupe Arroyo, personaje principal de *Los relámpagos de agosto*, era su propia máscara, pues como él, se sentía:

> vilipendiado, injustamente relegado, mal retribuido y mal interpretado, es capaz de participar en una conjura, pero incapaz de comprenderla, capaz de planear grandes operaciones, pero incapaz de cuidar los detalles, es respetuoso con los fuertes y

[35] En el siguiente fragmento, por ejemplo, se puede apreciar los límites que él mismo establecía: "yo no quería ser maestro elocuente como O´Gorman, o admirado, como Paco de la Maza, o crítico enciclopédico, como Justino Fernández, quería ser escritor profesional y eso Usigli lo era en un grado en que no lo era –salvo Yáñez— ninguno de los maestros que enseñaban entonces en Mascarones…. Cuando encontré *De fusilamientos* no podía creer que alguien capaz de escribir aquel libro lo hubiera sido también de dar las clases soporíficas que me dio Julio Torri" (Ibargüengoitia, *Autopsias…* 69). Desde 1951, año en que empezó su formación literaria en la Universidad Nacional Autónoma de México, Jorge Ibargüengoitia ya se visualizaba como un escritor profesional, alejado de esa actitud y de esa retórica consagratoria y somnolienta que profesaban las "vacas" sagradas de la academia mexicana.

[36] En su obra periodística, Ibargüengoitia escribía frecuentemente lo siguiente: "uno de los pocos atractivos que tiene para mí el oficio de escritor, es que puede desempeñarse sin necesidad de aparecer en público. El escritor es, por definición, un personaje que ha decidido comunicarse con sus semejantes a través de hojas de papel escritas. Es un oficio que ni mandado a hacer para tímidos, feos, tartamudos o simplemente insociables" (*Ideas…*, 43).

> despiadado con los débiles, inoportuno en sus explosiones de furor y muy torpe para cortejar a la autoridad (*Los narradores…* 130-131).

Constantemente Ibargüengoitia marcaba su distancia con escritores de su generación.[37] En una entrevista que le realizó Margarita García Flores, Jorge Ibargüengoitia –contundentemente— dijo que no tenía amigos escritores, que sus únicos amigos eran de otras profesiones, pues a él no le interesaba la literatura mexicana (415). Este distanciamiento le permitió valorar las obras de sus contemporáneos en su justa dimensión. Sobre Carlos Fuentes, por ejemplo, pensaba que además de ser repetitivo en sus temas, su éxito consistía en ofrecerles a los norteamericanos lo que querían leer sobre México. Además, en numerosas entrevistas y ensayos, Fuentes había "logrado colocar su obra, no sólo dentro de la misma corriente que Octavio Paz, sino a la misma altura, es decir, en terreno muy firme. Es la autocrítica al servicio de la crítica, porque me atrevería a apostar que cuando la obra de Fuentes sea montada, no faltará un crítico que redescubra el paralelo con la de Paz" (Ibargüengoitia, *Ideas…*, 76). Ibargüengoitia no estaba de acuerdo con la idea de que intelectuales como Octavio Paz, Fernando Benítez, José Luis Cuevas, Carlos Monsiváis, José Emilio Pacheco y, el propio, Fuentes, presentaban la verdadera voz de México; y no coincidía porque esas voces únicamente exhibían una "manía generalizadora" de un grupo o una mafia, adoptando las mismas prácticas ceremoniosas de los representados del partido oficial.

[37] Esto se puede rastrear en los motes y las caracterizaciones de los personajes del cuento "La vela perpetua"; por ejemplo, Jaime Salines (Sabines), que se creía "Cristo Justificado" y se la pasaba pensando en la condición humana; o en la sabia sugerencia de ir en busca de prostitutas, en vez de leer las novelas somnolientas de Rosario Castellanos, capaces de arruinar cualquier acto erótico y vital; o esos "filósofos jóvenes y brillantes" que son irresponsables, dependen de sus padres, gastan dinerales en filetes, duermen hasta el mediodía, seguidores de Jorge Portilla y su *Fenomenología del relajo*, texto que, huelga decirlo, "no se entiende porque está mal escrito"; o la propia Luisa Josefina Hernández, a la cual le faltaban pechos, piernas y nalgas y le sobraban dos o tres idiomas, cuyo único atractivo era su halo trágico, pues escribía unas "obronas donde la gente sufría mucho, se aburría mucho y odiaba mucho y las leía con voz lenta y precisa, con una sobriedad rayana en la monotonía" (*La ley de Herodes*, 80).

Según Juan Villoro, la actitud crítica de Ibargüengoitia lo declaró enemigo de la academia y de las "mafias" literarias (XXXIII). Ibargüengoitia no creía en los críticos ni en las reseñas. Esto se puede leer en uno de sus artículos periodísticos:

> en una época que he olvidado, esperé como todo un primerizo, abrir los periódicos y encontrarme entre sus páginas crónicas que comenzarán: '¡Por fin!', '¡Eureka!', '¡Saperli Popette!', y que continuaran con exclamaciones tales como: '¡Qué dominio del lenguaje!', '¡Qué intuición de la naturaleza humana!', '¡Qué claridad de exposición!', y que terminaran declarándome el Esperado. Estas clases de crónica, huelga decir, nunca aparecieron. Al contrario, ahora en mi edad madura, desencantada pero llena de esperanzas, puedo decir que si sobreviví como escritor se debe nomás a que si los escritores tenemos poca influencia, los críticos tienen todavía menos (*Ideas…*, 66).

Jorge Ibargüengoitia concebía a la crítica como una evaluación, una guía para acercarse a los libros, un punto de referencia, algo para poner en la solapa, una ayuda para el escritor o un simple descalabro (*Ideas…*, 66). Para él, los críticos distorsionaban el sentido último de los libros, pues caían en un exceso de interpretación y rapidez.[38]

Ibargüengoitia tampoco compartía la función social que la sociedad le adjudicó a la "intelectualidad contemporánea" en América Latina, la cual consistía en considerar a los escritores como los samaritanos exclusivos de las mejores causas, en un contexto donde la Revolución Cubana y las manifestaciones en pro de la "Justicia Social" en el Primer y Tercer mundo abrían el camino a nuevas "utopías" (González Rodríguez 303). Ibargüengoitia

[38] Jorge Ibargüengoitia era de la idea que más valía atacar que "hacer la barba, porque atacando se gana uno la amistad de todos los enemigos del atacado, que en mundos literarios siempre son más numerosos que los amigos dispuestos a salir al quite, está más que demostrado que, si de ganar amigos se trata, el único procedimiento que vale es el de andar haciendo caravanas, particulares y a domicilio, decir de cada libro que sale que es un tesoro y escribir exégesis sobre la obra de quienes han llegado al candelero" (*Autopsias…* 51).

entendía que los intelectuales con cierto prestigio, en Iberoamérica, adquirían proporciones ciclópeas y al mismo tiempo una responsabilidad con la comunidad, pues se les reprochaba:

> que, estando tan bien colocado internacionalmente no haga más por los presos políticos… no falta uno que le pregunte: 'es usted amigo o enemigo del régimen'; si él contesta… 'soy enemigo del régimen y amigo personal del presidente', no falta quien comente: 'si este tipo sigue haciendo declaraciones imbéciles va a acabar hundiéndose' (*Ideas…*, 82).

De esta manera, Ibargüengoitia veía dos caminos. Por una parte, estaban los intelectuales latinoamericanos, fieles creyentes de que su deber consistía en languidecer como presos políticos en la cárcel, o vivir en el destierro, o morir en alguna sierra remota, defendiendo las causas libertarias; por la otra, la de los intelectuales mexicanos que "estaban convencidos de que su papel consistía en gobernar el país o ser secretarios de Estado" (*Ideas…*, 48).[39] Evidentemente, Ibargüengoitia no asumió ninguna de esas tendencias. Por el contrario, él se encaminó hacia otra vía, menos convencional y más arriesgada: se decidió por una postura más civil, que le permitiera ejercer una crítica más expansiva: una donde al burlarse de su propia presencia en el mundo, pudiese criticar cualquier tipo de instituciones y orden de las cosas.[40]

---

[39] Michel Foucault creía que esos intelectuales que se autoproclamaban los agentes de la "consciencia" social y del discurso, formaban parte del sistema de poder que criticaban. Para él, "el papel del intelectual no es el de situarse 'un poco en avance o un poco al margen' para decir la muda verdad de todos; es ante todo luchar contra las formas de poder allí donde éste es a la vez el objeto y el instrumento: en el orden del 'saber', de la 'verdad', de la 'conciencia' del 'discurso'" (Foucault, *Las redes…* S/N).

[40] En el cuento "La ley de Herodes", por ejemplo, Ibargüengoitia manifiesta su nulo compromiso con las ideas del momento, es un hombre práctico: no le interesa la explotación del hombre por el hombre, ni aceptar una beca de una fundación insignia del imperialismo "yanquee" (*La ley de Herodes*, 15). Esa practicidad nos revela un escritor que no cae en una doble moral: aquéllos que, a pesar de su ideología de extrema izquierda, siempre buscan de la institucionalidad para sostener su nivel de vida. Retumba en nuestras conciencias la siguiente frase: "en México ningún intelectual es digno de ser comprado" (*La ley de Herodes*, 125).

Naturalmente, esa actitud por la que optó Ibargüengoitia generó incomodidad y desconfianza en la mayoría de los intelectuales convencionales. Éstos, a su vez, lo relegaron a los márgenes del canon. Esos agentes dueños del capital cultural, como se verá más adelante, ejercieron una censura, a través de prejuicios y desviaciones, y lo etiquetaron como un humorista; ese término peyorativo lo persiguió toda su vida. Al final, lo único que comparten él y su personaje Bloomsbury era esa dificultad de tratar, no sólo con la gente de teatro, también con la intelectualidad mexicana.

En pleno 2017, la imagen de Ibargüengoitia ha cambiado. A partir de su muerte, el número de sus lectores va en aumento; la crítica ha hecho una revisión de su obra y le ha dado su lugar en la rotonda de las letras mexicanas, los textos de Ana Rosa Domenella compilados en su libro *Jorge Ibargüengoitia: ironía, humor y grotesco. "Los relámpagos desmitificadores" y otros ensayos*, por mencionar uno, o la edición del *El atentado y Los relámpagos de agosto* a cargo de Juan Villoro y Victor Díaz Arcinega, son ejemplos de ello. Ahora tenemos la idea de un escritor canónico, que critica el canon; esa es la actitud por la que optó Ibargüengoitia, ese posicionamiento político lo volvió singular entre sus contemporáneos: el "ingenierote", que viste de beige, e importuna con su presencia.

Recepción

o de cuando el descalificador se vuelve humorista y reaccionario

En 1964, Jorge Ibargüengoitia ganó el Premio Casa de las Américas, por segunda ocasión, con su novela *Los relámpagos de agosto*. El juez que impulsó el triunfo fue Italo Calvino. Calvino observó un afán desmitificador y antisolemne que la volvía una propuesta única entre sus contemporáneos. Para él, "había tres poderosas razones para galardonar el libro: poseía

un estilo propio, tenía un blanco definido en la Revolución mexicana, y el autor se había divertido al escribirla y el público seguramente haría lo mismo al leerla. Además, simbolizaba el tránsito, respecto al tópico revolucionario, de la epopeya a la sátira" (Santillán 248). El galardón no posicionó a Ibargüengoitia en el campo cultural mexicano, por el contrario, la crítica se perpetuó en un estado de incomprensión. Algunos de sus primeros críticos, que se autonombraron "los custodios de la patria", la descartaron por su irreverente apropiación de la historia nacional. Según Juan Villoro, las primeras críticas contribuyeron a construir la imagen de un narrador divertido y superficial que se servía de la prosa para llegar al chiste, por esta razón lo calificaron como humorista, cuyo único objetivo era incendiar los monumentos de bronce y ver el periodo revolucionario y posrevolucionario como el capricho de los intereses de unos cuantos imbéciles (XXIV, XXX).

En términos generales, gran parte de la crítica exhibía un conflicto que estuvo vigente desde el sexenio alemanista y su proyecto modernizador, el cual deseaba posicionar al país en el concierto de las naciones modernas y prósperas. La gran incógnita de los intelectuales en ese momento fue la vigencia de la Revolución: evidentemente los círculos oficiales seguían manteniendo la idea de una Revolución viva, con objetivos claros y alcanzables; por otra parte, el ala disidente coincidía en que la Revolución había muerto: era un hecho histórico y estaban frente a otro proyecto, más desvirtuado y complejo. Ambas posturas cayeron en lugares comunes: los primeros consideraron la novela y la actitud de Ibargüengoitia como reaccionaria; los segundos perpetuaron la imagen de un escritor humorista, desmitificador, crítico y antisolemne de los discursos hegemónicos, tanto políticos como históricos.

Entre los críticos que denunciaban cierta visión reaccionaria, tenemos a Cynthia Steele, la cual –si bien elogió la novela—, no podía entender cómo un país con una tradición

revolucionaria como Cuba, galardonara una obra que se pitorreaba de un proceso revolucionario (Santillán 248). Emmanuel Carballo, por su parte, descalificaba *Los relámpagos de agosto* a partir de un criterio político: "una novela reaccionaria es una pésima novela… un libro –bonachón y burgués— que rendía culto al realismo costumbrista… precisamente, una visión burguesa sobre la Revolución mexicana…" (Santillán 249). Para Marta Portal, la novela de Ibargüengoitia era un reflejo que distorsionaba a la Revolución mexicana. No se trataba de una sátira literaria, sino de una caricatura cruel, que ocultaba los verdaderos riesgos de aquel hecho histórico. No rescataba la dimensión cotidiana, sino que degradaba la perspectiva histórica de la revuelta armada. "No era una recuperación de la verdad a través de la ironía, sino una consagración de la mentira por medio de la literatura" (Santillán 253). También Eugenia Revueltas se sumaba a este tipo de crítica, la estudiosa opinaba que en el texto de Ibargüengoitia dominaba un "reaccionarismo esencial" que se expresaba en una notable negatividad: si bien hacía reír, cerraba la puerta a cualquier posibilidad de regeneración revolucionaria. De ahí, que "el libro era una desmitificación, pero ante todo una condena sin esperanza sobre la historia reciente de nuestro país" (Santillán 257-258).

Quizá la respuesta más oficialista de la obra fue la de Jorge Muñoz Cota. Él entendía que el escrito de Ibargüengoitia tenía la alevosa intención de presentar el otro lado del movimiento armado de 1910, aunque sin éxito, pues –a su juicio— la narración del escritor guanajuatense, si bien la consideraba entretenida, no ponía en jaque las grandes cualidades de los revolucionarios mexicanos, ni minaba los fundamentos del discurso político, pues para Muñoz Cota, la Revolución respondía a exigencias históricas y cada líder había respondido como lo exigía su presente (Santillán 251).

Entre los críticos que perpetuaron la idea de un Ibargüengoitia desmitificador, crítico, antisolemne y humorista, está Gustavo Santillán. Para él, *Los relámpagos de agosto* no era una condenación del movimiento que empezó en 1910; por el contrario, ponía en predicamentos las verdaderas intenciones de los hombres que cimentaron las bases del México moderno (246). Siguiendo esa línea, Huberto Batis destacaba lo didáctico que podía tener la propuesta del guanajuatense, pues su novela permitía ver con nuevos ojos el pasado histórico: aleccionaba sobre la posibilidad de generar nuevos acercamientos literarios con la realidad histórica: cuando los problemas de los generales revolucionarios tienen su centro en las disputas personales, más que en los problemas políticos (Santillán 248). Jorge Olmo, por ejemplo, celebraba que la Revolución mexicana fuese tratada por primera vez con distancia crítica, expresada a través del humor. Elogiaba el ejercicio crítico del escritor guanajuatense que mostraba la oscuridad ideológica de los generales revolucionarios (Santillán 250). Por otra parte, Miguel Guardia pensaba que *Los relámpagos de agosto* anunciaba un cambio en la sensibilidad histórica del país. Puntualizaba que la postura de Ibargüengoitia no era reaccionaria, por el contrario, era revolucionaria, en todos los sentidos de la palabra, pues mostraba todo lo que no debería ocurrir, otra vez, en el país (Santillán 250).

De esta manera, podemos apreciar cómo la crítica seguía prolongando la ideología del momento. Los productos culturales no escaparían del gran debate nacional. Jorge Ibargüengoitia estaba enterado de todo lo que escribían sus contemporáneos. Lector atento de periódicos, archivos, memorias de revolucionarios y de textos de historia, quiso sumarse a la discusión, pero de una manera estética. Según Álvaro Ruíz Abreu, Ibargüengoitia creó una metahistoria que extendió los límites del propio discurso historiográfico, que distaba mucho de lo aceptado por la oficialidad (159).

La poética histórica de un cuevanense ilustre

Jorge Ibargüengoitia mostró un conocimiento del quehacer histórico mucho más complejo y profundo que el de sus contemporáneos historiadores. Entendía que la trama del discurso historiográfico trabajaba en otro registro; es decir, sabía que "una historia no dependía de los hechos ocurridos, sino de la actitud que tenga el que los está registrando" (*Instrucciones para…*, 20). De ahí la idea de que los historiadores echaban a perder la historia. En una modernidad, "que desvanecía todo lo sólido en el aire", ya no había lugar para las grandes hazañas y los relatos épicos, ahora la historia solamente era rescatable como farsa y escrita con mucha ironía e irreverencia.

De acuerdo con Hayden White, la ironía tiene un uso ideológico. Muchos se sirven de ella para defender posiciones políticas conservadoras o liberales, esto depende de la voz del ironista: si su ataque está dirigido contra formas sociales establecidas o frente a reformadores que tratan de cambiar el orden de las cosas (*Metahistoria*…. 46). Jorge Ibargüengoitia utilizó la ironía para poner en entredicho la "verdad" histórica y el discurso oficial, y así mostrarnos que nada en el pasado pasó como tenía que haber pasado, y, por tanto, su presente era el resultado de las contradicciones y las falacias de los gobiernos emanados de la Revolución Mexicana. Como propone Hayden White, la perspectiva irónica de Ibargüengoitia, responde a "una visión del mundo, que tiende a disolver toda creencia en la posibilidad de acciones políticas positivas" (*Metahistoria*…. 46).

Para Jorge Ibargüengoitia, la historia nacional era masoquista, oscura y muy sangrienta. Al parecer, la mayoría de los relatos históricos de la década de los sesenta se distinguían por un culto a los muertos, eso lo veía en los tres tipos de héroes que dominaban en esas narraciones: 1) los que perdieron las guerras importantes y murieron por órdenes del

vencedor, más astuto que ellos; 2) los que mueren a destiempo en una oficina o en la cama de su casa, una vez que se perpetuaron en el poder; y 3) los que logran vencer, cometen una serie de errores, se desprestigian y son fusilados (*Autopsias…* 87-88). Ibargüengoitia se distanció de ese masoquismo histórico de los portavoces de la historia oficial, muy probablemente esto explique la ausencia de héroes y las situaciones llenas de errores y sobresaltos por las que pasan los protagonistas en la narrativa del guanajuatense. Al final de cuentas, como dice Ignacio Trejo Fuentes, si Jorge Ibargüengoitia consideraba que la historia nacional estaba aderezada, era maniquea, la escribían los vencedores –cuyo único objetivo era escribir epopeyas de matices gloriosos, disfrazando situaciones vergonzosas—, y los héroes de bronce eran falsos –arropados con vestiduras acartonadas—, urgía presentar otra lectura histórica (71-74). Eso es lo que se propuso el escritor "cuevanense" desde *El atentado* hasta *Los pasos de López*, pasando por *Los relámpagos de agosto*, *Las muertas* y *Maten al león*.[41]

El uso del hecho histórico es bastante común en la crítica ibargüengoitiana, pienso por ejemplo en las siguientes líneas, que extraigo del libro *Los pasos de Jorge Ibargüengoitia* de Vicente Leñero:

> Salvador Novo dice que Cuauhtémoc no ha muerto… Él tuvo esclavos, y si le hubieran dado tiempo, hubiera sido un déspota como todos sus parientes, pero tuvo la buena suerte

[41] Es totalmente comprensible la urgencia de otro registro de la historia, si partimos del supuesto de que los libros más representativos que hablaban de la historia reciente del país, desde la década de los treinta, tenían como objetivo mostrar la disputa política entre jefes y caudillos, una vez institucionalizada la revolución. Los ejemplos más significativos son: *El proconsulado* –cuarta parte del *Ulises Criollo*— de José Vasconcelos, *El Águila y la serpiente* y *La sombra del caudillo* de Martín Luis Guzmán, *¡Vámonos con Pacho Villa!* de Rafael F. Muñoz, entre otros. Esas narraciones se movían en el plano de los grandes sucesos de los hombres dignos, sin posibilidad de incluir otras voces que surgieran de lo cotidiano. Ya en la década de los cincuenta y con la tarea de identificarnos ante el mundo, los historiadores emprendieron una revisión histórica que rescataba la visión de los vencidos: una narración que se movía en la dignidad de la derrota y el fracasó histórico de los proyectos nacionales. Ejemplo de esto lo encontramos en los libros de León Portilla, en los esfuerzos de Daniel Cosío Villegas y los primeros estudios "serios" sobre el Porfiriato y la historia reciente del país, además de las aportaciones de Edmundo O´Gorman, entre otros.

> de que lo derrotaran joven, de que le quemaran los pies y lo dejaran inútil para cualquier trabajo, y que luego lo colgaran, pasándolo de esta manera a la historia como un héroe impoluto. En cambio, los demás indios, que eran sus esclavos siguieron siéndolo de los españoles y ahora de "las clases opresoras". Entonces, ¿cuál Cuauhtémoc no ha muerto? (114).

Desde una perspectiva crítica, se pueden resaltar dos cosas que van a dominar en el sistema de creencias del escritor guanajuatense: 1) Ibargüengoitia –como propone Juan Campesino— pone en entredicho las instituciones del México posrevolucionario, mostrando las resquebrajaduras del sistema político, a través de un revisionismo historiográfico que hace patentes las imperfecciones de una cultura que carga lastres desde tiempos inmemoriales (115); y 2) siguiendo a Juan Villoro, los héroes "no se forjan en el cumplimiento del deber sino en los avatares de su muy humana condición", el supuesto heroísmo que les inviste la historia de bronce, sólo la comparte quien la enuncia (XXIII, XXXV). Esto es importante, porque lo vamos a observar en la obra que nos ocupa, *Los relámpagos de agosto*.

A finales de la década de los cincuenta y a principios de los sesenta, las memorias de los generales revolucionarios tuvieron, por motivos celebratorios, su cúspide en México. El motivo de ese auge se debió a que los distintos actores, que participaron en la hecatombe social, querían ser parte de la reconstrucción oficial de la historia de la Revolución (Sánchez 35-36). Para escribir *El atentado* y *Los relámpagos de agosto*, Jorge Ibargüengoitia leyó las memorias más importantes de aquellos generales.[42] Gracias a esa documentación, notó el alto

[42] Carlos Martínez Assad dice que "leyó el libro de Juan Gualberto Amaya, *Los gobiernos de Obregón, Calles y regímenes 'peleles' derivados del callismo*, que lo marcó porque se trataba de un gran 'memoralista'…, el relato de Francisco J. Santamaría *La tragedia de Huitzilac y mi escapatoria celebre*, donde se narra el asesinato del general Francisco Serrano y sus partidarios, el cual inspiró un capítulo de *La sombra del caudillo* de Martín Luis Guzmán. Además, consultó las memorias de guerra de Álvaro Obregón, *Ocho mil kilómetros en campaña*" (*Los héroes no…* 31-32).

nivel consagratorio de los famosos caudillos, cuestión que va a parodiar en la novela y en la obra de teatro. Ya sea por la distancia temporal, o porque conocía bien el hecho histórico por las fuentes de primera mano, el escritor guanajuatense compartía una visión de la Revolución bastante similar a la de la intelectualidad de la época.

Al igual que Octavio Paz y Daniel Cosío Villegas, Ibargüengoitia pensaba que el movimiento armado de 1910 carecía de una ideología legitimadora[43] y ésta fue un invento posterior de los intelectuales. La gran diferencia, quizá, es la manera en que Jorge Ibargüengoitia representó a la Revolución: la veía como una anciana, recluida en un asilo, que inevitablemente seguía acumulando años, cuyo único pasatiempo era contar el recuerdo de las muchas glorias pasadas a los enfermeros encargados de sus cuidados, para quienes esas anécdotas eran francamente incomprensibles:

> Lo mismo pasa con las revoluciones. Se hacen viejas y llega un momento en que cuesta mucho trabajo recordar lo que fueron en sus mocedades. A la nuestra, por ejemplo, le pasa lo mismo que a todas las mujeres de sesenta años. Ha adquirido una respetabilidad que nunca hubiera pretendido tener en su juventud. Actualmente la Revolución Mexicana es un movimiento, en el que participamos una gran mayoría de los mexicanos, encaminando a lograr la justicia social y el bienestar de los mismos (Ibargüengoitia, *Instrucciones para…*, 51).

Así, en esta idea de una Revolución octogenaria, Ibargüengoitia nos explica que el movimiento había nacido como un impulso vital que derrocó a Porfirio Díaz; en sus primeros

[43] Así lo hizo saber en una entrevista que le realizó Margarita García Flores: "Ahora ya es marxista y qué sé yo. Como uno de sus rasgos fundamentales, ciertos, nuestra Revolución empieza antes que la rusa, hay que recordarlo, pero en un lugar donde todos los revolucionarios eran analfabetos o hacendados, ¿usted cree que Obregón leyó a Marx? Lo leyó siendo presidente. Bueno, dicen que lo leyó. Más exacto sería decir que en sus divagaciones políticas, llegó a leer hasta Marx. La ideología de la Revolución mexicana se puede escribir en el puño de una camisa. Había que tumbar a Huerta, había que tumbar a Porfirio Díaz… y punto. Era bastante, era un paquete (410)".

veinte años, o en plena adolescencia, víctima de las indecisiones propias de la edad, se caracterizó por sucesiones interrumpidas por constantes acusaciones de traición y frecuentes actos de desconocimiento; en su plenitud pasó por un periodo nacional con tinte socialista; y en su madurez, desde la formación del PRI en adelante, se dio cuenta de la necesidad de reconocer la existencia de problemas estructurales, por lo que se vio obligada a traicionar sus propios principios y a renunciar a muchos aspectos por la que se había caracterizado des sus mocedades (Ibargüengoitia, *Instrucciones para…*, 51).[44]

De hecho, esa etapa de juventud de la Revolución es la que más trabajos cuesta entender. Según Ibargüengoitia, esos veinte años son confusos porque los historiadores trataban la Revolución como un *western*, con buenos, feos y malos, vencidos y triunfadores, todos enfrentados entre sí, donde la virtud se imponía al final. Esto lo explica con el ejemplo de Emiliano Zapata:

> Lo que cuesta más trabajo explicar es cómo, siendo bueno, luchó contra Madero, que también era bueno, y de Carranza, que también lo fue; y cómo siendo bueno, murió a consecuencia de una intriga en la que, todo parece indicar, metió las manos don Pablo, otro buenazo, que años antes había combatido al archivillano irredento de la Revolución, Victoriano Huerta. Prueba de la maldad de este último es que ni siquiera le han hecho estatua (*Instrucciones para…*, 52).

[44] Si Ibargüengoitia veía a la Revolución como una señora senil, yo la veo como un zombie. A partir de la década de los ochenta, un virus infectó a lo que quedaba de esa risueña abuelita, esa infección la convirtió en un ser raro: en un "no muerto". Desde esa transformación, la Revolución comenzó a caminar de manera pausada, con pasos que se inclinaban cada vez más a la derecha; el virus no sólo afectó su caminar, también su capacidad de comunicarse con nosotros los mortales; su afasia verbal se volvió cada vez más incomprensible, las elecciones de sus palabras ya no solamente sonaban huecas y risibles, habían perdido todo el contacto con la realidad. Los políticos, también contaminados, habían anulado su capacidad de sentirse saciados: se volvieron más agresivos y más depredadores de sus prójimos. Totalmente infectados, tanto los políticos como la Revolución comenzaron a perder, de manera asombrosa, la memoria: ya no les quedaba ni un solo recuerdo de lo que habían sido en el pasado.

Si bien fue un movimiento popular, Ibargüengoitia sabía que no todos los correligionarios eran iguales y peleaban por lo mismo. Para él, esa historia maniquea era errónea porque no quedaban claros los objetivos de los distintos revolucionarios y porque la habían convertido en un mito que no correspondía con la realidad. Durante esos veinte años la mayoría de los jefes revolucionarios perdieron la vida: muchos fueron asesinados, otros murieron en emboscadas y otros más fusilados, aquí lo dramático fue que una cantidad importante de generales fueron acribillados por sus antiguos compañeros. *Los relámpagos de agosto* objetivan muy bien ese momento. Ibargüengoitia era consciente de cómo los gobiernos priístas promovían reconciliaciones póstumas, para legitimar el discurso:

> Pero lo interesante del caso es que, dentro de la perspectiva actual, vemos a todos estos muertos, no como traidores, ni como rebeldes, sino como víctimas... Pancho Villa y Zapata fueron derrotados y, sin embargo, allí están sus monumentos. Lo mismo ocurre con quienes los vencieron Obregón y Carranza. Ya muertos todos parecen estar de acuerdo. ¿Y las ideas de cada uno de ellos? También se han reunido. Allí están recogidas en la Constitución del 17, en la Reforma Agraria, en la expropiación petrolera, en el artículo que dice que todo mexicano tiene derecho a recibir educación, etcétera (*Instrucciones para…*, 55-56).

Evidentemente para Jorge Ibargüengoitia, la Revolución y los gobiernos que emanaron de ella, devinieron en un colosal acto fallido. Había una gran distancia entre el país proyectado por el partido oficial y la realidad. Su lectura histórica tuvo como objetivo la creación de lazos comunicantes con su presente para entenderlo y criticarlo:

> La situación actual de México es la misma Convención de Aguascalientes, nomás que ya sin personajes y, por consiguiente sin pleitos. Vivimos en una sociedad que ha sabido conciliar todas las contradicciones. Por ejemplo, hay preocupación por la suerte del pobre y se le reconoce su necesidad de espacio vital, sin embargo, el negocio más grande

> de México sigue siendo el de bienes raíces; hubo Reforma Agraria, que era la ambición de Zapata, pero no la hubo bancaria, que hubiera sido indispensable para llevar a cabo la primera; en teoría todos somos iguales, pero en el fondo sabemos que hay quien nos mide según el tamaño de nuestra cuenta corriente. Es un país romántico, pero también muy realista (*Instrucciones para…*, 56).

Esta actitud ante la Historia y la Revolución mexicana en la década de los sesenta, nos pone frente un autor complejo. No es un simple humorista que se sirve del chiste fácil, para distraer a los lectores y hacerlos reír, induciéndolos en un estado de alienación perpetua. Por el contrario, su visión histórica buscó sacudir los cimientos hegemónicos y la realidad misma. Si bien, nunca nos ofreció respuestas –no me extrañaría que se riera de las videntes—, exhibió la podredumbre del cinismo burocrático. Ese ataque desmitificador y su actitud herofóbica,[45] lo apartó de la estética dominante. Al final, su intención era muy clara: él entendía que si sus escritos no cambiarían al mundo, cuando menos demostraría que no todo aquí es drama.

Los relámpagos… que agrietan la cantera de Palacio Nacional o de como la novela de un cuevanense desmorona el discurso oficial

Juan Villoro ha calificado a Jorge Ibargüengoitia como un desmitificador de tiempo completo; estoy de acuerdo con él. El escritor guanajuatense no se cansó de denostar a los Padres Fundadores del México Moderno; no podía ser de otra manera. El discurso priísta de la década de los sesenta perpetuaba una mitología de la estabilidad: constantemente se repetía que la nación se encaminaba por los senderos del crecimiento y el progreso, que todo caminaba bien y que los errores –grandes o pequeños— estaban en vías de ser enmendados,

[45] La palabra "herofobia" se refiere a un miedo, más que razonable, a los hombres ilustres y las estatuas de bronce. La mejor manera de enfrentar ese miedo es a través del incendio y sabotaje de monumentos.

generando una sensación de inmovilidad en el ambiente (XXV, XXXII). En esta atmósfera anquilosada, Ibargüengoitia se convirtió en un detractor del partido oficial y su retórica justificadora. ¿Cómo tomar en serio el México que surgió de la Revolución, si estaba convencido de que el país no era solemne, sino cínico?[46] Las imposiciones míticas del discurso priísta, que manipulaban la realidad a su conveniencia, orillaron a Ibargüengoitia a crear una obra que se enfrentara al sistema de creencias de los revolucionarios –que seguían figurando en la escena pública—, y de los escritores o intelectuales –que mantenían vivo el mito revolucionario y hablaban del tema con una reverencia inmaculada—. En este escenario irrumpe *Los relámpagos de agosto* en 1964.

Según Sergio Pitol, la relevancia de *Los relámpagos de agosto* fue el desnudamiento de las figuras solemnes que cimentaron el México posrevolucionario, convirtiendo las memorias y la historia oficial de la postrimería revolucionaria en un "chascarrillo" o una "bufonada", pues en su novela no había espacio para la solemnidad, la sacralización, ni la pasión doctrinaria. Sus personajes eran un puñado de perdedores: pésimos en el manejo de las armas y en el arte de la intriga; se destacaban por su deslealtad permanente y en la infame costumbre de liquidarse unos a otros, imposibilitando cualquier tipo de reverencia a los loables caudillos (XVIII).[47] La lectura fársica del escritor guanajuatense, sacudió la

[46] Álvaro Ruiz Abreu dice que Jorge Ibargüengoitia es un escritor de la decadencia de la Revolución mexicana, pues "la corrupción que vio fue en ascenso hasta volverse un exceso en la vida cotidiana del país. Leyó en el cielo de los sesenta los signos de nuestro tiempo. La intención inicial de Ibargüengoitia fue descubrir el país oculto o negado por el discurso oficial, entrar en una realidad que la cultura de los gobiernos en turno exaltaba" (161-162).

[47] Para Diego Bustos, José Guadalupe Arroyo, protagonista de la novela, es el arquetipo perfecto para desacralizar a los generales revolucionarios, al México que nació después de la muerte de Álvaro Obregón, y a las novelas contemporáneas que seguían mirando el hecho histórico con reverencia. Sus acciones evidenciaban los vicios y las desviaciones de una Revolución que no fue perfecta y que se convirtió con el paso del tiempo en algo totalmente distinto, que no estaba en planes de nadie (11).

dominación ideológica de las esferas del poder político y cultural.[48] La mayoría de los revolucionarios y una buena cantidad de intelectuales, observaron una posición reaccionaria del novelista.

A principios de la década de los sesenta, la Revolución mexicana cumplía sus primeros cincuenta años de vida. El partido oficial no reparó en gastos.[49] Los voceros oficialistas consolidaron dos ideas: 1) que los caudillos revolucionarios eran héroes impolutos, que siempre lucharon por el bienestar del país; y 2) los postulados de la Revolución seguían vigentes. No obstante, nos dice Rafael Barajas, ese discurso sonaba viejo y falso, porque el régimen que surgió de esa hecatombe social daba muestras serias de deterioro: el autoritarismo, la falta de democracia y la corrupción, minaban la credibilidad del proyecto priísta (348-349).[50]

Por citar un ejemplo discursivo de este ambiente celebratorio, Gustavo Díaz Ordaz, Secretario de Gobernación en 1960, hablaba de los logros realizados por los hombres que

---

[48] Según Ana Rosa Domenella, "la producción ensayística y literaria de la Revolución mexicana, tanto de observadores, apologistas, críticos y detractores, tenía en común proponer una imagen solemne, apasionada o trágica del acontecimiento histórico. La novela de Ibargüengoitia parte de una mirada distinta y combate esa visión de las cosas. Dentro de un Estado que ha institucionalizado y organizado un aparato cultural en torno a la Revolución, la voz del guanajuatense se convirtió en un 'relámpago vivificador'" (*Jorge Ibargüengoitia: ironía…* 75). Por otra parte, en lo que se refiere a la literatura, María Dolores Bravo afirma que "la novela de la Revolución había persistido en su temática… en el filo de los cincuentas e inicio de los sesentas, la secuela del movimiento de 1910, todavía sigue ocupando, como obsesión crítica, las páginas y las preocupaciones de novelistas como Fuentes y Revueltas, quienes revisten a la crónica de la decepción con un lenguaje más completo y connotativo que el de los autores de décadas anteriores. ¡Y qué decir de *Pedro Páramo*..! el cacique mítico y suprarreal de la novela de Rulfo es de todos nuestros ámbitos históricos y por ello mismo es producto indefectible y genial de una revolución condenada" (484).

[49] Carlos Martínez Assad, que hace un recuento del contexto en que apareció la obra de Ibargüengoitia, apunta lo siguiente: "En 1960 para encargarse de las celebraciones del primer medio siglo de ese parteaguas de la historia de México, la presidencia de Adolfo Ruiz Cortines fundó [en 1953] el Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México (INEHRM)… Para dirigirlo fue nombrado el licenciado Salvador Azuela, con la legitimidad de ser hijo del novelista Mariano Azuela. Salvador Azuela convocó a un grupo amplio de intelectuales y políticos para que, con sus textos contribuyeran a homenajear la Revolución… Ese ambiente de celebración coincidía con lo que se consideraba 'el milagro mexicano'" (*Los héroes no…* 15).

[50] Carlos Martínez Assad, dice que el aparato institucional hizo lo necesario para que predominara el ambiente festivo, se acallaron y se les restó importancia a los movimientos sociales que habían entrado en un punto álgido en los últimos años de la década de los cincuenta: el magisterial, comandado por Othón Salazar, el ferrocarrilero, liderado por Demetrio Vallejo y Nicolás Cama, y el del campesinado encabezado por Rubén Jaramillo ("El revisionismo histórico…" 229).

habían servido a México en esos cincuenta años. Si bien aceptaba la existencia de grupos que atacaban los objetivos y los avances del proyecto revolucionario, para él la oposición no podía negar la existencia de un régimen jurídico justo; el reparto de tierras; las obras de riego; la creación de ejidos ganaderos; el desarrollo de las comunicaciones; la extensión del sistema educativo; el saneamiento de la economía; la industrialización; y las distintas nacionalizaciones en la rama del petróleo, los ferrocarriles y la industria eléctrica (Contreras 431). De esta manera, el sistema de creencias del pensamiento revolucionario revelaba un predominio burgués y urbano que se escudaba en la idea de la "paz" social; lejos había quedado el discurso agrarista y espontáneo que justificaba la acción y la movilización como un aliciente para el mejoramiento de las clases menesterosas. De alguna manera, Ibargüengoitia también entró en ese juego: su novela no tocaba más el problema agrario, se ocupó del poder y del modo de hacer política en el México posrevolucionario, en un momento donde el partido oficial perdía legitimidad y poder de persuasión.[51] Es en el tema y el tratamiento del mismo donde encontramos la crítica de *Los relámpagos de agosto* a los discursos hegemónicos del periodo.

Una constante en *Los relámpagos de agosto* es la burla intencional hacia las instituciones. Uno de los primeros ataques que se efectúa es en contra de la Constitución. En las décadas de los cincuenta y sesenta, investigadores y políticos seguían considerando a la Carta Magna una de las más altas glorias de la Revolución mexicana: para ellos el documento era incorruptible y garantizaba un verdadero estado de derecho en el país, pues definía la

[51] Carlos Martínez Assad piensa que "uno de los logros de la novela fue que no aludió a los años heroicos del movimiento, sino a un periodo con una fuerte carga de desprestigio: la muerte de Obregón, la presencia de Plutarco Elías Calles y la formación del Partido Único" ("El revisionismo histórico…" 236-237). El otro gran logro de la novela, según el propio Martínez Assad, fue "la distancia ideológica y temporal que existe entre el autor y los sucesos históricos le da frescura al relato. La forma de expresarse, de hablar de los acontecimientos, las frases y las ideas, nos hacen pensar que la obra está situada en el México de los sesenta" (*Los héroes no…* 56).

función del gobierno y expandía sus capacidades administrativas en asuntos como la distribución de la tierra, la propiedad privada y la explotación de recursos naturales; protegía al obrero, los campesinos y defendía las libertades individuales de los ciudadanos.

Para Ibargüengoitia era importante poner en evidencia los vacíos discursivos de la Carta Magna y lo fácil que era modificarla, para justificar atropellos y proyectos gubernamentales. Esto es apreciable en la novela *Los relámpagos de agosto*, cuando el grupo de revolucionarios, encabezados por Valdivia y el Gordo Artajo, buscan por todos los medios legales, la forma de garantizarse el poder. Al darse cuenta de que ningún inciso de la Constitución les favorece en sus pretensiones políticas –pues ésta establecía que, a la muerte de un Presidente Electo, el Poder Legislativo tenía la obligación de nombrar un Presidente Interino, cuya función era la de convocar a nuevas elecciones—, proponen que Anastasio Rodríguez, el único diputado entre ellos, promueva la anulación de esos apartados por improcedentes o que se declaren en receso: "que se borre el Inciso N y se agregue un condicillo que diga así: 'cuando muera el Presidente Electo, el Presidente en Funciones es reemplazado, automáticamente, por el Secretario de Gobernación'" (Ibargüengoitia, *Los relámpagos…*, 69). Esto con el fin de tener alguien de confianza en el poder, que les asegurara sus posiciones políticas en la "alta política nacional".

¿Cómo confiar en un documento que, a la menor provocación, puede ser seriamente alterado, por intereses completamente cínicos y egoístas, y concentraba el poder político y administrativo en la figura presidencial? Evidentemente, Ibargüengoitia había perdido la confianza en el uso que se le daba a la Constitución, para él no era más que un mito inmaculado e inamovible, totalmente superado. La visión del escritor guanajuatense era diametralmente opuesta a la de académicos estadounidenses como Frank Tannenbaum y Frank Brandenburg. Para Brandenburg, la Constitución era un gran logro revolucionario,

porque en ella estaba presente el credo del régimen, si bien cada objetivo podía ser interpretado de manera distinta, por uno u otro presidente, cada acción estaba justificada dentro de las amplias estipulaciones que enmarcaba la Carta Magna (64). Por otro lado, aunque la Constitución no había sido aplicada en su totalidad, y constantemente se reformaban sus artículos, Tannenbaum veía que las diferentes administraciones, a pesar de seguir diversos caminos, siempre habían actuado dentro del marco constitucional (34-35). El contraste entre ambas posturas, remarca la tensión ideológica que existía entre el escritor desencantado y la academia. Ibargüengoitia, desde la literatura, se mostraba mucho más crítico y desafiante, que aquellos académicos que, desde su crítica, continuaron el idealismo promovido por el *establishment* priísta, escudados en el manto de la objetividad.

Ibargüengoitia se mofó de la Cámara de Diputados y sus legisladores en su novela. Los presentó como unos "mentecatos espantadizos", que se les podía obligar fácilmente a actuar a favor de intereses mezquinos y no propiamente en defensa del interés público, y que, penosamente, "por ciertas deficiencias en la redacción de la Constitución, podían llegar a tener en sus manos el destino del país" (*Los relámpagos…*, 76). Para Ana Rosa Domenella, quedaba explícito que ese Poder Legislativo estaba completamente subordinado no sólo al Poder Ejecutivo, sino a factores externos en ciertos momentos de tensión política (*Jorge Ibargüengoitia: ironía…* 58). De hecho, Daniel Cosío Villegas, al estudiar la naturaleza del sistema político mexicano, escribió, dos lustros más tarde, que la sujeción del Legislativo al poder presidencial, problema siempre vivo desde la fundación del México posrevolucionario, se debía a que el parlamento estaba estrechamente comprometido con el partido oficial, pues todos sus miembros formaban parte de sus filas. Además, el porvenir de un diputado no dependía en absoluto del nombramiento ciudadano, sino del favor y la voluntad del "Príncipe", el cual gobernaba gracias a su poderosísimo brazo tricolor (*El sistema*…, 29).

Era natural que los legisladores optaran por la subordinación, pues le venía de maravilla a un régimen que desde su nacimiento se definió como paternalista y cuyos vínculos, entre aquellos que participaban del asunto político, eran más personales que ideológicos.

Al escritor guanajuatense le interesaba mostrar cómo las instituciones revolucionarias estaban vacías de contenido, anulando su función como instrumentos de poder y volviéndolas un hazmerreir en *Los relámpagos de agosto*. La intención de Ibargüengoitia, entonces, respondía a un escepticismo muy característico de las esferas desencantadas de aquellos años. Ya en la década de los sesenta, los críticos del proyecto modernizador y de los postulados revolucionarios distinguían una distancia entre la realidad sociopolítica y la jurídica. A ese distanciamiento, Pablo González Casanova le llamó sociedad dual, donde lo político y lo social llevaban su propio curso, y la legislación incorporaba y convertía las situaciones no legales o impropias en rituales, alejándose cada vez más del derecho constitucional (414).

Jorge Ibargüengoitia también atacó el anhelo democrático del partido único. En 1963, por ejemplo, el senador Antonio Mena Brito decía que la organización política del México posrevolucionario, había aspirado desde su nacimiento a crear un Estado justo y equitativo. Resaltaba los logros obtenidos durante esos primeros cincuenta años: “la no reelección de los titulares del Poder Ejecutivo Federal y de los Estados, la eliminación del voto indirecto, el sufragio femenino y, ahora, la representación proporcional de los partidos políticos minoritarios en la Cámara de Diputados” (Contreras 466). Estos avances habían contribuido en el fortalecimiento de una vida “democrática” más “intensa”. Inclusive el estadounidense Frank Tannebaum, a mediados de la década de los cincuenta, percibía un México más democrático de lo que había sido en el pasado, él enfatizaba la idea de que el país se preocupaba por el fortalecimiento de las instituciones democráticas, a pesar de que el partido oficial cedía en el terreno político a cuentagotas (39).

Es significativo que, en *Los relámpagos de agosto*, uno de los temas centrales sea la manera en la que los caudillos se afianzaban el poder, denostando claramente el concepto de la representatividad popular. Los puestos públicos se daban por favores, no por méritos o capacidades administrativas, cuestión que no distaba mucho de la realidad. Esto se puede apreciar en los primeros capítulos de la novela. Ante la muerte de Marcos González (*alter ego* de Álvaro Obregón), Germán Trenza y su grupo se reúnen en un cuarto de la casa del finado, con el fin de discutir el futuro de México. A cada uno de los presentes ya se le había asignado, con antelación, un puesto en el gabinete entrante. La muerte del Caudillo les modifica todo el escenario, de ahí la urgencia por encontrar entre ellos alguien que pudiera ocupar la presidencia y garantizar el futuro político del grupo. Esta actitud es importante porque en la visión ibargüengoitiana los gobiernos posrevolucionarios se habían comportado como mafiosos y el gobierno era un refugio de cínicos y oportunistas.[52]

La visión de Ibargüengoitia contrastaba con el ideario político e intelectual de la época. Mientras ideólogos del priísmo, como Vicente Fuentes Díaz, defendían el sistema democrático mexicano, argumentando que la oposición –acaudillada por el Partido Acción Nacional— había enriquecido el debate parlamentario (398); para Jorge Ibargüengoitia, la bandera política, por la que Madero se había levantado contra el régimen de Díaz, distaba mucho de haberse cumplido. La democracia tenía una simple función de máscara: la oposición era simbólica, débil y con escasa influencia en las masas populares, la cual ayudó a asimilar la existencia de un sistema "pluralista" en México, mientras el Partido

[52] Desde luego el discurso oficial era diametralmente opuesto al discurso narrativo de Ibargüengoitia. En un discurso de 1959, Alfonso Corona del Rosal reforzaba el ideal democrático, resaltando que durante el Porfiriato el ejercicio del poder estuvo en manos de un reducido grupo de personas. Ahora la Revolución había dado la oportunidad a miles de personas en participar en asuntos públicos. "El principio de la no reelección ha servido para que exista una saludable renovación de funcionarios públicos, como seguramente sucede en pocos países. La política se ha hecho más humana" (Contreras 427).

Revolucionario Institucional (PRI) apuntalaba su hegemonía, dominando en todos los terrenos de la política nacional.

El momento donde se pone en crisis el ideal democrático del sistema priísta en la novela, es durante la charla que mantienen Guadalupe Arroyo y Vidal Sánchez. En este pasaje se evoca el tema más álgido de la política posrevolucionaria: la negociación de la Presidencia entre políticos, olvidándose por completo del juego electoral, a través de "acuerdos secretos". Una forma de la Alta política que se mantendrá hasta entrado el siglo XXI:

> [Vidal Sánchez] Yo quiero ser tu amigo, Lupe… quiero que me digas qué opinas de Eulalio… [Arroyo] Ese individuo no tiene energía bastante (con otras palabras) ni es simpático, ni tiene méritos en campaña. Nunca podrá hacer unas elecciones libres. [Vidal Sánchez] ¿Pero quién quiere elecciones libres?. [Arroyo] Yo me escandalicé ante tanto descaro y le recordé los postulados sacrosantos de la Revolución. Él me contestó: ¿Sabes a dónde nos conducirían unas elecciones libres? Al triunfo del señor Obispo (Ibargüengoitia, *Los relámpagos…*, 80).

En este fragmento se pueden apreciar dos posturas: por un lado, tenemos una completamente cínica, que no cree en la democracia en un país como México; por el otro, una más idealista que, amparada por los postulados de la Revolución, mantiene el ideal de las elecciones libres, aunque igual de cínica, pues el verdadero motivo que mueve a Arroyo es garantizar el poder de la facción en la que está inscrito.

Si bien Arroyo es militar y está buscando colocarse en una situación privilegiada, es consciente de que está inmerso en un sistema democrático, aunque los políticos no siempre gobiernen democráticamente. Vidal Sánchez (parodia de la figura del Jefe Máximo de la

Revolución), está preocupado por generar una nueva casta de políticos mexicanos y una nueva forma de hacer política en México:

> Nosotros, los revolucionarios verdaderos, los que sabemos lo que necesita este México tan querido, seguimos siendo una minoría. Necesitamos un gobierno revolucionario, no elecciones libres… Para alcanzar este fin –es decir, el gobierno revolucionario— debemos estar unidos y nadie se une en torno a una figura enérgica, como tú, como yo, como González; necesitamos alguien que no tenga amigos, ni enemigos, ni simpatías, ni planes, ni pasado, ni futuro: es decir, un verdadero fantoche. Por eso escogí a Eulalio (Ibargüengoitia, *Los relámpagos…*, 80).

Así, de manera contundente, Vidal Sánchez niega toda posibilidad de un verdadero proyecto democrático para el México posrevolucionario. Magistralmente, Ibargüengoitia muestra como el discurso oficial y hegemónico, vacío de todo significado, se vuelve una mera charlatanería. Desde luego que la visión de Ibargüengoitia resultaba reaccionaria para su momento histórico, y más si lo comparamos con discursos como los de Marte R. Gómez, el cual, en 1960, mantenía la idea de un presidente impoluto, elegido por voto mayoritario, consciente de su investidura, que gobierna para servir al pueblo, con el único objetivo de contribuir al mejoramiento económico y moral, incapaz de intervenir en los procesos electorales a favor de un candidato de su confianza (437,439). Para Terry Eagleton, "una obra de arte es la expresión simbólica de una manera de 'vivir' el propio mundo… de ahí que el artista actuará con una cierta 'gramática', un sistema de ideas para organizar sus diversos elementos" (*Ideología* 46). Siguiendo esta lectura, muy probablemente, la intención del escritor guanajuatense era exhibir cómo el liderazgo personal de esa nueva casta, que inició Plutarco Elías Calles y, después, consolidó Lázaro Cárdenas, seguía gobernando, con las

mismas prácticas, el mismo cinismo, la misma inmoralidad, la misma represión y el mismo autoritarismo, ahora amparados bajo la sombra de un Partido Único.

A Jorge Ibargüengoitia le parecían impenetrables los caminos de la política. ¿Cómo podían demostrar los hombres públicos que eran un crisol de honradez inmaculada y que estaban capacitados para representar al pueblo? Naturalmente, muy pocos políticos podían presumir esa superioridad moral; la gran mayoría se encubría con un manto cínico y solemnizador. De ahí que, cada personaje de *Los relámpagos de agosto* sea un breviario de la corrupción nacional, parafraseando a Adolfo Castañón. Ibargüengoitia pensó muy bien la configuración de Juan Valdivia, por ejemplo. No bastaba con derribar el ideal democrático del partido oficial, burlarse del Poder Legislativo y desacralizar la Carta Magna; gracias a Valdivia, el discurso oficial y el papel de los políticos terminaba por desmoronarse.

Juan Valdivia es el arquetipo de todos los candidatos, que en algún momento aspiran a un puesto público y están en campaña política. Lo primero que hacen, al lugar que llegan, es subirse a un estrado y pronunciar un discurso elocuentísimo ante una manifestación que, huelga decirlo, está ahí no por voluntad propia, sino por las dádivas que les ofrece el Partido, gracias a los fondos que les proporciona algún rico hacendado, o un magnate dueño del monopolio comercial, que busca acomodarse en la administración de la colonia, el municipio o el Estado. Para que la arenga provoque el júbilo de los oyentes, tiene que ser lo más convincente y fantasiosa que uno se imagine, debe prometer a todos sus simpatizantes Reforma Agraria, Créditos y Seguridad en el Campo y en la Industria:

> La campaña de Valdivia se llevó a cabo sin ningún tropiezo: en Guateque, su discurso sobre Política Agraria conmovió tanto a los manifestantes, que acabaron linchando a un rico hacendado de la región… En Monterrey, en cambio, dijo un discurso tan reaccionario y conservador ante el Club de Industriales, que Vidal Sánchez tuvo que

> llamarle la atención. Por su culpa asesinaron en Tabasco a dos individuos de quienes se sospechaba, infundadamente, por cierto, que eran sacerdotes católicos, mientras que en Moroleón, en donde dijo un discurso catolizante, lincharon a un pastor metodista (Ibargüengoitia, *Los relámpagos…*, 88-93).

Con esto, Jorge Ibargüengoitia criticaba el sistema de las giras políticas. Para él, uno de los principales problemas era que se hacían peticiones y se extraían promesas al por mayor, como lo podemos apreciar en la campaña de Juan Valdivia. Las promesas están en función de la extensión de la gira política, si es muy extensa, se corre el riesgo de hacer un número excesivo de las mismas que, en determinado momento, se pueden volver imposibles de cumplir. Ibargüengoitia prefería que la gente viviera sintiéndose abandonada, a que llegara "a concebir esperanzas para después verlas defraudadas" (Ibargüengoitia, *Instrucciones para…*, 129).[53]

En la ya bastante turbia política mexicana, Juan Valdivia era el candidato perfecto, nos dice Arroyo, "porque tenía una promesa para cada gente y nunca se repetía, ni cumplió ninguna" (Ibargüengoitia, *Los relámpagos…*, 88-89). Además de las promesas incumplidas, podemos apreciar que el discurso político está vacío de significado, se observa un uso indiscriminado de palabras que contienen una fuerte carga simbólica: Reforma Agraria, Justicia Social, Seguridad en el campo y en la industria, etc. Los políticos en esa retórica, saltan frecuentemente de posiciones ideológicas disímbolas: pueden ir de una postura

[53] De hecho, Daniel Cosío Villegas destaca la importancia que tienen las giras políticas en el sistema político mexicano, y lo hace cuando explica la ontología del "tapado", concepto acuñado por él, para hablar del candidato del partido oficial, que "compite" en las "elecciones" presidenciales cada seis años: "el Tapado es una figura política sumamente frágil, pues aun cuando ha sido durante los seis años anteriores Secretario de Estado, la nación apenas sabe de su existencia. A esa debilidad original corresponde la necesidad y la urgencia de una campaña electoral prolongada, extensa y costosa, durante la cual el candidato, al mismo tiempo que se da a conocer físicamente, establece un contacto personal con los grupos políticos de cada lugar visitado para crear en ellas esperanzas e intereses con el conocido doble sistema de alabar al héroe local y sobre todo prometiendo el oro y el moro… parece cosa de magia, pues sólo en un mundo imaginado podría verse el espectáculo de que en sólo ocho meses un hombre pase de la indigencia política más cabal a tener un poder casi absoluto sobre un país, una nación y un estado" (*El sistema…* 32).

totalmente liberal a una conservadora. Su actividad está en función de lo que Sloterdijk llamó "consciencia ilustrada", es decir, los políticos saben muy bien lo que están haciendo y diciendo, y aun así lo hacen y lo dicen (citado por Eagletón, *Ideología* 65). De esta manera, comparto la visión de Moisés González Navarro, cuando dice que la "'utopía' revolucionaria se había convertido en una verdadera 'ideología': 'los lemas revolucionarios se repiten ya casi como meros *slogans*'" (21).

En 1963, Agustín Yáñez arremetía contra aquellos "resentidos" que no le atribuían a la Revolución el progreso del país, negaban los ideales y la virtud de sus hombres. A esos descontentos los llamó "deturpadores" y les diagnosticó una incurable "miopía histórica": ese padecimiento los volvía insensibles a la realidad y la experiencia vivida (Contreras 472-473). Jorge Ibargüengoitia, de alguna manera, asumió esa "miopía" no como un defecto, sino como una fortaleza y se jactaba de eso: "yo me equivoco con frecuencia al leer; en vez de 'Sociedad Bíblica de México', leo 'Execrable Ciudad de México' y con más frecuencia al escribir" (*Ideas…*, 53). Esta irreverencia es sana, pues nos habla del combate activo de un escritor frente a los discursos legitimadores de su época.

Quizá la lectura del México posrevolucionario, que nos ofrece Jorge Ibargüengoitia en *Los relámpagos de agosto*, puede percibirse como una visión reaccionaria desde su presente, pues da la impresión de que, en toda la novela, domina un fuerte y peligroso nihilismo, que se expresa en una idea bastante peculiar de la Revolución mexicana: un acto destructivo que no dejó nada positivo para el país. Evodio Escalante, por ejemplo, dice que Ibargüengoitia tiene una postura demasiado sesgada del movimiento social y su narración nos pone frente al "excremento de la historia" (502). En realidad, no podía ser de otro modo:

además de que los discursos hegemónicos de la época lo ameritaban,[54] el sistema de creencias combativo de Ibargüengoitia se formó básicamente de la ideología de su antagonista (Eagleton *Ideología* 136), más que una postura reaccionaria, tenemos en él una propuesta rebelde y liberadora.

No veo en Ibargüengoitia un cinismo reaccionario, como lo ha apuntado una buena parte de la crítica; por el contrario, pienso más en un cinismo liberador y muy humano, el cual le permitió objetivar la crisis generacional de una parcialidad desencantada y harta del boletín oficial, que presentaba a México como un país emergente en vías de alcanzar a las economías primermundistas. La lectura peculiar de la realidad mexicana, del escritor cuevanense, desafió la univocidad del discurso de la clase política, criticando y cuestionando lo que era evidente: el vacío institucional, la falsedad representativa y la grandilocuencia personal como los únicos ejes de un sistema político petrificado. El malestar de la época iba tomando fuerza. Al igual que Carlos Fuentes, Ibargüengoitia también estaba anticipando la discusión de la época: el partido oficial, sus representados y su retórica no atendieron a las grandes preocupaciones de la clase media; cuando lo quisieron hacer fue demasiado tarde, la realidad les vino de golpe: incapaces de establecer el escenario para un verdadero diálogo, el brazo tricolor apretó el gatillo, sepultando las fuertes movilizaciones sociales en aquel octubre negro de 1968, en aquella caliente semana santa de 1971 o en ese septiembre oscuro de 2014.

[54] En 1962, por ejemplo, el Licenciado Joaquín Noris Saldaña consideraba que la Revolución no podía ser vista como una oleada anárquica y desordenada, para él era algo más que un instinto de rapiña, la seguía viendo como un deseo noble y patriótico que ayudó a forjar un México fuerte y redimido (Contreras 462). En ese mismo año, Jesús Reyes Heroles, si bien aceptaba que existían problemas graves en el país, la Revolución, con su impulso creador, tenía la obligación de seguir adelante y no retroceder (Contreras 453-455).

Ya con esta me despido: entre la ironía y la desilusión, nace el absurdo

Reflexiones Finales

A pesar de que Jorge Ibargüengoitia y Carlos Fuentes son considerados, en la actualidad, "padres fundadores" de las letras mexicanas del siglo XX; que *Los relámpagos de agosto* y *La región más transparente* ya tienen reservado su lugar privilegiado entre las novelas más importantes de Iberoamérica; es posible descubrir una imagen distinta: son obras anti-solemnes, que nos muestran su lado disidente y se hermanan con escritos desencantados de la época, asumiéndose como *otros literarios* frente al discurso hegemónico del Partido Oficial, criticando su proyecto de nación.

Naturalmente, como *otros literarios*, la obra de Carlos Fuentes y Jorge Ibargüengoitia no fue bien recibida por los dueños del capital cultural y político de la época. Las críticas de *La región más transparente* y *Los relámpagos de agosto* fueron bastantes superficiales: calificaron a los dos escritores como reaccionarios, su postura pesimista respondía a un conservadurismo, derivado de su *snobismo* y la distancia temporal entre el hecho histórico y su presente, cuestión que no les permitía comprender la verdadera importancia del movimiento social y sus "objetivos cumplidos". La mayoría de los dirigentes, los críticos oficialistas y los sectores populares, alienados a las directrices del partido oficial y su proyecto de nación, aseguraron que el México presentado en esas novelas, no aportaba nada para el progreso del país.

Carlos Fuentes y Jorge Ibargüengoitia tuvieron la capacidad de observar que México seguía en una disputa entre lo que era y lo que aspiraba a ser. Para ellos, había dos naciones claramente distinguibles: una legal, que se aprecia en los discursos de la época, los cuales hablan de la justicia social, del progreso y la modernización; y otra real, que está oculta, al

margen de los grandes asuntos políticos y económicos, que ignora los beneficios de la modernidad. Esta capacidad nos sugiere que ambos estaban enterados de lo que escribían sus contemporáneos. Lectores atentos de periódicos, archivos, memorias de revolucionarios y de textos de historia, quisieron sumarse a la discusión, pero de una manera estética. Desde la literatura los dos se mostraron mucho más críticos y desafiantes, que aquéllos que, desde su crítica, continuaron el idealismo promovido por el *establishment* priísta.

Por esta razón, no estoy de acuerdo en calificar la propuesta de esos narradores como conservadora o reaccionaria. El que se hayan mostrado pesimistas, la evidente distancia entre el hecho histórico y el tiempo de la enunciación, no los excluía de criticar o exhibir las falacias y contradicciones de los proyectos de los gobiernos posrevolucionarios. Por eso me parece más acertado llamarlos escritores disidentes, aunque dependían del Estado (recibiendo becas y premios, los cuales los posicionó en el campo cultural), mantenían una sana distancia y una postura crítica.

El discurso de estos escritores "disidentes", era una respuesta desafiante, pues abordaba el agotamiento de la Revolución mexicana y descubrió una crisis moral por la que transitaba la nación en la segunda mitad del siglo XX; en términos generales, Carlos Fuentes, Jorge Ibargüengoitia, así como Daniel Cosío Villegas, Jesús Silva Herzog, José Revueltas y el propio Octavio Paz, entre otros, observaron que los dirigentes, y gran parte los sectores populares, no tenían claro el rumbo del país; no veían los altos costos sociales, ni las negaciones y contradicciones históricas que implicaba el proyecto del priísmo; por el contrario, vivían como en un sueño, deslumbrados por las maravillas de las autopistas y los rascacielos, incapaces de ver, que ante la creciente prosperidad del país, se escondía una crisis que afectaba el desarrollo de México.

Carlos Fuentes y Jorge Ibargüengoitia pusieron en duda los ejes temáticos que le daban cuerpo y coherencia a la retórica del partido oficial. Los discursos de la época reiteraban el respeto del ideal democrático: la no reelección como principio fundamental del sistema político y la autonomía sexenal como la consecuencia lógica de ese fundamento. Para ellos, ninguno de los gobiernos comprometidos con los objetivos de la Revolución buscó un simple cambio de personas en el poder, por el contrario, estaban convencidos de que la familia revolucionaria emprendió una verdadera transformación del "sistema" político, el cual aseguraba la continuidad de ese objetivo primario. Pero, ¿no es este el tema central de *Los relámpagos de agosto*?, ¿Vidal Sánchez y Guadalupe Arroyo no son el reflejo de los políticos de la época, al disponer y quitar candidatos, según sus intereses particulares?, ¿acaso no existe un paralelismo entre la forma de comportarse, de mantener el poder o resolver los problemas de los asuntos públicos, entre esos personajes y los dirigentes del país? Jorge Ibargüengoitia supo observar en la historia reciente cómo ese *habitus* de los líderes de la época se mantenía intacto, inmodificable y encubierto por el cinismo de la palabra. De ahí que optara por la ironía para desenmascarar ese estilo de hacer política, en una época donde la modernidad ya no justificaba esas prácticas.

Jorge Ibargüengoitia y Carlos Fuentes tuvieron un blanco bien definido y pienso que ese es el acierto de sus novelas: las amplísimas facultades del poder presidencial en un país como México. A raíz de la represión en contra de estudiantes y grupos guerrilleros a finales de la década de los sesenta y principios de los setenta, Daniel Cosío Villegas escribió un ensayo donde reflexionó sobre la naturaleza del Estado emanado de la Revolución, que tituló *El sistema político mexicano*. Llama poderosamente la atención como Cosío Villegas rescataba puntos que ambos escritores ya habían tratado en *Los relámpagos de agosto* y en *La región más transparente*. Para el ensayista, las facultades del ejecutivo, ampliamente

superiores a la de los otros dos poderes, procedían de la Constitución. La transformación del "sistema" político, de la cual hablaban constantemente los discursos del periodo, no se había logrado: la presidencia era hereditaria, en línea transversal, semejándose más a una "Monarquía Absoluta y Sexenal". Si bien el partido oficial, desde su fundación en 1929, había dirimido las luchas por el poder –controlando los impulsos de aquellos correligionarios que querían adueñarse de la silla presidencial a través de las balas y las campañas militares, concentrándolos en una familia con un mismo objetivo—, esa institución se había desacreditado por no haber democratizado la actividad pública del país con el paso del tiempo: la figura del "tapado", ese candidato oculto o invisible que era el elegido del círculo cercano del Presidente, se convirtió en el mayor obstáculo en ese proceso de democratización (*El sistema…* 22, 31, 35, 55, 59), convirtiéndose en uno de los temas de la narrativa de medio siglo.

Como resonancia del ensayo de Daniel Cosío Villegas, Octavio Paz escribió *El ogro filantrópico*. Al igual que Cosío Villegas, el poeta observó que, a pesar del afán modernizador, una de las características del Estado mexicano era su estancamiento, pues no había logrado modernizarse enteramente: seguía siendo patrimonialista y esto se podía apreciar en muchos aspectos, especialmente en su trato con la sociedad y en su manera de conducir y resolver los asuntos públicos: el Presidente –casi como un Príncipe— consideraba al Estado como un patrimonio personal. Siguiendo la lectura de Daniel Cosío Villegas y la idea de un Estado monárquico, el autor de *El laberinto de la soledad* apuntó los elementos que conformaban esa "monarquía": la corte estaba compuesta por una burocracia gubernamental integrada por técnicos, administradores y "profesionales" de la política, además de un conglomerado heterogéneo de amigos privados –incluso familiares— del presidente (*El ogro…* 91,93,94). Esto es peculiar, porque Federico Robles objetiva muy bien

ese patrimonialismo: el personaje de Carlos Fuentes, además de ser parte de esa estructura cortesana, entendía el Estado como un negocio, como una fábrica de la cual se le tenía que sacar el mayor provecho.

Desde su formación, el Partido Revolucionario Institucional se convirtió en el brazo político del poder, eso le ayudó a asegurar la continuidad del régimen. La farsa electoral, apoyada por instituciones y candidatos que no representaban ningún peligro para el partido del Presidente, sumergió a la sociedad en la abstención y el escepticismo. Por muchos años, nadie puso en duda la legitimidad del Ejecutivo. Tras los sucesos de 1968, la legitimidad y el respeto a la investidura presidencial se ha quebrantado: el descontento de la población se ha expresado de forma más activa, aunque sin todos los resultados positivos que se esperaban, porque se termina imponiendo lo que disponen los dueños del capital político. Ese continuismo reforzó la idea del "cambio sin cambio", cuestión que ha paralizado la vida democrática y participativa de las clases emergentes, cerrándoles la puerta a los espacios públicos. Si bien, en los últimos años, tenemos una sociedad más participativa y han emergido actores políticos desde la disidencia, aún no superamos ese anquilosado patrimonialismo: parece que en México jamás estaremos frente a un cambio verdadero.

En la década de los setenta, Octavio Paz se preguntaba –al igual que Zamacona— si el Estado en algún momento podría gobernarse sin un PRI. La respuesta es contundente: no. A pesar de la transición presidencial, empezando el nuevo milenio, considero que el Partido Acción Nacional no ha ayudado a superar esa dependencia: el PAN se asentó sobre lo ya hecho, no inventó una nueva forma de hacer política y no fomentó un verdadero sistema democrático que favoreciera las condiciones para que los grupos de oposición compitieran en circunstancias más parejas. Las derrotas históricas de la izquierda en 2006 y 2012, el regreso del Partido Revolucionario Institucional al poder, demuestra –tristemente— como la

sociedad civil y los actores públicos no están preparados para dejarse gobernar sin un partido hegemónico.

Otro de los ejes temáticos de los discursos justificadores del régimen, hablaban de las grandes obras emprendidas por los presidentes. La idea general versaba de la siguiente manera: gracias a las acciones de esos hombres "íntegros" –"virtuosos", "inmaculados", "ungidos por la divina providencia", como se puede leer en esa narrativa oficialista—, el país había progresado en niveles materiales nunca vistos, siempre actuando con rectitud, pensando en el bienestar de la población y no en el enriquecimiento indiscriminado de los nuevos grupos que se afianzaron una vez que la Revolución entró en su etapa institucional. ¿Cómo entender, entonces, a un personaje como Federico Robles en este contexto?, ¿no es una crítica directa a esos personajes oprobiosos? Evidentemente, Carlos Fuentes entendía que el país, históricamente, vivía a la sombra de gobiernos despóticos o paternalistas. Federico Robles, objetivaba muy bien ese paternalismo estatal: él es el arquetipo perfecto, miembro de la familia revolucionaria, que usó cualquier artimaña para enriquecerse a expensas del erario, asignándose contratos secretos, para impulsar el progreso material de un país naciente, siempre trabajando estrechamente para los intereses de los grupos en el poder y preocupado por cuidar el interés del capital norteamericano. De esta manera, el Estado creado de la Revolución mexicana era manejado como una empresa benefactora.

Octavio Paz, que posicionó a Carlos Fuentes y a Jorge Ibargüengoitia en el campo cultural como nuevos exponentes de las letras mexicanas, recuperaría esta idea en *El ogro filantrópico*. Para él, el estado empresarial, que comenzó en la presidencia de Plutarco Elías Calles, se había convertido en el principal agente capitalista del país. Su papel, desde ese momento, consistió en llevar a cabo tareas históricas urgentes como la modernización, apostando por la infraestructura y la industrialización. De esta manera, el Estado

revolucionario creó, impulsó y protegió el desarrollo, no de la clase obrera o campesina, sino la capitalista. Si bien el gobierno estimuló y ofreció todas las facilidades para agremiar a obreros y campesinos, esos grupos tuvieron que vivir sometidos y alinearse a los intereses del partido oficial: "el régimen necesitaba de los sindicatos y los sindicatos del régimen", este vínculo fue uno de los factores que ayudaron a legitimar los proyectos priístas (*El ogro…* 87,88). Esta relación entre agremiados y el Ejecutivo, únicamente consolidó el sistema paternalista: ¿cómo pensar en una sociedad más democrática y participativa, si los únicos que podían dialogar con el Príncipe, estaban supeditados a los designios que él dictara?

Los últimos ejes temáticos, distinguibles en los discursos de la época, trataban el asunto de la Justicia social y el fortalecimiento del nacionalismo. Constantemente, los dirigentes buscaban crear una identidad nacional que posicionara a México frente a los Estados Unidos. Se enfatizaba la idea de que la Revolución fue un movimiento único, hecho por el pueblo mexicano, pues no tuvo un cuerpo de doctrinas revolucionarias extranjeras que le sirviera de soporte ideológico. Desde luego esta idea fue exhibida por los productos culturales de la época: evidentemente si la revolución no tuvo ideas definidas, estos escritores desafiaron esa univocidad al presentarnos una Revolución sin pies ni cabeza, la cual devino en un fracaso histórico. También en sus narraciones estaba presente la dependencia ideológica y política de los Estados Unidos; basta recordar como en la novela de Fuentes, el sistema de creencias de Federico Robles, tan común en las mentalidades del periodo, buscaba la manera de asemejarse con las prácticas y las modas del estilo de vida norteamericano; como muchos dirigentes, Robles prefería copiar el modelo gringo, en lugar de inventar nuevos modelos que nos permitieran alcanzar los mismos objetivos, reduciendo los costos sociales. Si bien la industrialización transformó de manera sustancial la cara del país, no suprimió la situación de dependencia estadounidense. Ese México de la década de los

cincuenta y sesenta, aun no desarrollaba una industria básica; faltaban caminos y puertos, puentes y ferrocarriles, infraestructura necesaria para conectar el inmenso territorio. Tristemente, se dependía –cada vez más— del billete verde, del vecino incómodo.

A pesar de esto, los discursos oficiales insistían en que el desarrollo económico no consistía simplemente en el crecimiento y modernización del aparato productivo, sino en la justa distribución de la actividad económica y en los proyectos sociales que mejorarían las condiciones de vida de los mexicanos: se seguía hablando del reparto de tierras, a través del ejido, de las leyes que protegían a la clase obrera, del avance en materia de salud y educación. Gracias a la literatura del periodo, podemos desenmascarar ese optimismo. La crítica hecha por esos productos culturales respondía a la incapacidad de los gobernantes para cumplir verdaderamente con el programa revolucionario. Los objetivos no se cumplieron porque, para Daniel Cosío Villegas, los dirigentes del país apostaron por mantener el "prestigio" ideológico de una Revolución viva, sin darse cuenta de que sus postulados eran cada vez más conservadores. Las palabras y las ideas, como lo demuestra Juan Valdivia en *Los relámpagos de agosto*, eran idénticas a las expuestas en las mocedades del movimiento revolucionario y no correspondían más a las necesidades de un país que estaba en constante transformación y crecimiento (*El sistema…* 81).

El culto a la industrialización; la brecha existente entre el país real y el país imaginado por los dirigentes; la traición del ideario revolucionario y la política conservadora de los presidentes; el partido oficial como una mera caja de resonancia del Ejecutivo; los integrantes de la familia revolucionaria expertos en la depredación del erario, el cinismo y la corrupción, sin ninguna sensibilidad política; el que estructuralmente no se hubieran generado las condiciones materiales y espirituales que le permitieran al Estado mexicano romper con la intervención y la dependencia norteamericana; trajeron consigo graves consecuencias y

precipitaron lo que ya se veía venir: el fracaso. México no inventó su propia modernidad; ante la imposibilidad de inventarnos un modelo más acorde con nuestra realidad, el país siguió apostando por la continuidad del proyecto modernizador. En este contexto de crisis, la Revolución había muerto. Murió sin haber alcanzado todos sus propósitos.

De esta manera, esos productos culturales que se publicaron en la década de los cincuenta y los setenta, como *El laberinto de la soledad*, *El sistema político mexicano*, *Pedro Páramo*, *El Llano en Llamas*, *La región más transparente*, *Los relámpagos de agosto*, entre otros, expresaron el ritmo del hombre moderno, perdido entre la ciudad que lo recibe, o la aldea que lo abandona, o la provincia que lo consume. Se encuentran allí destellos de otro México, el problemático, el que es muy diferente de aquél proyectado en la imagen del discurso oficial. Así, tanto Octavio Paz, como Carlos Fuentes o Juan Rulfo, Daniel Cosío Villegas o José Revueltas, Jorge Ibargüengoitia o Pablo Casanova, nos ofrecieron un México donde la desilusión y el retroceso eran la constante del destino de un país. Su postura fue una reacción a ese momento crucial sobre la reflexión del porvenir de México. Nos mostraron como entre la ironía y la desilusión, nace el absurdo.

NEAG

San Andrés Cholula, mayo de 2017

Fuentes citadas

Aguilar Camin, H. "Algo sobre Carlos Fuentes y La muerte de Artemio Cruz". En García Gutiérrez, G. *Carlos Fuentes. Relectura de su obra:* Los días enmascarados y cantar de ciegos. México: Universidad de Guanajuato, El Colegio Nacional, Instituto Nacional de Bellas Artes, 1995.

Barajas, R. "De los héroes de leyes a la *Ley de Herodes*". Ibargüengoitia, J. *El* atentado/ *Los relámpagos de agosto*. Villoro, Juan y Díaz Arcienega, Víctor (coord.). Francia: CONACULTA y FCE, 2002.

Bobadilla Encinas, G. "La identidad de la máscara en *La región más transparente* de Carlos Fuentes". *Revista de crítica literaria latinoamericana*, año 33, no. 65 (2007), Centro de Estudios Literarios Antonio Cornejo Polar. (web).

Borsó, V. "Je ne devais étre que le secrétaire de la société Francaise. Carlos Fuentes, México y la arqueología del siglo XX". García Gutiérrez, G. (comp.). La región más transparente *en el siglo XXI. Homenaje a Carlos Fuentes y su obra*. México: UNAM, F, L, M, UV, 2012.

Bourdieu, P. *Cosas dichas.* Argentina: Gedisa, 1988.

----------. *Las reglas del arte*. España: Anagrama, 2011.

Brandenburg, F. "Conquistas revolucionarias en la vida económica". R. Ross, Stanley (comp.). *¿Ha muerto la Revolución mexicana? Balance y epílogo.* México: SEP, 1972.

Bravo Arriaga, M. "*Los relámpagos de agosto* o de una nueva forma de nombrar". Ibargüengoitia, J. *El* atentado/ *Los relámpagos de agosto*. Villoro, Juan y Díaz Arcienega, Víctor (coord.). Francia: CONACULTA y FCE, 2002.

Bubnova, T. "Fuentes, Arreola, Garro: voces del tiempo mexicano". García Gutiérrez, G. (compiladora). La región más transparente *en el siglo XXI. Homenaje a Carlos Fuentes y su obra*. México: UNAM, F, L, M, UV, 2012.

Bustos, D. "Un pueblo en vilo". Revista de Literatura Mexicana Contemporánea: Enero-Marzo 2010, Año XVI, Número 44, vol 17.

Campesino, J. *La historia como ironía. Ibargüengoitia como historiador*. México: Universidad de Guanajuato, 2005.

Carballido, E. “Drama y novela de Jorge Ibarguengoitia”. Ibargüengoitia, J. *El* atentado/ *Los relámpagos de agosto*. Villoro, Juan y Díaz Arcienega, Víctor (coord.). Francia: CONACULTA y FCE, 2002.

Contreras Cruz, S. (compilador). *Discursos sobre la revolución mexicana. Testimonios del 20 de noviembre*. México: Partido Revolucionario Institucional, 1987.

Coronado López, J. “Fuentes y su renovación de las estructuras novelísticas”. García Gutiérrez, G. (compiladora). La región más transparente *en el siglo XXI. Homenaje a Carlos Fuentes y su obra*. México: UNAM, F, L, M, UV, 2012.

Cosío Villegas, D. *El intelectual mexicano y la política*. México: Planeta, CONACULTA, 2002.

----------. *El sistema político mexicano*. México: Joaquín Mortiz, 1987.

De la Fuente, J. “México en Fuentes. Fuentes y México”. García Gutiérrez Vélez, Georgina (compiladora). La región más transparente *en el siglo XXI. Homenaje a Carlos Fuentes y su obra*. México: UNAM, F, L, M, UV, 2012.

Domenella, A. *Jorge Ibargüengoitia: ironía, humor y grotesco. “Los relámpagos desmitificadores” y otros ensayos*. México: El Colegio de México, Universidad Autónoma Metropolitana, 2011.

Eagletón, T. *Ideología. Una introducción*. España: Paidós, 1997.

----------. *Marxismo y crítica literaria*. Argentina: Paidós, 2013.

----------. *Una introducción a la teoría literaria*. México: FCE, 2014

Franco, J. “*La región más transparente* de Carlos Fuentes: entre el orden y el desorden”. En Popovic Karic, P. *Carlos Fuentes: perspectivas críticas*. México: Siglo XXI, Instituto Tecnológico de Estudios Superiores de Monterrey, 2002.

Fuentes, C. *La región más transparente*. España: Cátedra, 2012.

García Gutiérrez, G. “Un capítulo de la historia cultural del siglo XX: *La región más transparente* hace cincuenta años”. García Gutiérrez, G. (compiladora). La región más transparente *en el siglo XXI. Homenaje a Carlos Fuentes y su obra*. México: UNAM, F, L, M, UV, 2012.

----------. “Comentarios mínimos a *La región más transparente”.* En Fuentes C. *La región más transparente*. España: Cátedra, 2012.

----------. “El escritor y México. La ciudad, la literatura mexicana, lo mexicano”. En Fuentes C. *La región más transparente*. España: Cátedra, 2012.

----------. “La identidad mexicana y la obra de Fuentes. La historia, la cultura”. En Fuentes, C. *La región más transparente*. España: Cátedra, 2012.

Garrido, L. “El nacionalismo Priísta”. En Noriega Elío, C. *VII Coloquio de Antropología e Historia Regionales: El Nacionalismo en México. 22-25 de octubre 1986*. Zamora: El Colegio de Michoacán, 1992.

González Rodríguez, S. “Jorge Ibargüengoitia: el escritor como terrorista”. Ibargüengoitia, J. *El* atentado/ *Los relámpagos de agosto*. Villoro, Juan y Díaz Arcienega, Víctor (coord.). Francia: CONACULTA y FCE, 2002.

Guha, R. *Las voces de la historia y otros estudios subalternos*. Barcelona: Crítica, 2002.

Ibargüengoitia, J. *Autopsias rápidas*. México: Vuelta, 1990.

----------. *El* atentado/ *Los relámpagos de agosto*. Villoro, Juan, y Víctor Díaz Arciniega (coord.). Francia: CONACULTA y FCE, 2002.

----------. *Ideas en venta*. México: Joaquín Mortiz, 1997.

----------. *Instrucciones para vivir en México*. México: Joaquín Mortiz, 1991.

----------. *La ley de Herodes*. México: Booket, 2006.

Jiménez de Báez, Y. “Entre Ixca y Gladys, la Ciudad de México”. García Gutiérrez, G. (comp.). La región más transparente *en el siglo XXI. Homenaje a Carlos Fuentes y su obra*. México: UNAM, F, L, M, UV, 2012.

Krauze, E. *Daniel Cosío Villegas: una biografía intelectual*. México: Joaquín-Mortiz, 1980.

----------. *La Presidencia Imperial*. México: Tusquets, 2003.

----------. *Textos Heréticos*. México: Grijalbo, 1992.

Leñero, V. *Los pasos de Jorge*. México: Planeta, 2009.

Lewald, H. “El pensamiento cultural mexicano en *La región más transparente* de Carlos Fuentes”, *Revista hispánica moderna*, Año 33, No. 3/4 (jul.-oct. 1967), University of Pennsylvania. (web).

Los narradores ante el público. México: Joaquín Mortiz, 1967.

Margarita García, F. “¡Yo no soy humorista!”. Ibargüengoitia, J. *El* atentado/ *Los relámpagos de agosto*. Villoro, Juan y Díaz Arcienega, Víctor (coord.). Francia: CONACULTA y FCE, 2002.

Gómez Marte. “Los procesos electorales”. *México 50 años de la Revolución*. México: FCE: 1961.

Martínez Assad, C. “El revisionismo histórico por medio de la novela”. Ibargüengoitia, J. *El* atentado/ *Los relámpagos de agosto*. Villoro, Juan y Díaz Arcienega, Víctor (coord.). Francia: CONACULTA y FCE, 2002.

----------. *Los héroes no le temen al ridículo La Revolución Mexicana según Jorge Ibargüengoitia.* México: UNAM, 2013.

Medin, T. *El sexenio alemanista Ideología y praxis política de Miguel Alemán.* México: ERA, 1997.

Medina Peña, L. *Hacia el nuevo Estado México, 1920-2000*. México: FCE, 2010.

Ortiz Castillo, J. “*La región más transparente*: el hecho histórico como fetiche: entre la novela y la historia”. García Gutiérrez, G. (compiladora). La región más transparente *en el siglo XXI. Homenaje a Carlos Fuentes y su obra*. México: UNAM, F, L, M, UV, 2012.

González Casanova, P. “La opinión pública”. *México 50 años de la Revolución*. México: FCE, 1961.

Paz, O. *El laberinto de la soledad*. Madrid: Cátedra, 2011.

--------. *El ogro filantrópico*. México: Joaquín Mortiz, 1979

--------. *Generaciones y semblanzas. Literatura contemporánea*. México: FCE, 1989.

--------. *Itinerario*. México: FCE, 2003.

Pereira, A. y Albarrán, C. *Narradores mexicanos en la transición de medio siglo 1947-1968*. México: UNAM, 2006.

Pitol, S. “Jorge Ibargüengoitia”. Ibargüengoitia, J. *El* atentado/ *Los relámpagos de agosto*. Villoro, Juan y Díaz Arcienega, Víctor (coord.). Francia: CONACULTA y FCE, 2002.

Poniatowska, E. "La campaña de Carlos Fuentes". En García Gutiérrez, G. *Carlos Fuentes. Relectura de su obra:* Los días enmascarados y cantar de ciegos. México: Universidad de Guanajuato, El Colegio Nacional, Instituto Nacional de Bellas Artes, 1995.

Quirarte, V. “El nacimiento de Carlos Fuentes”. En Fuentes, C. *La región más transparente*. México: Edición conmemorativa de la Real Academia Española, Asociación de Academias de la Lengua Española, Alfaguara, 2008.

Ramírez, S. “La manzana de oro”. En Fuentes, C. *La región más transparente*. México: Edición conmemorativa de la Real Academia Española, Asociación de Academias de la Lengua Española, Alfaguara, 2008.

Revueltas, J. *Ensayos sobre México*. México: ERA, 1985.

Ruiz Abreu, Á. “La escritura al margen de Ibargüengoitia”. En Cuevas, N., Sánchez, I. y E. M. Sánchez Rolón (comp.). *Homenaje y Diálogo Primer Coloquio Nacional de Literatura Jorge Ibargüengoitia*. México: Universidad de Guanajuato, 2005.

Sánchez, A. *Problemas en discusión de dos épocas (1920-1960) y tradiciones literarias en una triada de Jorge Ibargüengoitia*. México: UACM, 2014.

Santillán, G. “La crítica literaria en torno a *Los relámpagos de agosto*. 1964-2000”. Ibargüengoitia, J. *El* atentado/ *Los relámpagos de agosto*. Villoro, Juan y Díaz Arcienega, Víctor (coord.). Francia: CONACULTA y FCE, 2002.

Servín, E. “Los “enemigos del progreso”: crítica y resistencia al desarrollismo del medio siglo”. En Servín E. (coord.) *Del nacionalismo al neoliberalismo, 1940-1994*. México: CIFE, FCE, CONACULTA, INEHRM, Fundación Cultural de la Ciudad de México, 2010.

Silva Herzog, J. *Obras 14. Revolución Mexicana: un ensayo sobre la revolución mexicana, trayectoria ideológica de la revolución mexicana 1910-1917, ensayos sobre la revolución mexicana*. México: El Colegio Nacional, 2011.

Tannenbaum, F. “Algunas reflexiones sobre la Revolución Mexicana”. R. Ross, Stanley. *¿Ha muerto la Revolución mexicana? Balance y epílogo.* México: SEP, 1972.

Torres, B. “Hacia la utopía industrial”. En González, L. (coord…). *Historia de la Revolución mexicana 1940-1952*. México: El Colegio de México, 1984.

Trejo Fuentes, I. *Lágrimas y risas*. México: Ediciones Sin Nombre, CONACULTA, 2005.

Van Delden, M. “Máscaras mexicanas en *La región más transparente*”. García Gutiérrez, Georgina (comp.). La región más transparente *en el siglo XXI. Homenaje a Carlos Fuentes y su obra*. México: UNAM, F, L, M, UV, 2012.

Fuente Díaz, V. “Partidos y corrientes políticas”. *México 50 años de la Revolución*. México: FCE, 1961.

Villegas, A. *El pensamiento mexicano en el siglo XX*. México: FCE, 1993.

Villoro, J. “El diablo en el espejo”. Ibargüengoitia, J. *El* atentado/ *Los relámpagos de agosto*. Villoro, Juan y Díaz Arcienega, Víctor (coord.). Francia: CONACULTA y FCE, 2002.

Vital, A. “La región del águila. Estrategias de apropiación de la realidad en Carlos Fuentes. El caso de Marcelo Chiriboga y otros ejemplos”. García Gutiérrez, G. (comp.). La región más transparente *en el siglo XXI. Homenaje a Carlos Fuentes y su obra*. México: UNAM, F, L, M, UV, 2012.

White, H. *Metahistoria La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*. México: FCE, 2005.